
CAUTIVO
DE TU
LUZ
NEREA BUSTOS
BILOGÍA CAUTIVOS II

CAUTIVO DE TU LUZ



BILOGÍA CAUTIVOS

NEREA BUSTOS

Copyright © 2026 Nerea Bustos

Maquetación y diseño: Ainhoa Madrid Markova
Ilustraciones: Ainhoa Madrid Markova

Depósito legal: DL L 977-2025
ISBN: 9798261800347

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora, así como su incorporación a un sistema informático, su trasmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Este libro pertenece al género *dark romance* y contiene contenido sensible que puede resultar perturbador para algunos lectores. A lo largo de la historia se abordan temas como:

- Mención al consumo de drogas y sustancias ilegales.
- Trata de personas.
- Extorsión y manipulación.
- Abuso físico y emocional.
- Maltrato infantil (físico y psicológico).
- Obsesión y control psicológico.
- Uso de armas y violencia explícita.
- Tortura.
- Lenguaje fuerte y escenas de contenido sexual explícito.

Esta obra explora los rincones más oscuros de la mente y del alma humana. No pretende justificar ni embellecer la violencia ni los actos retratados, sino mostrar las grietas, los traumas y los efectos reales que dejan ciertas experiencias.

Si este tipo de contenido puede afectarte emocional o psicológicamente, te recomiendo proceder con precaución o considerar no continuar con la lectura.

Gracias por adentrarte en esta historia, donde se muestra que incluso la oscuridad puede ser consumida por la luz del amor.

PLAYLIST

Wrong – Chris Grey

We Hug Now – Sydney Rose

I Don't Know You Anymore – Sombr

The Love I Give – Rhodes

How Do I Say Goodbye – Dean Lewis

Brother – Kodaline

RUNRUNRUN – Dutch Melrose

Blood On Your Hands – Veda & Adam Arcadia

Eyes Don't Lie – Isabel LaRosa

Cold Blooded – Chris Grey

Haunted – Beyoncé

Turning Page – Sleeping At Last

Ordinary – Alex Warren

No subestimes el encanto del lado oscuro,
cautiva hasta a los corazones más puros.
-Niklaus Mikaelson

PRÓLOGO
CHRISTIAN



Me hierve la sangre en las venas; siento cómo todo mi cuerpo arde y la ira se apodera de mí. Encontrarme con mi madre en aquel edificio era lo último que esperaba. No lo comprendo, pero tengo claro que no puedo confiar en ella. La mujer que se interpuso en mi camino y agredió a Evie para proteger a esa gente no es mi madre. Y pienso descubrir quién demonios es la mujer encadenada en mi sótano.

—Suéltalo de una puta vez —le exijo, con la voz rota por el odio y el dolor—. ¿Quién eres realmente?

Sus ojos se llenan de lágrimas y eso solo enciende más mi rabia, me ha destrozado la vida y todavía se atreve a llorar. Vuelvo a descargar mi furia contra Carlisle, hundiendo el puño en sus costillas hasta que las escucho crujir y el dolor le deforma el rostro. Llevamos aquí abajo lo que parecen días enteros, he perdido completamente la noción del tiempo. No duermo. No como. Solo me dedico a torturar al cabrón que tengo a mi izquierda, mientras la mujer que dice ser mi madre sigue callada, observándome sin pestañear.

Claro, ¿qué va a decir? Sea cual sea el motivo, está con ellos. Y eso no tiene perdón.

¿De verdad es mi madre?

Joder, lo he hecho todo por ella…

No hay explicación que pueda absolverla. Su silencio me desquicia; que me mire como si aún tuviera derecho a hacerlo me resulta insoportable.

El aire apesta a humedad y a óxido. Cada gota de sangre que sale de Carlisle me recuerda en el lugar en el que estoy: un sótano que no solo encierra cuerpos, sino también mi propia rabia. Es como si esas cadenas estuvieran atadas a mi garganta y me impidieran respirar. Me pesan los párpados y solo el dolor me mantiene despierto, soy incapaz de acompasar mi respiración y no puedo dejar de gritar, completamente desquiciado, sin comprender absolutamente nada.

Todo aquí es un reflejo de lo que siento por dentro: oscuridad, claustrofobia, un dolor tan grande que temo partirme en mil pedazos si no consigo controlarlo.

—Eres tú… de verdad —musita al fin, apenas audible—. Creí que habías…

La interrumpo apoyándole un dedo en los labios. Me inclino hacia ella con la rabia ardiéndome en la lengua. Al mirarla a los ojos solo siento un asco tan profundo que me corroe por dentro.

—¿Qué? ¿Muerto? —susurro con una sonrisa cínica, venenosa—. Claro que lo creías. Igual que creías que papá estaba muerto. Eso es lo que quise que pensaran. Lo creías porque eres una de ellos, si hubieses querido ser mi madre, habrías descubierto la verdad. ¡Joder!

Decirlo en voz alta me destroza más de lo que admito. No quiero creerlo… pero todo encaja.

Creé esta organización. Le entregué mi vida, cada segundo de cada maldito día. Todo fue por salvarla. Y, sin embargo, descubro que nunca quiso ser salvada.

Nunca me quiso a mí. Los eligió a ellos.

Mi propia madre decidió abandonarme a merced de las garras del monstruo de mi padre.

—No es lo que piensas, hijo —balbucea entre lágrimas—. Déjame explicarte, no fue tan sencillo, hay cosas que no sabes…

Su súplica me repugna. Que se atreva a llamarme *«hijo»* me repugna aún más. Quiere explicarse, aliviar su conciencia. Justificar por qué nunca me buscó, por qué decidió marcharse.

Me duele. Claro que me duele. Es un dolor que me retuerce las entrañas como si me arrancaran el corazón a mano desnuda. Pero el dolor se hunde en la sombra de mi ira.

—Yo no soy tu hijo —escupo, con una frialdad que apenas reconozco en mi propia voz—. Tu hijo murió el día que decidiste marcharte.

Acompaño mis palabras con un golpe seco en la cabeza de Carlisle, dejándolo inconsciente antes de salir del sótano.

Porque aún no va a morir, joder. Voy a hacer que le duela el simple hecho de respirar.

La puerta se cierra tras de mí y, de pronto, la rabia que me sostenía se desploma como si alguien me hubiera arrancado los huesos del cuerpo. El aire me arde en los pulmones, pero no consigo llenarlos. Las lágrimas salen a borbotones, como si quisieran limpiar el dolor de mi alma. Tropiezo contra la pared del pasillo y me aferro a ella como si fuera a caer en un abismo.

No puedo respirar. Mi pecho se contrae, duro, como una garra invisible. El sudor me empapa la frente y las manos me tiemblan tanto que apenas soy capaz de llevarme una a la boca. Me ahogo.

No puede ser… no puede ser ella.

Por favor…

El mundo gira. Las sombras del pasillo se alargan, me envuelven. Me dejo caer de rodillas, jadeando, con el corazón golpeando tan fuerte que creo que va a reventarme en cualquier momento. Clavo las uñas en el suelo, rompiéndolas todas, buscando algo sólido que me ancle, pero solo siento el frío del cemento bajo mis dedos entumecidos.

Un sollozo se me escapa, seco, rabioso. No quiero llorar más. No quiero sentir esto. Quiero volver a estar ahí dentro, quiero volver a gritarle, quiero volver a ser odio puro, porque el odio al menos me mantiene en pie. Lo que siento ahora me está deshaciendo.

Me quedo así un tiempo que no sé medir, hasta que la respiración empieza a obedecerme otra vez, rota y entrecortada. Con esfuerzo, logro ponerme en pie, tambaleante, todavía con la garganta cerrada como si hubiese tragado cuchillas.

Solo entonces me obligo a caminar hacia arriba, paso tras paso, fingiendo que sigo entero, aunque sé que ya estoy roto en pedazos.

La realidad me desgarra con fuerza. Porque en el fondo, una parte miserable de mí aún desea que me abrace, que me diga que todo ha sido un error, que siga llamándome hijo. Pero lo que quiero y lo que debe ser no pueden coexistir. Así que entierro esa voz, la encadeno junto con ella, y me obligo a no mirar atrás.

Aquí arriba la tensión es tan densa que parece crujir en el aire. Nadie sabe qué decirme, tampoco cómo reaccionar. Todos nos sentimos engañados. Sin embargo, ahora que sé que he pasado años persiguiendo una mentira, solo hay una cosa que ocupa mi mente.

Evelyn.

Lleva desde que salimos de la misión postrada en la cama bajo los cuidados de Annie y de los mejores médicos. Por supuesto, también bajo los míos, pero desde las sombras. Yo solo me acerco cuando sé que duerme. No quiero hablar, ni sentir sus ojos verdes clavados en mí.

Sé lo que ha pasado, sé lo mucho que la he jodido.

Sé que puse en juego su vida y la de mi equipo por nada. Sí, salvar al resto de víctimas es crucial, pero no nos deshicimos de Carlisle antes porque yo me aferraba a la esperanza de que mi madre fuera una de ellas… y no parte del problema. Ahora no soporto la idea de ver en su mirada la decepción, de sentir que le he fallado.

Porque lo he hecho, le he fallado a todos, pero lo más importante y doloroso… Le he fallado a ella.

Por eso huyo de su conciencia, de su vigilia. No sé si podría resistirlo.

No querrá volver a verme, mucho menos amarme. No después de haber puesto su vida en peligro por un propósito que no merecía la pena. Cuando pienso en todas las víctimas que han sufrido demasiado tiempo mientras yo decidía atacar por fin a Carlisle se me hiela la sangre.

Paso horas observándola mientras duerme. Cada hematoma que mancha su piel, la nariz hinchada, los ojos amoratados… todo me recuerda que he fracasado. Ella sufre porque yo no fui capaz de sacrificarme. La expuse a un peligro innecesario, cuando podría haber cargado yo con las consecuencias si hubiese aceptado, antes, la verdad: que esa mujer era libre de elegir, y que simplemente nunca me eligió.

No debería sorprenderme. Mi padre jamás nos quiso, ni a mí ni a ella. Nunca la buscó con desesperación ni perdió la cabeza como lo haría un hombre enamorado. Y ahora comprendo el porqué. Tal vez la idealicé. Tal vez nunca me amó.

Y quizá eso sea lo mejor.

Alargo la mano hacia ella, deseando acariciar la piel de su mejilla, borrar con mis dedos la marca amoratada de la violencia. Pero me detengo a pocos centímetros, como si una fuerza invisible me lo impidiera. Si llego a tocarla, sé que me romperé por completo. Y no puedo permitírmelo. No ahora.

Davina me acogió y me cuidó como si fuese su propio hijo. Siempre la vi como una segunda madre porque creí tener ya una primera. Me equivoqué.

¿Qué clase de madre cree que su hijo ha muerto y no hace nada?

¿Qué clase de madre abandona a un niño de siete años con un monstruo como mi padre?

¿Tan poco le importé?

Las preguntas me desgarran sin tregua. No encuentro respuestas. Ni siquiera sé si las quiero, solo sé que mi corazón está roto; lo siento en cada fibra de mi cuerpo, en la forma en que mi alma parece separada de mi carne, como si existiera en modo automático.

Y, sin embargo, cuando miro a Evie, un calor leve arde en mi pecho. Es lo único que me confirma que aún sigo vivo, aunque me sienta muerto por dentro.

La noche cae, su siesta está a punto de ser interrumpida y sé que no puedo estar aquí cuando eso ocurra. El médico entra a examinarla y decido marcharme antes de que despierte. Todavía no estoy preparado. Quizá nunca lo esté.

Antes de cerrar la puerta escucho sus jadeos mientras Annie intenta darle un poco de sopa. Me cuesta horrores no girarme, no correr a consolarla. Cada parte de mí suplica quedarse con ella, abrazarla durante horas, decirle lo mucho que lo lamento, lo mucho que la amo. Pero no puedo, aunque me rompa el corazón escucharla sufrir, no puedo permitirme ver la decepción en sus ojos. Así que cierro la puerta y, con el peso del remordimiento clavado en los huesos, solo me atrevo a llamar a Dominic.

También me odiará, y es normal, yo también me odio por haber sido tan estúpido.

No tarda en llegar a mi despacho. Como no he cerrado la puerta, entra con cautela. Me sirvo un segundo vaso de bourbon mientras él se acerca con paso seguro, y por un instante estoy seguro de que va a gritarme, que me echará en cara lo estúpido que he sido por mantener la fe durante tantos años, incluso espero con ansias el puñetazo que sé que me merezco.

Pero no lo hace.

En lugar de eso, me arrebata el vaso de la mano, lo estampa contra el suelo y me abraza con fuerza, con una necesidad que roza lo desesperado, casi como si creyese que esta será la última vez que pueda hacerlo.

Es un abrazo extraño, reconfortante, como un pegamento que intenta unir los pedazos rotos de mi corazón y obligarlo a latir de nuevo, y aún con todo ese amor incondicional, todo sigue doliendo horrores. Apenas soy consciente de ello cuando las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas de nuevo, los ojos me arden y me siento jodidamente débil empapando su hombro. Nunca pensé que me vería así de hundido.

No soy un hombre sensible.

No puedo permitirme ser débil.

Pero esta decepción me desborda: el dolor es tan insoportable que no encuentra otra salida. Emocionalmente soy incapaz de ponerlo en palabras, y me aterra pensar que quizá nunca pueda recuperarme de esta traición.

—Chris, joder… —murmura Dom mientras me masajea la cabeza en círculos—. Es normal que estés así. Vamos, suéltalo todo. Y no te atrevas a rendirte, ¿me oyes? —añade con la voz firme—. Porque si tú caes, todos caemos. Yo también necesito que sigas en pie. No eres solo mi hermano, Chris. Eres el hombre que nos mantiene vivos.

Quiero explicarle lo que siento, pero sé que no podría. No hay palabras suficientes. Por eso me limito a romperme en silencio, mientras él permanece a mi lado sin pedirme nada a cambio.

Las horas se deshacen sin que sepamos cuántas, finalmente soy capaz de formular frases escuetas que no alivian mi alma y desde luego no parecen aliviar la preocupación de mi mejor amigo. En algún momento me sorprendo a mí mismo preguntándome qué viene ahora. Antes tenía un propósito, una meta que justificaba cada día: luchar, resistir, mantenerme en pie para recuperarla. Pero ahora que todo está dicho y hecho, ya no sé para qué seguir, no encuentro las fuerzas ni el coraje necesarios para seguir.

—¿Qué sentido tiene ahora Águila Negra? —cuestiono, con la voz rota.

Dom me mira sin comprender del todo esto que acabo de decir. Parece no alcanzar a medir cuán perdido estoy. Enciende un cigarro, me pasa otro y responde con decisión.

—No te equivoques, Chris. Gracias a nosotros, muchas mujeres y niños están libres, a salvo, de vuelta con sus familias. Llevamos años luchando contra esos bastardos que deciden destruir la vida de personas inocentes. Toda esa gente aún nos necesita, yo te necesito.

Y sé que tiene razón. Nuestra labor importa, joder, claro que sí. Pero mi mundo giraba en torno a ella. Y ahora que la he encontrado, lo único que desearía es no haberlo hecho jamás.

Hubiera sido infinitamente más feliz con la imagen que construí en mi cabeza: la mujer que me amaba, esa madre ejemplar por la que merecía la pena destruir el mundo entero con tal de recuperarla, el recuerdo idealizado que me mantenía vivo. La realidad, sin embargo, se ha impuesto con una crueldad insoportable.

No me eligió.

No me quiso lo suficiente.

CAPÍTULO 1
LYDIA

Hace 28 años

Mi matrimonio con Edward se desmorona.

No lo soporto más, cada día se torna más complicado encontrar una razón por la que quedarme junto al hombre con el que me casé. El hombre que juró amarme, y sin embargo se ha encargado de destruirme. Me cuesta tanto respirar que por un momento temo ahogarme si no soy capaz de controlar esta ansiedad desmedida que ahora controla mi vida.

Y es que a veces, el amor no es suficiente. Joder, claro que no.

Los golpes pesan más que los besos, los insultos más que las palabras bonitas, y las traiciones más que mil años de confianza. Supongo que en realidad esto me lo he buscado yo sola, o eso me hace creer mi cabeza cada vez que tengo un ataque de ansiedad, lo cual suele ser aproximadamente dos veces al día.

Es tu culpa.

Te enamoraste de él.

Deberías estar muerta.

Te matará.

Por dios… Que me mate, sería mejor que vivir esto.

Pero no es tan sencillo, simplemente desaparecer no es una opción para mí. Las cosas ya no son lo que un día fueron: casi nunca está en casa y, cuando lo hace, llega tan cansado o abrumado que apenas me presta atención, si lo hace suele ser para acostarse conmigo o para pegarme golpes hasta que pierda el conocimiento,

esto depende del día, y nunca sé que es lo que prefiero que ocurra, ambas cosas son una tortura.

Pensé que todo cambiaría con el nacimiento de nuestro hijo, que el fruto de nuestra relación haría que abriese los ojos y se diese cuenta de cómo me estaba maltratando, pero me equivoqué. Ya lo sabía en el fondo: no quería a este bebé, lo dejó claro con su reacción al enterarse de mi embarazo.

La cicatriz de mi pierna derecha, esa que me hizo cuando de una bofetada me tiró al suelo y me clavé uno de los cristales rotos de los jarrones que rompió, confirma que mi marido no quería ser padre. Creí que al verlo nacer se le ablandaría el corazón, y yo no estaba dispuesta a renunciar a mi hijo, supe que quería tenerlo en cuanto me enteré de que existía.

El problema es que Edward no tiene un corazón que ablandar.

Nunca me perdonó la infidelidad… y, para ser sincera, yo tampoco me lo he perdonado del todo.

A veces me sorprendo buscando su mirada en la mesa, esperando un gesto mínimo de ternura que nunca llega. Es un castigo silencioso, tan cruel como sus gritos. Me repito que fui yo quien abrió la puerta al infierno, que mi error selló este destino. Y, aun así, ¿qué otra salida tenía? Me pregunto cada noche si la culpa me pertenece por completo… o si él me empujó a buscar en brazos ajenos lo que jamás estuvo dispuesto a darme. Ya me maltrataba antes de aparecer otro hombre en mi vida, así que hice lo que mi corazón me exigió.

Buscar unas manos que no me asfixiasen hasta casi matarme, unos brazos que sirvieran para algo más que retenerme en contra de mi voluntad, una boca de la que saliera algo distinto a los insultos…

Traicioné a mi marido, fui débil y me dejé llevar.

Sin embargo, no me siento tan culpable como debería. ¿Qué iba a hacer? Edward solo vive para la mafia. Por eso, cuando James Corleone me tendió la mano y me sedujo, resistirme fue casi imposible.

Han pasado cinco años desde entonces, y nuestras familias se han declarado la guerra. A Edward no le importa si me acosté con James o si llegué a sentir algo por él: lo único que lo atormenta es el hecho de que alguien le arrebató lo que considera suyo. Esto es indispensable para un capo de la mafia. Algo que nunca ha tolerado ni perdonado. Ni siquiera ahora que James es padre ha sido capaz de dejarlo atrás. Para Edward, la muerte de Esmeralda en el parto fue un castigo divino; a mí, en cambio, me partió el corazón.

Carlisle y Christian apenas se llevan un año. Cuando supe que Esmeralda estaba embarazada, algo dentro de mí murió: una chispa de esperanza que, sin saberlo, aún conservaba. No tenía el coraje de confesarle mi amor a James, no pude decirle que sentía algo más que una sencilla atracción sexual, y desde luego, no iba a contribuir al sufrimiento de una mujer embarazada.

Una cosa era saber que ambos estábamos casados y que ninguno quería seguir estándolo, pero con nuestros respectivos hijos en camino, mis prioridades cambiaron. Todo cambió. Ahora solo vivo para mi pequeño.

Mi pequeña rosa blanca en un mundo lleno de rosas negras.

Cada día, durante los tres primeros años de vida de Chris, luché por recomponer lo que quedaba de este matrimonio, aunque solo fuera por nuestro hijo, pero me he rendido. Sí, me equivoqué… pero mi vida con Edward nunca fue sencilla, nunca fue real. Nada era suficiente. Jamás le importé de verdad, solo le importó ser tener una buena imagen ante los demás líderes de la mafia, convertirse en alguien a quien respetar. Como bien dijo…

"No te sacaré a ese bastardo a golpes únicamente por lo que esto significa como líder, un heredero. Pero no te quiero, ni a ti ni a ese puto bebé."

Nunca me ha perdonado, sin embargo, no ha dejado de acostarse conmigo con el único objetivo de satisfacer sus necesidades. Y he aprendido a no quejarme ni negarme, la alternativa son palizas desmedidas. Al principio el sexo era bueno, el único que tuve, pues él se aseguró de que nadie me tocase aun cuando apenas nos

conocíamos, confundí su control con amor. Pero ya no es así, hace años que no me mira con hambre, y con el tiempo yo también he dejado de desearlo.

Me refugio en Davina, mi mejor amiga y la única que conoce el verdadero negocio de Edward.

Davina siempre fue mi salvavidas en medio del naufragio. Cuando Edward me dejaba rota, era ella quien recogía mis pedazos, quien sabía leer mi silencio mejor que mis palabras. A veces pienso que si sigo respirando es porque su lealtad me recuerda que no todo en este mundo está podrido. En un lugar donde la traición es moneda corriente, ella es la única certeza que me queda.

Mientras me sirve una taza de té, unas lágrimas traicioneras me recorren el rostro.

—Quizá deberías plantearte el divorcio, querida, ese hijo de puta no te quiere a ti, tampoco quiere a tu hijo, y no puede seguir controlando tu vida —me dice, tendiéndome un pañuelo.

Sacudo la cabeza de inmediato. Sin Edward no tengo nada. Hubo un tiempo, hace años, en que pensé que James y yo podríamos tener un futuro. Quise ser normal, huir de las torturas, de los gritos, de la violencia de la mafia. Creí que encontraría el valor para divorciarme y empezar de nuevo.

Mis sueños se desvanecieron como el humo ante una corriente de aire.

Un día los vi salir juntos del edificio desde donde Edward y sus socios lo controlaban todo. Se me formó un nudo en la garganta tan fuerte que creí que me ahogaba, no podía ser, no podía volver a pasarme. Me pellizqué los brazos una y otra vez, deseando despertar de una pesadilla. Pero no desperté: seguía viéndolos, juntos.

Ese día se descubrió todo: mi infidelidad… y que James también era un líder.

Él lo sabía. Sabía que yo estaba casada con Edward, y aun así me ocultó su verdadera identidad, y no es que mi marido dedicase demasiado tiempo a hablarme de sus “amistades”.

James siempre me habló de negocios, nunca de sangre. Para cuando lo supe, ya era demasiado tarde.

Quizá para algunas suene excitante que dos capos de la mafia se disputen tu vida. Para mí fue el principio del fin. Nunca volví a sentirme a salvo. Hiciera lo que hiciera, siempre había ojos observándome, amenazas acechando. Y hoy sigue siendo igual. Solo que aprendí a convivir con ello.

—Con Christian tan pequeño… —susurro mientras mi hijo me sonríe con esa inocencia que me desarma— no podría arrebatarle a su padre. Sabes que eso no acabaría bien para ninguno de nosotros.

Davina asiente resignada. Ella comprende más que nadie lo que intento decirle. Me lo advirtió desde el principio, cuando le conté que estaba embarazada. Yo quise creer que Christian sería la solución a todos nuestros males. Que su pureza, su bondad, nos traerían un poco de paz.

Pero estaba tan equivocada…

Un bebé no puede solucionar un matrimonio roto, no funciona así, por más ilusiones que una se haga. Su padre apenas lo mira, y cuando lo hace es solo para quejarse de que llora. Nunca lo ha cogido en brazos. El día en que me puse de parto lo vivió más como un estorbo que como el mejor momento de su vida, podía no amarme a mí, pero esperaba que amase a nuestro hijo.

El embarazo fue una pesadilla constante: mi cuerpo, demasiado frágil, apenas soportaba los cambios hormonales y físicos. Mucho menos los golpes, que solo cesaron cuando tras golpearme la tripa, estuve ingresada en el hospital en mi último mes. Por suerte, tuve a Davina. Ella me sostuvo en cuerpo y alma, como siempre lo ha hecho.

Mi único consuelo es que ya no volveré a estar sola. Por eso decidí tenerlo: sabía que este bebé sería mi verdadero amor, la única conexión imposible de quebrantar, la personita a la que dedicaría mi vida. Eso es lo único que veo cuando lo miro.

No veo a su padre gritándome, golpeándome hasta dejarme inconsciente ni torturando a otros por puro placer. Solo veo amor. Un amor que jamás imaginé experimentar y que ahora es la única razón por la que mi corazón sigue latiendo.

—Lo único que puedes hacer, si no quieres divorciarte, es esperar a que Christian sea mayor de edad y podáis alejaros de todo esto juntos —sugiere de pronto—. Cuando cumpla la mayoría de edad, estoy segura de que no querrá saber nada de su padre, y tu pesadilla acabará al fin.

Ese pensamiento me relaja. Nunca lo había considerado. Es evidente que Edward jamás ejercerá de padre; bastante hizo con no echarnos de casa por las noches en que el llanto de nuestro hijo le robaba el sueño. Así que, cuando Christian crezca, nos iremos lejos. Empezaremos una nueva vida. Me aferro a esa idea mientras tomo un sorbo de té.

—¿Sabes? —le confieso con un hilo de voz—. Llegué a pensar que las cosas se arreglarían, que aún había esperanza.

Las lágrimas vuelven a empañar mi vista hasta que una punzada de dolor me atraviesa la sien.

—Un bebé siempre es motivo de alegría —dice Davina mientras me seca el rostro una vez más—. Aunque no sea la suya, no permitas que te arrebaten la tuya. Tu matrimonio está roto, pero eso no es únicamente por lo que tu hiciste. Solo puedes intentar seguir adelante.

Sé que tiene razón. Sin embargo, ojalá fuese tan fácil como decirlo. Cada vez que comparto un espacio o una cama con Edward, siento que me falta el aire. Es una presión constante, una asfixia de la que anhelo escapar.

Y escaparé, algún día.

CAPÍTULO 2
EVELYN



Cuatro días.

Llevo cuatro días encerrada aquí sin saber nada de él.

Nadie me dice cómo está, ni siquiera Annie, y yo no puedo moverme porque los médicos me lo han prohibido. En aquel momento no lo noté, la adrenalina era tanta que no supe ver la fuerza real de esa mujer. Ahora tengo el cuerpo cubierto de magulladuras y hasta darme una ducha me resulta agotador. Por supuesto, tampoco ayuda que Christian haya decidido no aparecer. Al menos me queda el mínimo consuelo de saber que no soy la única con dolor, sé que esa mujer, allá donde esté, se acordará de mí cada vez que se mueva.

La habitación se me hace cada vez más pequeña. El tic-tac del reloj me taladra la cabeza y hasta el murmullo lejano del pasillo me parece una burla. Me sorprendo recordando cosas que no ayudan para nada al dolor de mi corazón ante su ausencia: el modo en que Christian solía apartarme el pelo de la cara con dos dedos, la forma en que su voz se volvía grave cuando me pedía algo. Ese recuerdo me consuela por un segundo, pero enseguida me envenena. Si tanto le importo, ¿por qué no está aquí? Quizá está ocupado, quizá está herido…

O quizá ya no piensa volver.

No sé qué pasó cuando me sacaron de allí. Ignoro si la misión salió bien o si fue un completo desastre. Las horas avanzan despacio, torturándome minuto a minuto, y no obtener ningún tipo de información me arrastra a un estado de ansiedad insoportable. Me repito que quizá esté ocupado torturando a Carlisle, o rescatando a las víctimas… pero incluso en ese caso vendría a verme. Y mucho más sabiendo que estoy bajo los cuidados de su propio médico, que se encarga de mis heridas, pero, como los demás, es incapaz de darme una respuesta.

Siento que algo se me escapa.

Intento encajar una y otra vez las piezas de un puzle imposible, y la frustración me devora. Me enerva ser la única aquí que no sabe nada, como si mi papel fuera el de una invitada molesta. Al fin y al cabo, yo también formo parte de esto. Tengo derecho a saber qué está sucediendo, sobre todo porque me afecta tanto como a él.

Todo lo que le preocupa me preocupa, todo lo que le duele me duele. Se supone que somos uno. Y ahora su silencio me está matando.

No puedo dormir: cada vez que cierro los ojos me asaltan teorías absurdas. Cerrar los ojos resulta doloroso, pero tampoco soporto estar despierta, viendo cómo las horas se consumen y él no aparece. Me pregunto si, ahora que ya consiguió lo que quería, piensa dejarme. Si se ha cansado de mí. En mis momentos más inseguros me torturo con la idea de que esté enfadado porque tuvieron que intervenir para rescatarme, aunque suene ridículo… ¿verdad?

Christian no me haría eso. O al menos eso es lo que me empeño en creer. Es cierto que ya intentó alejarme una vez, cuando estaba borracho y creía que si me amaba me destruiría, pero esta vez es distinto. No solo estoy herida: todos a mi alrededor parecen alterados, desubicados, como si hasta respirar les diese miedo.

Voy a averiguar qué está pasando, joder, aunque tenga que hacerlo sola.

Con esa determinación, en cuanto el médico y Annie se marchan, me pongo unos pantalones de chándal anchos y una sudadera que me abriga de inmediato. Me recojo el pelo en una coleta alta y salgo de la habitación, caminando tan silenciosamente como mi magullado cuerpo me permite.

Pero no voy a buscarle a él.

Algo me dice que no obtendré respuestas de su parte. Si quiero saber la verdad, tendré que arrancarla por mis propios medios. Bajo las escaleras evitando al personal de seguridad: todos creen que estoy guardando reposo, y más me vale que nadie me vea si no quiero que mis preguntas mueran antes de nacer.

Mi destino es el único lugar donde tal vez encuentre alguna pista: el sótano. Descubrí los actos que se llevaban a cabo allí por una conversación que escuché sin querer entre Christian y Dominic, hace un par de meses, cuando él pensaba que yo dormía. No era mi intención espiar, pero aquella noche cogió el móvil en la cama y yo aún estaba despierta. Guardé esa información esperando que algún día me sirviera.

Y ese día ha llegado.

El frío y la humedad me reciben como un golpe en la cara al cruzar el largo pasillo. Por un instante pienso en dar media vuelta: ¿y si lo que descubro me pone en peligro?

A la mierda.

No estaré más en peligro de lo que ya estuve en la misión. Si no me equivoco, Carlisle está capturado. Y, de todas formas, no habría accedido al hotel si no fuese así, esto es una fortaleza inquebrantable, nadie entra ni sale sin que Christian se entere. La única razón de que no me hayan pillado todavía es que todos creen que estoy descansando, quizá están más pendientes de la puerta de la entrada o los distintos accesos, pero al parecer la seguridad por dentro del hotel se ha reducido.

Esto me hace sospechar, ¿qué le está pasando a Christian? Reducir la seguridad no es propio de él, de hecho, una pequeña y estúpida

parte de mí esperaba que, si me pillaba desobedeciendo al médico, el mismo vendría a buscarme, sin más remedio que hablarme por fin.

Empujo la gran puerta roja que se alza imponente ante mí. El olor a sangre seca me invade de inmediato, haciendo que una fuerte arcada me invada la garganta. Esto, mezclado con los sollozos de una mujer, me resulta abrumador. El sonido me perfora el tímpano con fuerza, parece completamente destruida, sé que es una mujer por sus murmullos, más no puedo verla. Intento avanzar con sigilo, pero tropiezo con lo que parece un bate de béisbol. El estruendo resuena por todo el lugar y, al instante, los llantos se interrumpen. El silencio que sigue es espeso, sofocante.

La oscuridad lo devora todo y aunque no puedo verlo, puedo sentir el dolor que albergan estas paredes. Tanteo a ciegas en busca de un interruptor o, aunque sea, una vela. Maldigo entre dientes haber dejado el móvil arriba: no lo cogí para evitar notificaciones que me delatasen, pero ahora veo lo estúpido que fue.

Aquí abajo hay alguien que no me produce buenas energías. Y si algo sale mal, estaré completamente sola, quizá bajar sin alguien del equipo no haya sido tan buena idea, después de todo.

El silencio se vuelve insoportable. Mis pasos resuenan como si pisara dentro de una tumba. Trato de imaginar qué me espera: cadenas, cuerpos, cualquier atrocidad. Me repito a mí misma una y otra vez que no voy a gritar, que no le daré a nadie esa satisfacción, pero el temblor en mis manos me delata. Extiendo los dedos a ciegas por la pared áspera, esperando rozar algo más que vacío.

Tras varios intentos y manotazos torpes contra las paredes, por fin encuentro un interruptor. Al pulsarlo, una luz blanca, fría como la nieve, me golpea de lleno. Es demasiado intensa para un sótano, casi hiriente, pero mis ojos terminan por acostumbrarse, dejándome ver al fin lo que tengo ante mí.

Y lo que descubro me deja helada.

No solo hay una mujer —como había supuesto—, sino también un hombre. Ella está en el suelo, con las muñecas y tobillos atados. Su rostro luce repleto de sudor y lágrimas. Él permanece sujeto a una silla, el rostro irreconocible entre magulladuras y la ropa empapada de sangre. Parece inconsciente, y por un instante dudo si sigue con vida.

—Está vivo —me informa la mujer, como si pudiera leer en mi cara la angustia—. Aunque seguro que preferiría no estarlo.

Me obligo a mirarla con atención. Ojos rojos de tanto llorar, oscuros como la noche. Cabello apagado, enmarañado. Y, de pronto, la ira me sacude al reconocerla.

Es ella. La misma mujer que me agredió. Aunque ahora parece menos robusta, deshecha, pero identifico los mechones anaranjados que me rozaron la cara mientras me partía la nariz. Si ella está aquí, entonces el hombre moribundo a mi izquierda no puede ser otro que Carlisle Corleone.

Contra todo pronóstico, lo conseguimos.

¡Joder, lo conseguimos!

No solo lo capturaron a él, sino que la zorra que tengo delante también está pagando lo que se merece. No veo heridas más allá de las que yo misma le hice, pero esa mirada vacía la delata. No queda vida en ella, y me alegro. Toda esta escoria, capaz de vender a personas como si de artículos de lujo se tratase, merece apagarse lenta y dolosamente. Una risa amarga se me escapa mientras camino lentamente de un lado a otro.

—Buen golpe —reconozco con ironía, señalándome la nariz—. Una lástima lo que te ha costado, ¿verdad?

Sus lágrimas caen silenciosas y la rabia me consume. Que se atreva a fingir victimismo me resulta intolerable. La bofetada sale sola, y la paz que siento al descargarla me asusta tanto como me reconforta. La segunda llega enseguida, y esta vez la furia aumenta al ver que no reacciona.

Ni siquiera intenta apartarse.

Ni una palabra, ni una mirada de desafío. Nada.

No es la misma mujer que me agredió con tanta facilidad. ¿O sí lo es? Quizá la drogaron. Quizá la quebraron a base de tortura para arrancarle información. Sin embargo, lo que veo no es miedo, es otra cosa.

Está rota. Pero extrañamente tranquila.

No lo entiendo. No sé ni que sucede aquí ni qué quiero sacar yo de todo esto. Solo sé que los atraparon, y, aun así, arriba todos actúan como si estuviéramos de luto.

¿Por qué, si hemos conseguido lo que queríamos?

—¿Qué pasa, se te ha acabado la valentía? —escupo, inclinándome hacia ella—. No eres más que un despojo, puede que consiguieras atacarme una vez, pero eso me ha hecho más fuerte, y te aseguro que ni tu ni nadie volveréis a ponerme una mano encima.

Ella desvía la mirada, como si yo ni siquiera mereciera su atención. Ese gesto me enfurece aún más.

Pienso en Christian: ¿qué diría si me viera así? ¿Se escandalizaría? ¿O sonreiría satisfecho al comprobar que puedo ser tan cruel como él? La duda me sacude por dentro, tan punzante como la violencia que acaba de atravesarme las manos.

Las preguntas martillean mi cabeza. Estoy agotada, por dentro y por fuera. Así que termino por sentarme en el suelo, a cierta distancia, esperando que me dé alguna respuesta que ponga orden al caos.

Me observa como si yo fuese una especie en peligro de extinción, examinándome de repente con toda la calma del mundo. No dice nada, pero su mirada está cargada de palabras no dichas, de preguntas contenidas. Es escalofriante tener a Carlisle a unos escasos metros de mí, inconsciente pero vivo, pues este demonio ha provocado tanto dolor que su mera presencia es abrumadora.

—Eres tú, ¿verdad? —murmura al fin, con algo de miedo y esperanza—. Eres la mujer de la que se ha enamorado mi hijo.

No es una pregunta. Es una afirmación. Y la sangre se me hiela de golpe.

¿Su hijo?

No.

No puede ser.

No puede ser ella.

CAPÍTULO 3
CHRISTIAN



—¿Cómo que se ha ido? —pregunto a Annie, sin poder controlar mis gritos de furia.

Sus ojos delatan el terror que siente. No me gusta asustar a una de las personas a las que Evie más aprecia, pero esto no puedo consentirlo.

He sido un estúpido, una vez más. He estado tan preocupado de todo lo que ha sucedido, que he olvidado por completo reforzar la seguridad. Y es que, al no haber estado accesible, nadie de mi equipo sabía realmente qué procedía ahora, así que solo se han encargado de lo más básico esperando mis órdenes.

Unas ordenes que no han llegado, joder.

Es cierto que me he mantenido al margen, que no he hablado con ella en días, pero confiaba en quienes velaban por su seguridad. Al menos, eso me he repetido una y otra vez para calmar a mis demonios.

—Nos marchamos para dejarla descansar, señor —me asegura con un hilo de voz—. Cuando regresé ya no estaba. Se ha dejado el teléfono aquí y no sé a dónde ha ido la señorita Evelyn. Creía que era mejor avisarle a usted personalmente antes de llamar a seguridad, no quería que se asustara ni se sintiera invadida…Lo lamento si no he actuado bien, señor.

Me pellizco con frustración el puente de la nariz, buscando claridad en medio del caos. No ha podido ir demasiado lejos en su estado, pero es evidente que no quería que nadie la encontrase. Ni siquiera yo.

—Lo has hecho bien Annie, puedes retirarte— susurro angustiado — ah, y lamento haberte gritado, si alguien tiene la culpa de esto, ese soy yo.

Intenta acercarse para consolarme, no obstante, rechazo ese consuelo, pues no lo merezco. Veo la tristeza reflejada en su mirada antes de obedecer y retirarse.

Camino de un lado a otro de la habitación, repasando todas las posibilidades. ¿Podría haberse reunido con sus padres? Imposible. No ha hablado con ellos desde la misión, y Annie me lo confirmó. Imagino que no quería preocuparlos. Así que no ha salido del hotel. Lo sé. Puedo sentirla aquí.

Llamo a Dom y revisamos las cámaras. La encuentro. Y todo mi mundo se detiene.

Con ropa holgada y la capucha cubriéndole el rostro, se mueve sin rumbo aparente por los pasillos. Entonces Dom me mira. Sus ojos reflejan algo que no quiero admitir: terror.

Todas las zonas del hotel cuentan con cámaras, excepto una: el sótano.

En silencio, abandono mi despacho y me dirijo al único lugar al que desearía que no hubiera ido. Pero lo sé: Evie no saciará su curiosidad hasta descubrirlo todo. Y en el fondo se lo merece. Se merece respuestas. Aunque yo no esté preparado para dárselas.

Sé que pronto tendré que hablar con ella, también sé que en el fondo esto no es más que una forma de llamar mi atención. Pero es que imaginar lo que debe pensar de todo esto me destroza.

He actuado siempre movido por el corazón. Y, aunque el resultado sea desastroso, sigo creyendo que algún día entenderá mis razones. Solo espero que pueda hacerlo.

Porque yo ya no soy capaz de vivir en un mundo en el que ella no sea mi ancla, mi salvavidas, el amor de mi vida.

Tal vez otros lo llamarían obsesión, incluso locura. Yo lo llamo amor. Un amor que arde y consume, que no entiende de límites ni de normas. ¿Cómo explicarles que todo lo que soy gira en torno a ella? No hay convicción, poder ni familia que importe más. Solo Evie. Solo nosotros.

Y por eso sé que no puedo perderla, así que haré todo lo posible por demostrarle que sigo siendo merecedor de su amor.

Al entrar en el sótano, mis sospechas se confirman. Una imagen escalofriante me recibe: mi madre, llorando junto a Evie. Y me siento el hombre más estúpido del mundo por haber creído que era imposible que viese esta parte de mí. Mi lado más oscuro.

—¿Evie? —susurro, intentando captar su atención.

No responde. Ni siquiera se inmuta al escucharme. Está hipnotizada por Lydia, como si escuchara el relato más fascinante del mundo. Intento acercarme, pero me paralizo cuando Evie levanta una mano, de espaldas a mí, ordenándome detenerme. Sabe que estoy aquí. Simplemente no quiere que lo esté. Y ese rechazo me asusta más de lo que imaginaba.

No quiero pensar en lo que esa mujer le habrá dicho. Si ha intentado manipularla, si ha envenenado su mente, juro que cerraré esta puerta para siempre y la dejaré pudrirse junto a Carlisle. Ya no es mi madre. No tiene derecho a nada.

—Evie, por favor —le suplico—. No la escuches. Nada de lo que diga será cierto. Ven conmigo.

Silencio. No se levanta, no se mueve. No es que me ignore; sé que me escucha. Pero quiere estar allí. Quiere escucharla.

—Me parece que el que debería escucharla eres tú, Christian.

Su voz es fría como el hielo, y me atraviesa hasta los huesos.

¿Que la escuche? Ni hablar. Ninguna palabra puede borrar la realidad ni reparar los años de vacío. No pienso quedarme aquí para

escuchar excusas baratas de la única mujer que debió amarme incondicionalmente y que, sin embargo, fue la primera en romperme el corazón.

Toda mi vida creí que mi padre era el monstruo de mi historia. Pasé años anhelando el calor de los brazos de mi madre, incluso soñando despierto con una infancia en la que solo estábamos ella y yo. Ese es un dolor que no le deseo a nadie.

Alguien que te quiere no debería ser la razón por la que duele cada latido de tu corazón.

Salgo del sótano casi corriendo. La ansiedad y la agonía me queman el pecho. Las lágrimas me nublan la vista y, mientras subo las escaleras, sé con absoluta certeza que esto ha llegado demasiado lejos.

No puedo permitir que se entrometa en lo que Evie y yo tenemos. A ella no puedo perderla. Ahora lo sé con claridad: es la única mujer a la que podré amar incondicionalmente en esta vida. Y estoy dispuesto a eliminar a cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Si eso incluye destruir a la persona por la que empezó todo, que así sea, porque Evelyn es mi principio y mi final.

Al llegar a mi despacho, lo destrozo todo. No distingo si rompo un ordenador, una lámpara o una silla; solo golpeo lo que encuentro, intentando vaciar la rabia a golpes. Pero nada funciona. Me pregunto si alguna vez volveré a ser el que fui. Ya ni siquiera tengo claros mis objetivos, ni mis metas. Tal vez estas sean las consecuencias de reducir toda tu vida a la mera idealización de una persona.

—Christian… —escucho la voz dulce de Evie, que ha debido subir minutos después de que yo lo hiciera. Pero no consigo parar.

Hubo un tiempo en el que creí que su voz podría detener cualquier guerra, incluso crear la paz en el mundo. Ahora sé que esta guerra es imparable, y temo que lo arrase todo a su paso.

—¡Christian! —grita esta vez, con más fuerza.

Puedo verla. Puedo escucharla. Y aun así no puedo parar ni mi rabia ni mi sufrimiento. Me sangran los nudillos casi tanto como el alma, pero no siento dolor. Dentro de mí todo está oscuro, frío; la poca luz que quedaba amenaza con irse para siempre.

—¡Por favor! —suplica entre lágrimas—. ¡Por favor, amor, para!

Amor.

Una sola palabra, cuatro letras. Y de repente, solo existe ella. Solo ella, el centro de todo mi universo. El único amor verdadero que me queda.

Al reparar en su rostro magullado, me derrumbo. Caigo de rodillas a sus pies, deshecho en lágrimas, sin poder acompasar la respiración. Ella se arrodilla conmigo, me rodea con sus brazos y me consuela, recordándome en silencio que no estoy solo.

—No puedo, Evie —le confieso entre sollozos—. No puedo soportar este dolor. Me arde el corazón, siento como si me lo arrancaran una y otra vez. Haz que pare, te lo suplico.

Sus sollozos se mezclan con los míos. Y aunque nunca me he sentido tan amado como ahora, el odio hacia mí mismo me corroe: yo soy la causa de esas lágrimas en su rostro hermoso.

Debería ser fuerte. Debería ser yo quien la consolara a ella. No solo la han herido por mi culpa, también he cometido la estupidez de alejarme de la única persona que necesito cerca.

Porque pese a todo, no soy lo suficientemente fuerte, no si se trata de decepcionarla a ella.

Intento calmarme sin apenas conseguirlo mientras la aparto un poco para examinar su cara. Deposito un beso suave en la punta de su nariz. Ella me regala una de sus sonrisas increíbles, breve pero auténtica, aunque acompañada de una ligera queja.

Su sonrisa, lo único por lo que merece la pena seguir con vida. Con ella a mi lado, siento que tal vez pueda soportarlo, que quizá algún día este dolor desaparezca.

—Perdóname, reina, te he fallado, joder, os he fallado a todos —suplico, besando sus manos, su frente, los moratones que le recorren los brazos. Todo lo que alcanzo.

Ella sonríe y coge mi rostro entre sus manos, imitándome.

—No hay nada que perdonar, amor —me asegura, besándome la frente—. Estoy aquí. Todos lo estamos, y esperaremos lo que haga falta para que vuelvas a ser tú, porque sin ti, nada de esto tiene sentido.

CAPÍTULO 4
EVELYN



Tengo que conseguir que la escuche, aunque sea durante unos escasos minutos; solo entonces sabrá la verdad.

No me corresponde a mí contársela, cada persona tiene su historia y su madre debe tener la oportunidad de contarla por sí misma. Pero tampoco sé cómo convencerle de que esto no es lo que parece.

Porque no lo es.

Sí, es una situación horrible, pero su madre no es del todo culpable. Al menos, no para mí.

Si lo que me confesó es cierto, Edward maltrataba a Lydia día tras día. Llegó incluso a amenazarla con quitarle a su hijo si no obedecía todas y cada una de sus órdenes. Fue entonces, cuando Christian apenas tenía siete años, que decidió huir. Tras un episodio de violencia brutal, Edward le aseguró que conseguiría encarcelarla y le explicó con detalle cómo pensaba incriminarla falsamente para impedir que volviera a ver a su hijo. Desesperada, acudió a casa de su examante, quien la ayudó a esconderse.

Y quizá eso no sea un motivo para abandonar a tus hijos, quizá no exista un motivo en este mundo lo suficientemente grande como para hacerlo, pero esa mujer estaba desesperada. Se encontraba sola, con la única compañía de su mejor amiga, la cual, por desgracia, no podía impedir ni esa relación de maltrato, ni el poder

que tenía el padre de Christian sobre todas las personas que se cruzaban en su camino.

El crujido de la madera al romperse me hace sobresaltarme, dándome cuenta entonces de que mientras yo estaba absorta en estos pensamientos, Christian ha golpeado la mesa con tal fuerza que me sobresalto. Sigue de rodillas ante mí y ahora su mano está casi tan roja como sus ojos. Respira entrecortado, como si cada bocanada de aire le abrasara los pulmones. Sus nudillos sangran contra la superficie astillada, pero ni siquiera parece notarlo.

—¿Cómo pudo hacerlo? —ruge—. ¿Cómo pudo elegir a Carlisle antes que a mí? Era mi madre…

Se lleva las manos a la cabeza, tirándose del pelo, como si quisiera arrancarse los recuerdos de raíz.

Me destroza verle sufrir tanto, sin saber muy bien que hacer o decir, pues este tipo de dolor no se borra con palabras ni con actos, deduzco que solo el tiempo puede hacerlo. Yo no estaba aquí cuando perdió a su madre, tampoco cuando decidió crear esta organización, así que sí, me he perdido todo ese dolor que le ha acompañado todos estos años… Pero me quedaré todo el resto de mi vida.

Sobre su madre, no sé muy bien que pensar, por un lado, puedo llegar a empatizar con ella, pero por el otro, es la culpable de que el hombre con el mejor corazón que existe esté deseando arrancárselo debido a todo el sufrimiento.

Cuando le pregunté por el accidente y la falsa muerte de Christian, me juró que no sabía nada. Ella se enteró mucho después, y para entonces el cáncer ya había acabado con James. Lydia no se sentía lo bastante segura como para descartar que aquello fuese otra trampa de su marido para hallarla y acabar con ella.

No es que eso justifique nada, pero lo explica. Al final, solo era una mujer joven y asustada, obligada a hacerse cargo de un niño que ni siquiera era suyo, convencida de que el suyo había muerto.

Las palabras de su madre no dejan de cruzarse por mi mente mientras caminamos hacia la habitación.

"El hombre que está atado a tu lado me considera su madre."

"Cuando el padre de Carlisle, mi verdadero amor, murió, no pude dejar de encargarme de él."

"Fue un consuelo cuando me hicieron creer que mi propio hijo había muerto."

Así que Carlisle, por muy monstruo que sea, jamás mantuvo a Lydia secuestrada.

Por supuesto que merece todo lo que Christian o sus socios quieran hacerle. Siento asco solo de pensar en él y en todas las mujeres y niños que sufrieron bajo su control. Pero no creo que ella deba morir por esto. Solo creo que tiene mucho que explicar… y que compensar.

Tal vez ahora que ninguno de esos hombres forma parte de sus vidas puedan recuperar algo de lo perdido. Lo único que sé es que me parte el corazón ver al hombre que amo tan destrozado.

El dolor en su mirada me atraviesa como un puñal. Quiero consolarle, pero cada vez que acerco la mano temo que se rompa más. Mi garganta arde de impotencia, me duele no poder cargar con parte de ese peso por él. Y, aun así, no puedo dejar de intentarlo, aunque sienta que me estoy hundiendo junto a él.

Pienso en cómo sacar el tema sin que se sienta atacado mientras le preparo un baño de espuma en su habitación. Necesito estar a solas con él, arrancarle de esa tensión que lo consume, porque si no, acabará enfermando.

Mientras me ayuda a deshacerme de la ropa y me tiende la mano para entrar en la bañera sin hacerme daño, no puedo evitar la frustración. Veo en sus ojos el dolor que le producen mis moratones, y odio que se siga culpando a si mismo por esto. Ojalá las cosas fueran distintas, pero tendremos que adaptarnos. Esta experiencia nos ha enseñado que, a veces, la vida se empeña en darnos lo contrario de lo que imaginamos.

Su mirada se desliza por mi cuerpo desnudo con un hambre contenida que nada tiene que ver con el deseo carnal: es la necesidad de aferrarse a algo que le recuerde que está vivo. El roce de sus dedos en mi cintura es demasiado lento, demasiado consciente, y me estremezco antes incluso de que me toque.

El aire entre nosotros se espesa con algo más que dolor: con una tensión que me quema la piel antes de que sus manos lleguen a recorrerla.

Con la espalda apoyada en su pecho, empiezo a masajearle los brazos mientras me enjabona el torso con delicadeza. Sus dedos trazan círculos sobre las horribles marcas moradas. De vez en cuando me recorre un pinchazo de dolor, y siento cómo su cuerpo se tensa contra el mío, temeroso de lastimarme.

—Christian… —murmuro, buscando el valor para decir lo que me quema en la lengua—. Antes de que me digas que no quieres oírlo, solo te aconsejo que, cuando te sientas preparado, bajes y la escuches.

Gruñe, molesto, mientras se enreda un mechón de mi pelo entre los dedos. Me apresuro a continuar antes de que dé por zanjado el tema.

—No te pido que la perdones —aclaro en un susurro—, solo que ahora que la tienes aquí quizá te haga bien conocer toda la historia. Al menos así no sentirás que te falta información.

Apelo a su necesidad de control, porque sé que, si hay algo que Christian odia más que a su madre en estos instantes, es no entender lo que ocurre. Quizá, si la escucha, aunque solo sea por curiosidad, llegue a la misma conclusión que yo. Y aunque no la perdone, debe perdonarse a sí mismo por todo lo que carga en silencio.

—Tú no lo entiendes, pequeña —susurra, besándome la cabeza mientras sigue trazando círculos sobre mi piel—. No puedo ni mirarla sin sentir el dolor de su traición. Solo de verla me entran ganas de

llorar. La odio. Odio que me importe. Odio que me duela tanto, no se merece esta reacción en mí.

—No la mires —le susurro—. Cierra los ojos y escucha. Tal vez pueda darte las respuestas que llevas buscando todos estos años. Además, no puedes permitir que esta decepción te aparte de tu cometido. La has encontrado. Haz que todo esto valga la pena.

Se queda en silencio, asimilando mis palabras. Y entonces suelta una leve risa amarga que me enciende un nudo de esperanza en el pecho. Si está dispuesto a escuchar, sé que podrá hallar algo de paz para todos esos demonios que lo atormentan.

—¿Te haría feliz? —pregunta, inclinando mi cabeza hacia atrás para obligarme a mirarlo a los ojos—. ¿Estarías más tranquila si escuchase lo que tiene que decir?

Sopeso mi respuesta. Claro que me haría feliz. Pero no quiero que lo haga por mí, ni por complacerme. Quiero que lo haga por sí mismo, que aproveche lo bueno dentro de toda esta oscuridad y encuentre un resquicio de calma.

—Me haría feliz que tú fueses feliz —le confieso—. Quiero que dejes de culparte, que dejes de maltratarte a ti mismo con tus pensamientos, y sé que sería un gran avance para ti si supieras cómo fue en realidad la historia… si por fin pudieses encajar las piezas del puzle de tu infancia.

Agarra mi nuca y tira de mi pelo con suavidad, acercándome a él hasta que nuestros labios encajan con necesidad. Y entonces lo veo: incluso en sus peores momentos es capaz de mostrarme su amor.

Y un corazón que aún sabe amar no está roto del todo. Puede sanarse.

—Entonces, dalo por hecho —me asegura contra mis labios—. La escucharé, y lo siento, pero no puedo prometerte nada más que eso.

La felicidad me inunda al verlo dispuesto a intentarlo, aunque sea un poquito. Y le beso, por lo mucho que lo amo, por la fuerza con la que resiste cada golpe, por lo capaz que es de mantenerse en pie.

Pero, sobre todo, le beso para recordarle que estoy aquí… y que nunca más volverá a estar solo.

CAPÍTULO 5
CHRISTIAN



No consigo dormir más de dos horas seguidas, me mantengo estático para no despertar a Evie mientras mi cabeza sigue torturándome. Así que cuando entra un pequeño destello de luz por la ventana, me levanto de la cama y me visto, sopesando mis opciones. Me pregunto si realmente quiero conocer la historia o si sería mejor quedarme con la duda para siempre.

Pero ella me lo ha pedido, y lo mínimo que puedo hacer es complacerla.

Aunque no quiera escuchar a esa mujer.

Porque no lo merece.

Y porque no sé si estoy preparado para escuchar nada más acerca de todo esto.

A veces, la verdad hiere más de lo que podemos imaginar, y a mí todo esto ya me ha herido lo suficiente.

Cuando la vi en aquel edificio, lo confirmé. Si no la hubiese encontrado, habría vivido siempre con la incertidumbre, con la desesperación… pero no tendría que cargar con el dolor que solo una desilusión así puede provocar.

Enfundo mi pistola y la sujeto en la hebilla del cinturón. Pase lo que pase, lo único que tengo claro es que Carlisle no sobrevivirá a esta tarde.

Decido dejar a Evie durmiendo. Ha pasado la noche entre pesadillas, agitándose inquieta, con un par de mechones pegados a la frente por el sudor. Quiero creer que sus sueños son consecuencia de la agresión y el estrés, y no del miedo real a lo que nos rodea. Solo espero no equivocarme, no puedo desestabilizar más su vida, debo encontrar la forma de traerle toda la calma posible y eliminar todas las tormentas que me acompañan.

Llamo a Dom para contarle lo que voy a hacer. Sabe que Carlisle es asunto mío y que juré ser yo quien le arrebataría el último aliento. En realidad, no le llamo por eso: lo que necesito es saber si es buena idea bajar a hablar con ella.

—Mira, tío —dice con un suspiro—, contra todo pronóstico sigue siendo tu madre, y quizá sea una cabrona, pero todo empezó con el propósito de encontrarla. Yo le daría una oportunidad.

Asiento, aunque sé que no puede verme.

—¿Y si lo que descubro solo sirve para hacerme más daño? —pregunto, inseguro—. Joder, tal vez lo mejor sea acabar con los dos y que se terminen los problemas, estoy hasta los cojones de sentirme así.

Suspiro, pellizcándome el puente de la nariz mientras me pongo los zapatos y cierro la puerta con cuidado para que Evie no se despierte. La verdad es que no creo que fuese capaz de matarla. Por mucho daño que me haya hecho, no podría mirarla a los ojos antes de arrebatarle la vida. Y tampoco sé si eso es lo que quiero.

Estoy confuso, de eso no hay duda. Pero no puedo dejar que pasen los días: sin agua ni comida, acabará muriendo de todas formas. Tal vez esa idea no me entusiasme tanto como intento aparentar.

—Sabes que no lo harías —replica Dom al escuchar mi largo silencio—. Baja. Escucha. Es lo mejor, y si no te convence siempre puedes mandarla lejos, puede quedarse con mi madre.

Al colgar, estoy más decidido. Si Dom y Evie creen que es una buena idea, quizá lo sea. Ellos me conocen mejor que nadie, y Dom

suele tener la certeza de cuándo me arrepentiré de no hacer algo y cuándo no, así como Evie mira por mi bienestar y jamás me aconsejaría algo si no está segura de que me vendrá bien.

Cojo una botella de agua de la nevera. Pienso ofrecérsela, aunque no se la merece, pero si pretendo que hable no podrá hacerlo tras tres días deshidratada. Me maldigo al darme cuenta de que, en realidad, me preocupa su estado.

No debería ser así. A ella jamás le ha importado nada que tuviera que ver conmigo. Por mucho que esa mujer me trajese al mundo, nunca ha actuado como una madre. Y me pregunto si yo algún día seré capaz de darle hijos a Evie, de ser mejor que mis padres… o si estoy condenado a repetir su historia.

Descarto esos pensamientos. Estoy harto de que el regreso de mi madre me haga sentir tan inseguro. Claro que soy mejor que ellos, joder.

Monté una organización desde cero, salvé a mujeres y niños inocentes, y me aseguré de que las víctimas de Carlisle estén a salvo. Mi padre jamás habría hecho algo así. Él solo veía personas como peones de ajedrez, marionetas que podía mover a su antojo, y me incluyó a mí en su tablero. Pero yo soy distinto.

Mierda. El aire se me atasca en los pulmones. Un sudor frío me empapa la nuca y los dedos me tiemblan tanto que tengo que apretarme fuerte las manos. Me obligo a respirar hondo, pero cada bocanada me quema en la garganta. Siento que el pecho me estalla, que las paredes se me vienen encima. No entiendo nada, maldita sea. ¿Cómo pudo ella estar con Carlisle? ¿Cómo demonios pudo elegirlo a él, criar a ese bastardo como si fuera su hijo y dejarme a mí hundirme en la mierda?

Me froto los ojos con violencia, buscando alejar la imagen de ellos dos juntos, pero cuanto más la rechazo, más real se vuelve. Estoy a punto de perder la cabeza, joder.

No pienso permitir que las dos personas que debieron enseñarme a ser bueno sean quienes me hagan dudar de si lo soy. Dejé de ser

su hijo el día que me abandonaron.

Ese pensamiento me lleva a Davina. ¿Cómo le habrá afectado todo esto? Sé que Dom se lo habrá contado, y me parece bien porque mi madre y ella eran grandes amigas. Aunque Davina siempre me trató como a un hijo, no dejaba de recordarme que yo ya tenía una madre. Seguramente también la engañó a ella, como a todos. Debe de ser una mentirosa de manual, capaz incluso de embaucar a Peter, que todavía siente un pinchazo en el corazón cada vez que ve una rosa blanca en su floristería.

Abro la puerta con un golpe seco. Carlisle gira la cabeza con esfuerzo, y su rostro se tuerce de pánico al verme entrar. Disfruto de esa reacción.

Le lanzo la botella de agua a Lydia. Ella se arrastra para cogerla, con una indecisión que revela que no se cree mi gesto amable. La entiendo. En parte, yo tampoco termino de creérmelo.

Jamás he sido un hombre comprensivo, mucho menos indulgente. Para mí, la traición siempre se paga con sangre. Sin embargo, desde que conocí a Evie he descubierto partes de mí que creí inexistentes.

—Bueno, solo para que lo sepas antes de morir —le digo a Carlisle, levantándole la barbilla para obligarlo a mirarme a los ojos —: he reventado tu puto imperio desde dentro. Ninguno de los tuyos ha sobrevivido; mis hombres se han encargado de eso. Todas esas víctimas están a salvo, y todo tu puto dinero está en mis cuentas.

Cuando coloco la mano en la hebilla del cinturón, sus ojos descienden lentamente por mi pecho hasta posarse en la pistola que sujeto entre los dedos. Disfruto como nunca de este momento. Siempre imaginé cómo sería: si lo torturaría durante horas, si le permitiría pronunciar sus últimas palabras. Ahora, en cambio, me parece un estorbo. Solo quiero volarle la cabeza de una vez.

—Me lo has arrebatado todo, pero tú… —susurro, sacando el arma de su funda y apoyándole el cañón en los labios— tú eres mío, cabrón. Abre la puta boca.

—Christian —musita mi madre—, por favor, no lo hagas. Yo… le quiero.

Una carcajada oscura me sacude el pecho. Lo último que esperaba era oírla decir que siente amor por él. Ese detalle solo aviva la rabia que me devora.

¿Quererlo?

¿Cómo demonios va a quererlo?

La miro con más asco del que pensé que sería capaz. Es imposible que lo esté defendiendo. ¿Acaso sabe realmente quién es? Quizá sí. Quizá incluso haya formado parte de todo esto. Ha sido un error. Los dos van a morir hoy.

—No es lo que parece —se apresura a decir con un hilo de voz—. Eres mi hijo, Christian, y te amo, pero creí que te había perdido y a él lo he cuidado desde que era pequeño. Te suplico clemencia. Mándalo a prisión si quieres… pero déjalo vivir.

Vuelvo a reír mientras obligo a Carlisle a tragarse el cañón de mi pistola, disfrutando de los hilos de baba que le caen a los lados y de las arcadas que le entran. Se la saco de golpe, provocándole un grito que roza el alivio y baila con el terror.

La sangre me hierve en las venas y, en la sala, solo se escucha el eco de mis pasos. Está loca si cree que voy a dejarlo respirar. Ella no tendría que haberlo querido, ni mucho menos criado. Ese lugar era mío. Me pertenecía. Y me lo arrebató todo.

Joder, un nudo me oprime la garganta y me doblo hacia adelante, jadeando como si me faltara el oxígeno. La vista se me nubla y tengo que apoyarme en la pared para no caer de rodillas. La puta ansiedad me invade de nuevo y me golpeo el pecho con el puño, intentando recuperar el aire, pero lo único que consigo es que la rabia me suba más, como un veneno recorriéndome las venas.

No debería afectarme. Pero duele. Duele tanto que me arranca la piel desde dentro. Ella era mía, mi madre, y me lo quitó todo para dárselo a él. ¿Cómo se supone que voy a soportar eso?

—¿Sabes? —le digo a Carlisle, presionando el cañón contra sus heridas con brusquedad—. Tu padre mató al mío. Perfecto, me da igual. Pero también teníais que quedaros con ella, ¿no?

Me observa con incredulidad, fingiendo no entender de qué hablo. Pura estrategia. No va a jugar conmigo.

—Bueno, mamá… —pronuncio la última palabra como si escupiera ácido—. Tómate esto como una advertencia: yo no tengo clemencia con los hombres como él. Y tú tampoco deberías.

Lo miro una última vez a los ojos y, sonriendo, aprieto el gatillo.

—Nos vemos en el infierno.

La sangre me salpica el cuerpo. Los gritos de mi madre son música para mis oídos. Si es capaz de sufrir por él, entonces se merece sufrir.

Ese pensamiento amarga un poco la sensación de paz que me proporciona haber matado por fin a este cabrón, pero no la borra.

Ver como poco a poco su sangre lo inunda todo me hace sentir que, por fin, las cosas empiezan a tener sentido.

Ha sido un error pensar que podía comprenderla. Un error aún mayor creer que me quería lo suficiente como para, por una vez, anteponerme al resto.

CAPÍTULO 6
EVELYN



Desde que me he despertado, siento una presión agónica en el pecho, las pesadillas se han vuelto algo rutinario para mí. Después de aguantar el maltrato por parte de Luca, no había vuelto a experimentar una situación tan violenta, y eso me ha traído fantasmas del pasado, pues cuando Luca se emborrachaba o creía que debía "educarme", tal como le gustaba decir, no había nadie capaz de detenerlo.

He recordado donde estaba al segundo de abrir los ojos, borrando por completo esos pensamientos que nada tienen que ver con mi realidad ahora mismo, y he buscado a ciegas el cuerpo de Christian en la cama. Pero al notar su ausencia se me han disparado todas las alarmas. Algo no va bien. Ni siquiera me ha despertado antes de irse y, en el estado en el que se encuentra, puede convertirse en una bomba de relojería.

Me visto con torpeza mientras marco el número de Dominic. Agradezco que no tarde en contestar; ese pequeño gesto calma la ansiedad que me consume.

—Hola, Dominic —saludo con la voz temblorosa, temiendo haberle despertado, apenas son las ocho y media de la mañana y hoy no tenemos nada programado que le haga madrugar—. Perdona que te llame a estas horas, quizá estabas dormido, pero… no sé a dónde ha ido Christian y temo que cometa alguna locura.

El silencio al otro lado dura un minuto interminable. Sesenta segundos que me pesan como horas. Al fin, responde:

—Está en el sótano. Ha ido a acabar con Carlisle y a hablar con su madre —informa con cautela—. Aunque esto último no lo tengo tan claro. Quería mi aprobación… y eso solo pasa cuando no está seguro de lo que va a hacer. Y Chris siempre lo está.

Mi estómago se encoge. La certeza de que está dudando me resulta mucho más aterradora que cualquier arranque de violencia. No sé si prefiero al Christian furioso o a este Christian quebrado, que parece dispuesto a hundirse en un abismo del que no sabrá volver.

No pienso permitirlo, si tengo que lanzarme al vacío para recuperarlo, pues que así sea, pero no pienso abandonarlo.

Me recojo el pelo a toda prisa y bajo las escaleras con el corazón en la garganta. Mi cuerpo protesta, pues desde la misión no he vuelto a entrenar, y ahora mismo me encuentro más débil que nunca. Pero eso no me detiene. Dios sabe qué puede estar ocurriendo ahí abajo. Y si llega a enterarse de que su madre ha cuidado de Carlisle como a un hijo todos estos años…

No creo que fuese capaz de matarla, al menos no en su sano juicio. Pero sé que esta situación lo está destrozando, y me aterra que haga algo de lo que nunca pueda regresar.

Tras recuperar el aliento, empujo la puerta del sótano y me topo con una escena que me hiela la sangre.

El olor metálico de la sangre me golpea, áspero y sofocante, pegándose a mi garganta. Siento las piernas temblar, como si el suelo se moviese bajo mis pies, y una náusea me sube hasta la garganta mientras lo quema todo a su paso.

Christian está sentado sobre un charco escarlata. Tiene las palmas de las manos completamente abiertas en el suelo, como si intentase encontrar algo a lo que sujetarse. Debe llevar así un tiempo dolorosamente largo, pues estas se encuentran empapadas y su mirada se encuentra perdida en un punto fijo de la pared de hormigón. No mira a su madre. Tampoco a Carlisle, que yace muerto

en el suelo, aún atado a la silla, como si el propio peso de su cadáver en algún momento hubiera provocado su caída.

Solo… parece ausente, asustado, completamente destruido.

Y yo me quedo helada ante el escenario que ha creado.

Lydia y yo cruzamos una mirada. Busco respuestas en sus ojos, pero solo encuentro desolación. Sus pupilas vagan entre el cuerpo sin vida del hombre al que consideró un hijo y la figura derrumbada del verdadero. No pronuncia palabra, pero su expresión lo dice todo: el dolor la desgarra.

Y la ironía de esa tragedia me golpea de lleno: si ella nunca hubiese amado a ese bastardo, ahora no sufriría. Y si Christian no hubiese anhelado tanto el amor de su madre ahora no estaría roto en pedazos.

—Lo quería, Evie, no solo lo crió como debía haberme criado a mí, lo quería… —murmura de repente, sacándonos a ambas del shock—. Mientras yo la buscaba, ella lo quería a él. Pero no me quiso lo suficiente a mí como para no darme por perdido.

Su voz suena tan rota que me desgarra por dentro. Las lágrimas me caen sin control, no puedo expresar con palabras el sentimiento tan desgarrador de ver al hombre que amo tan consumido por el dolor. Y lo entiendo: lo que duele no son los años de incertidumbre, sino la certeza de no haber sido amado. Y lo que veo frente a mí ya no es el líder de Águila Negra, ni el hombre que acaba de ejecutar a Carlisle a sangre fría. Lo que tenemos delante es al Christian de hace veintiún años: un niño al que arrancaron de los brazos de su madre, un niño maltratado por su padre, asustado, que nunca conoció ternura.

Y ese niño, *mi niño*, sigue sufriendo.

—Amor mío, por favor… —le suplico, agachándome con cautela hasta atrapar su mirada—. Vámonos de aquí. Necesitas paz. No puedes seguir torturándote así.

Sus ojos se tornan tan oscuros como la noche. Y si no le conociera, saldría huyendo de aquí sin mirar atrás, pues es aterrador

ver como sus demonios luchan dentro de él para conseguir escapar y dominarlo todo.

Me dedica una sonrisa torcida que me deja sin aliento mientras aparta unos mechones de mi rostro, manchándome la piel y el pelo de sangre. Siento un escalofrío, sin embargo, no me importa. La escena puede parecer macabra, pero yo solo lo veo a él.

—El problema es que no quiero, reina —confiesa con la voz cargada de oscuridad y tormento—. No quiero irme. Quiero saberlo. Quiero entender por qué no me quiso lo suficiente. Por qué me abandonó. Y quiero que sufra, joder, que sufra como yo lo he hecho todos estos años.

Las lágrimas me siguen nublando la vista, y por un segundo, temo que ni siquiera pueda alcanzarlo. Es como si hubiese construido un muro de dolor entre nosotros, uno tan alto que me siento diminuta frente a él.

Miro a su madre, que llora desconsolada. Y entiendo que este no es el momento. No pueden desangrarse en reproches con un cadáver aún caliente en el suelo. Necesitan hablar, sí, pero en otro lugar.

Saco el móvil con la decisión ya tomada, la cobertura aquí abajo es tan débil que temo tener que salir, pero finalmente la suerte se pone de mi lado y empieza a sonar el tono de espera.

—Tráeme las llaves, tenemos que sacarlos de aquí inmediatamente —le ordeno a Dominic cuando descuelga—. Yo llevaré a su madre arriba. Encárgate de Christian, no creo que vaya a ser capaz de moverlo de aquí, está completamente absorto en su dolor. Tras un leve ruidito de afirmación por su parte, doy por finalizada la llamada y me pongo manos a la obra.

Le veo abrir la boca, dispuesto a replicar, pero lo acallo con un beso antes de que pueda decir nada, un beso en el que el intenta perderse, profundizándolo tanto que acabo con la sangre de Carlisle por todas partes. Y aunque me cueste horrores, no puedo permitir

que me nuble el juicio mediante el placer que me provocan sus labios.

Tengo que ayudar, es lo correcto, y lo que me gustaría que él hiciera por mí si yo estuviese en su lugar.

Subiré a Lydia a mi habitación, dejaré que se asee y coma algo, y después pensaré cómo tender un puente entre ambos.

Solo sé una cosa: este sótano guarda demasiado dolor y sangre como para soportar una conversación que, inevitablemente, decidirá su destino.

Christian está en shock, todavía sentado en la sangre como si eso lograra satisfacerle. Apenas logra susurrar dos palabras, pero las repite una y otra vez, desgarrándome por dentro:

«Lo quería a él».

«Lo quería a él».

«Lo quería a él».

«Lo quería a él».

Sigue susurrando lo mismo una y otra vez, perdido completamente en la oscuridad mientras Dominic intenta llevárselo, casi arrastrándolo por la resistencia silenciosa de su cuerpo. Yo hago lo mismo con Lydia, desatando no solo sus cadenas físicas, sino al parecer las emocionales, pues de pronto parece ser consciente de lo que ocurre aquí. El simple hecho de compartir espacio con ella me resulta incómodo; teniendo en cuenta cómo nos conocimos, y no será fácil borrar aquella primera impresión. Aun así, me esfuerzo: sé que no fue nada personal. Seguramente intuía que algo no estaba bien y me atacó como habría atacado a cualquiera.

Sin embargo, parte de mí la odia por haber sido cobarde, por no haber estado a la altura de lo que Christian necesitaba. Pero otra parte… otra parte la compadece, porque ahora la veo rota, tan perdida como él, y comprendo que no ha sido fácil para ninguno.

—Quería pedirte perdón por lo que hice—me confiesa, secándose las lágrimas—. Y darte las gracias. Se nota que le haces bien.

Sé a qué se refiere. Aunque apenas me conoce, una madre percibe esas cosas. Mientras la acompaño hasta mi habitación y la dejo en el baño para que se duche, me asalta un pensamiento: necesito un consejo. Pero no de cualquiera. De alguien que pueda entenderla mejor que nadie.

Busco un número en la agenda y, al pulsar el botón de llamada, los nervios me recorren entera. Hace semanas que no hablo con ella, desde antes de la misión, y sé que debe de estar preocupada.

—¿Evelyn? ¿Cariño? —la voz de mi madre suena sorprendida—. Creí que estabas descansando. Christian me dijo que estabas enferma. ¿Estás mejor?

Agradezco que él se encargara de tranquilizarlos; incluso en sus peores momentos nunca olvida a los demás, nunca me olvida a mí.

—Hola, mamá. Sí, estoy mejor… no sé por qué me puse tan mal —miento, acompañando la frase con una risita nerviosa y una pequeña tos fingida—. Pero no te llamo por eso.

Percibo cómo su respiración se acelera, preocupada. No quiero asustarla, así que me apresuro a explicarle que ocurre.

—¿Recuerdas que Christian os contó que estaba buscando a su madre? Pues… la ha encontrado. Y necesito pedirte un consejo.

Suspira, aliviada.

—¡Qué bien, cariño! —responde con una alegría que me sorprende —. Me alegro mucho por Christian. Cuéntame, ¿qué sucede?

Le explico la situación, evitando los detalles más oscuros. Le confieso que la relación entre ellos está cargada de tensión, que necesitan hablar, pero que el pasado pesa demasiado y ninguno sabe por dónde empezar. Parece estar nerviosa y la tranquilizo asegurándole que Lydia está bien, que la misión terminó sin problemas y que estamos a salvo.

Lo cual es casi la verdad, pues dentro de lo malo, Carlisle está muerto y nosotros conseguimos nuestro objetivo.

—Si las cosas son tan complicadas, que tras tantos años separados es normal que lo sean… —sopesa con algo de nerviosismo—, lo mejor es que estés con Christian, aunque sea al principio. Cógelo de la mano, haz que se sienta acompañado. Y, sobre todo, que se den el tiempo necesario para hablar. Veintiún años no se explican en quince minutos, cariño.

Asiento, dejando que su consejo me guie un poco. Cuando Lydia sale del baño, más serena, me despido prometiéndole a mi madre que la llamaré más tarde.

—Gracias por permitirme utilizar tu ducha—susurra avergonzada— y te pido disculpas de nuevo, aunque sé que tengo mucho que explicar y compensar, me gustaría que no me vieras como una enemiga.

Suspiro algo agobiada, si tengo que ser sincera, esta situación me viene bastante grande, pues nunca he vivido algo así. Sin embargo, sé que en estos momentos tengo que conseguir ser de ayuda, no complicar más la situación, así que eso intento.

—Tranquila, entiendo que estabas en una situación complicada —confieso— ayudaré en todo lo posible porque estoy enamorada de tu hijo, y eso importa más que cualquier cosa.

Agacha la mirada con un amago de sonrisa mientras se coloca los mechones de pelo húmedos tras las orejas.

—Solo te pido una cosa, no le hagas mas daño, porque entonces ni yo ni nadie podrá impedir que sus demonios tomen el control por completo.

Asiente decidida, y por primera vez desde que nos cruzamos, veo un atisbo de esperanza en su mirada.

—Así será, esta vez lo haré bien, lo prometo.

Y la creo. La creo porque cualquiera que tenga la suerte de tener a Christian en su vida querría conservarlo. Es imposible no hacerlo. Él tiene algo especial, algo que te hace quererle para siempre.

Y sé que ella también lo quiere, a pesar de todo.

Nadie podría no hacerlo.

CAPÍTULO 7
CHRISTIAN



La ducha me ha sentado bien, aunque no me disgustaba tener la sangre de ese hijo de puta por todas partes. Pero lo que de verdad ha ayudado son las dos copas de bourbon que acabo de tomarme. Soportar esto sobrio es una tortura y, si de verdad voy a hablar con esa mujer, necesito controlar los nervios antes.

Haber matado a Carlisle delante de sus narices puede parecer cruel, pero para mí no lo es: ese hombre era el origen del sufrimiento de muchas personas inocentes y sólo por eso merece lo que le hice.

Todavía me despierta por las noches la imagen de aquel chico atado en un sótano, con la piel en carne viva por culpa de Carlisle, se ve que ese era su castigo contra quienes intentaban luchar por su vida. Sus suplicas todavía nos persiguen a Dom y a mí. Que mi madre pudiera sentir afecto por alguien así es algo que jamás entenderé. Que lo quisiera me ha dolido profundamente; sin embargo, sus sentimientos no iban a detenerme, eso está claro.

Si sufre por él no sentiré compasión.

Por las razones que sean, le tenía afecto, pero cualquier persona con uso de razón vería que no era un buen hombre. Aunque seguramente fue criado con amor gracias a Lydia, hay personas a las que no se puede amar: están destinadas a la maldad, a la crueldad por placer, y eso ni siquiera el amor de una madre puede cambiarlo.

—¿Estás mejor, hermano? —pregunta Dom, francamente preocupado—. No quiero que esto te afecte más de lo que ya lo ha hecho; he hablado de nuevo con mi madre.

No me sorprende: sabía que algo así no pasaría desapercibido demasiado tiempo, y mucho menos para la mujer que no sólo cuidó de su hijo, sino que además era su mejor amiga. Siento lástima cada vez que pienso en cuánto tuvo que sufrir en silencio, en las noches que debió pasarse preocupada o llorando mientras Dom y yo dormíamos; no me parece justo.

Sufrir así durante tantos años es un dolor que conozco muy bien, y Davina no se merece eso un minuto más: merece vivir tranquila de una vez.

Asiento, alentándole a que me cuente más, y él lo hace.

—Le he contado cómo pasaron las cosas —confiesa, nervioso—. No te enfades: ya sabes que a ella no le puedo mentir. Está dispuesta a acoger a tu madre en su casa si no quieres que se quede aquí.

Vuelvo a asentir. Pase lo que pase, esa mujer no va a vivir bajo mi techo. Tal vez por sus venas corra la misma sangre que por las mías, pero no somos familia.

Eso quedó claro en el momento en que lloró la muerte de Carlisle: si se hubiera preocupado, aunque fuera una cuarta parte por mí de esa manera, tal vez habría descubierto que seguía vivo, pero no lo hizo.

Ella le quería a él; no a mí.

—Asegúrale que no es necesario —le pido—. Ya ha hecho bastante por todos nosotros, no quiero que también cargue con esto.

Dom enciende un cigarrillo y me mira a los ojos, sopesando si decirme lo que tiene en la punta de la lengua.

—Me parece que mi madre sabe cosas que nosotros no —confiesa, con aire preocupado—. En cuanto se lo conté no se alarmó como

esperaba; fue… como si la entendiera, como si ya se esperase que algo así había sucedido.

Al principio pienso que eso es imposible: si Davina hubiera sabido de verdad dónde estaba mi madre nos lo habría contado. Tal vez no estaba segura y sólo eran sospechas; tal vez decidió dejarlo en mis manos porque me correspondía a mí averiguarlo.

No entiendo nada, pero ahora mismo soy incapaz de pensar en cómo puede ser eso posible. Tengo la cabeza plagada de pensamientos intrusivos y violentos, y no me gusta estar así, joder, que soy Christian Stone. La fama de ser un hijo de puta sin corazón no me la he ganado llorando por las esquinas, y en mi mundo, si muestras algún atisbo de vulnerabilidad estás perdido. Así que por mi bien y por el de todo mi equipo, tengo que hacer todo lo posible por superar esto de una puta vez.

Antes de marcharse para encargarse del cuerpo de Carlisle, Dom me da un último abrazo. Me pilla por sorpresa, pero no me aparto; no estoy habituado a mostrar mis sentimientos de esta forma, pero ahora mismo tampoco me quedan muchas opciones.

Salgo de mi habitación y voy a buscar a Evie; la necesito en estos momentos y sólo ella sabe cómo anestesiar mi dolor.

Me abre la puerta con cautela y, sabiendo que mi madre está con ella, tiro de su brazo para llevármela conmigo. Se asusta, pero me sigue con rapidez sin preguntas, a la espera de que le explique lo que hago.

Cuando llegamos a mi despacho cierro la puerta con fuerza y apoyo su cuerpo con cautela contra ella. Aunque me cuesta horrores mantener la calma, sé que está adolorida y no quiero hacerle daño; no se queja, así que sigo apretando mi cuerpo contra el suyo hasta que se le escapa un jadeo que me indica que ese es el máximo que puede soportar.

Empiezo a besarla como un animal, mordisqueando sus labios con fuerza y necesidad, ella suspira intentando recuperar el aliento, pero no le doy tregua. La cojo del cuello obligándola a mirarme a los ojos,

su mirada me recibe turbia y ansiosa, y me bebo cada parte de ella mientras la devoro.

—Amor, ¿qué haces? —pregunta, jadeante entre besos—. ¿Seguro que esto es lo que quieres?

Beso su cuello en respuesta, dejándole pequeños mordiscos. Al quitarle la camiseta, recorro con mis labios cada uno de los hematomas que marcan su piel. Lo hago con cautela esta vez, dedicándole a cada golpe todo el amor que puedo ofrecer.

—Ya he descuidado bastante a mi reina —susurro, descendiendo entre besos hasta la cuerda de sus pantalones de seda—. Debería ocuparme de lo que realmente importa.

Ella aparta un poco mi cara de su cuerpo mientras me deshago de su ropa con una lentitud que la obliga a contener el aliento. Cada centímetro de su piel que libero es un pequeño suplicio, una pausa que convierte el deseo en un incendio insoportable. Sus dedos tiemblan cuando me coge del mentón y me obliga a mirarla. En sus ojos no hay rechazo, solo un destello de duda: teme que esté demasiado roto como para entregarme a ella, que esto sea una mala idea.

Pero no entiende que ahora mismo esto es lo único que puede salvarme: perderme en ella para volver a encontrarme.

La levanto con cuidado, envuelve sus piernas en mi cintura y al sentir el contacto de su cuerpo desnudo no puedo evitar gemir de placer y desesperación. Sin dudar, la tumbo sobre la gran mesa de roble. El frío de la madera arranca un gemido de sus labios, ese sonido me golpea directamente en la entrepierna y aprieto su carne lo suficiente hasta que mis dedos se le quedan marcados. Sus ojos aguados por el placer y la anticipación me animan a seguir mientras doblo mi chaqueta y la coloco bajo su cuello, como si incluso en medio de mi tormenta necesitara proteger cada parte de ella. Cuando empiezo a desabrocharme la camisa, sus ojos siguen cada movimiento con un hambre que me enloquece. Me deshago del cinturón y el roce metálico del cuero tensa aún más el aire. Una

sonrisa pícara curva sus labios y me destruye. Esa chispa basta para que pierda por completo la paciencia.

Me inclino sobre ella y dejo que la rabia, el dolor, todo lo que me carcome, se disuelva en cada beso. Mis labios recorren su cuello con desesperación, bajan por sus clavículas y se pierden en la suavidad de sus pechos, donde me detengo para adorarlos con la lengua hasta que su espalda se arquea y un jadeo escapa de su garganta. Sus uñas se clavan en mi piel como si quisiera anclarme a este momento, como si temiera que me deshiciera en sus manos. Cada suspiro suyo es dinamita, y me enciende más de lo que soy capaz de soportar.

Bajo por su vientre lentamente, degustando el temblor de sus músculos bajo mi boca. Me detengo justo en el borde de su centro y levanto la mirada: sus pupilas dilatadas me suplican sin palabras. Separo todavía más sus piernas y me hundo en ella, probándola, arrancándole gemidos con mi lengua que cada vez son más altos. Sus caderas se mueven contra mí, desesperadas, y me aferro a sus muslos para sujetarla mientras la llevo al límite. Cuando tiembla y se sacude contra mi boca, me bebo su placer como si fuera lo único capaz de mantenerme con vida.

Vuelvo a subir por su cuerpo, besando cada centímetro de su piel, y cuando nuestros labios se encuentran de nuevo, la penetro despacio con mis dedos, saboreando el estremecimiento que recorre su cuerpo. Ella se aferra a mis hombros, me pide más con las caderas, y cedo a esa súplica sin ningún tipo de resistencia. Al principio mantengo un ritmo controlado, torturándonos con la lentitud, buscando prolongar su placer. Pero la manera en que me aprieta, en que se abre solo para mí, acaba por romper todas mis barreras y sustituyo mis dedos por esa parte de mí que me está pidiendo a gritos que la rompa entera entre mis brazos. El ritmo aumenta, rápido, duro, hasta que solo escucho sus jadeos mezclados con los míos y el ruido de nuestros cuerpos chocando una y otra vez.

—Te amo, Evie —gruño, besándola con desesperación—. Eres mi única luz en la oscuridad.

Ella me responde con un gemido ahogado que me incendia por completo. Sus dedos exploran mis músculos, sus uñas se hunden en mi piel mientras sigo clavándome en ella. Su mirada atrapada en la mía me consume. Aprieto sus muslos tanto que grita de dolor y placer, y cuando ralentizo el ritmo y aumento mi fuerza, el primer orgasmo la atraviesa como un rayo. Sigo prolongando nuestro placer durante todo el tiempo posible, y cuando finalmente me corro dentro de ella, es como si todo lo que me consumía se liberara al fin. El orgasmo nos arrasa, nos quiebra, nos convierte en nada más que piel, temblor y latidos desbocados.

Después, el silencio se llena de respiraciones agitadas. Su pecho sube y baja bajo mi mano, y yo beso su frente húmeda, limpiando con mi camisa el sudor de su piel con ternura. Entre caricias, la ayudo a vestirse de nuevo, aunque no quiero soltarla. No hace falta que diga nada: ella ya percibe lo distinto en mí. El peso que me hundía se ha disipado tanto que, por primera vez en un tiempo, respiro sin que todo me duela al hacerlo.

—Yo también te amo —responde ella, besando las águilas tatuadas en mi espalda—. Por y para siempre.

Una risa suave e inesperada se me escapa mientras me doy la vuelta y la miro a los ojos.

—¿Eso no es lo que dicen en esas series que ves con Annie? —pregunto, recordando aquella frase que escuché cuando intenté verlas para entender por qué le gustaban. Incluso Dom, el rarito, se enganchó a todo ese drama.

—¿Las has visto? —pregunta, sorprendida.

—Puede…

Joder, claro que sí, no hay nada que no haría por ella.

CAPÍTULO 8
EVELYN



Tras nuestro encuentro explosivo, decido ir a por Lydia y traerla al despacho, no sin antes adecentar el desastre que hemos provocado, claro. Sigo el consejo de mi madre y me quedo con ellos para calmar la situación si se descontrola, y es que, aunque se haya entregado a mí, no puedo arriesgarme a que se pierda en sí mismo más de lo que ya lo ha hecho. Lo mínimo que puedo hacer es apoyarle: él estuvo a mi lado cuando fui yo quien necesitó tener una conversación difícil con mis padres. Por eso sé que esto es lo correcto.

El ambiente pesa. Veo la incomodidad y la tristeza en sus miradas, un silencio espeso que parece imposible de romper. Pienso si tal vez podría ayudarles hablando yo primero.

—Quería deciros que estoy aquí para los dos, en todo lo que podáis necesitar durante la conversación y fuera de ella, yo también tuve que enfrentarme a una conversación difícil con mis padres— confieso—. Pensé que sería un desastre, pero no lo fue, Christian me ayudó mucho. A veces el miedo nos paraliza, pero hay que intentarlo. Lydia, ¿te gustaría empezar por contarle a Christian tu historia desde el principio? Tal como me la contaste a mí.

Christian se inclina hacia adelante, clavando los codos en las rodillas. Su respiración es áspera, contenida, y noto cómo me aprieta los dedos con una fuerza que amenaza con partírmelos.

—¿Vas a seguir callada? —le espeta de pronto, con los dientes apretados—. Porque si has venido aquí a fingir arrepentimiento, no pierdas el tiempo, joder.

Lydia abre y cierra la boca sin que salgan palabras. Sus labios tiemblan, los ojos se le llenan de lágrimas.

—Christian… —intento interceder, apoyando mi otra mano sobre la suya—. Déjala hablar, necesita sentirse tranquila y segura. Si no le permites hacerlo ahora, jamás escucharás lo que lleva años callando.

El silencio es insoportable. Puedo sentir el odio y el miedo mezclándose en la estancia, como si el aire se espesara hasta ahogarnos. Por fin, Lydia traga saliva y asiente con un gesto diminuto, resignado.

Empieza a hablar como en piloto automático. Apenas respira entre palabra y palabra; se ahoga en recuerdos y lágrimas mientras confiesa lo tortuosa que fue su relación, lo mucho que intentó que las cosas mejoraran.

—¿Le fuiste infiel a papá? —pregunta Christian con una incredulidad que a mí se me antoja algo fingida, como si intentara presionarla para ver hasta dónde puede llegar—. Jamás lo mencionó.

Lydia asiente como si ya supiera que su marido no iba a decir nada, aunque era imposible: ella había dejado de estar con ellos meses antes del accidente.

—Yo jamás quise hacerle daño a tu padre —solloza—, pero era imposible convivir con él. Tú lo sabes mejor que nadie: lo único que le importó siempre fue él mismo, no podía seguir soportando sus palizas y sus malas palabras.

La afirmación parece desarmarlo. Veo cómo, mientras su madre sigue hablando, Christian revive cada instante de su infancia: lo que vio, lo que sufrió demasiado pronto. Me aprieta la mano con tanta fuerza que llega a hacerme daño de nuevo, pero no me quejo. Sé que debo ser su ancla para que no vuelva a perderse.

—Verás —prosigue Lydia, bebiendo un sorbo de agua—, cuando me fui no fue por voluntad propia. Me juró que me metería en la cárcel para que jamás volviese a verte, como castigo por atreverme a amar a otro hombre.

Christian sonríe con los ojos vidriosos y llenos de ira, incapaz de sostener tantas revelaciones a la vez.

Por un instante, veo en mirada al niño que fue. Aquel al que su padre gritaba por derramar un vaso de leche, el que se encerraba en el armario para no escuchar los golpes en la pared.

Recuerdo lo que me contó una noche: cómo contaba los segundos entre los portazos para saber si debía huir o aguantar. Ese niño está aquí ahora, atrapado en el cuerpo del hombre que aprieta los dientes para no derrumbarse.

—Así que decidiste no verme nunca más por tu propia cuenta, estupendo, todo aclarado —afirma intentando levantarse.

Sus palabras caen como un cuchillo. Ambas nos quedamos heladas. Sé que no habla él, sino su dolor, y decido intervenir agarrando su brazo con delicadeza para que vuelva a sentarse.

—Amor mío —le reprendo, logrando que me mire—, sé que estás destrozado, pero lo que tu madre intenta decirte es que hizo lo que hizo para asegurarse de que no la alejaran de ti para siempre, ambos sabemos que tu padre lo habría hecho sin dudar.

Él asiente algo inseguro, y beso su frente con ternura. Luego separo con cuidado nuestras manos y miro una última vez a Lydia, tratando de infundirle fuerza. Sé que Christian no se lo pondrá fácil, pero también sé que lo está intentando, y eso basta por ahora.

El *«gracias»* que pronuncia ella es tan bajo que apenas lo oigo. Y entonces decido dejarles a solas; esta conversación ya no me pertenece.

Llamo a Annie para comer juntas. Echo de menos nuestras tardes de series. Estos días en cama hemos visto un par de capítulos de The Originals y siempre terminamos debatiendo sobre los personajes, riéndonos como adolescentes.

Mientras espero, preparo un poco de sopa para agradecerle lo mucho que cuida de mí. Aparto un plato para Christian, convencida de que un poco de calor le ayudará a ver las cosas desde otra perspectiva. Me siento orgullosa de él: no creo que pueda perdonarla, y yo tampoco. Aunque intentemos comprender sus decisiones y darle la oportunidad de explicarse. El daño acumulado durante tantos años no se borra con un par de conversaciones. Es un avance, sí, pero insuficiente.

Por eso me he marchado del despacho. Ya he escuchado su historia; ahora es el turno de Christian. Este viaje solo pueden recorrerlo madre e hijo, mi deber era conseguir que estuvieran dispuestos a empezar la conversación y animarlos a terminarla, pero si me quedaba, eso solo le iba a servir de excusa para no afrontar este problema. No habría tardado más de cinco minutos en sacarnos a ambos de ese despacho con cualquier pretexto.

Annie llega pronto y la recibo con un abrazo, muy feliz de verla por fin sin que sea porque estoy postrada en una cama.

—¿Qué estás preparando? —pregunta, olfateando el aire—. Huele genial mi niña, te estás volviendo toda una chef.

Me sonrojo, halagada. Sirvo dos platos e invito a que se siente conmigo. Cuando empezamos a comer, noto que me observa demasiado. Sé que se fija en el hematoma que aún me atraviesa el rostro. Ya no duele tanto, pero la lentitud de la recuperación me desespera. Sin embargo, ahora no importo yo. Importa él.

Mis heridas sanarán mucho antes que las suyas.

—Estoy bien, Annie —le aseguro—. No tienes que preocuparte. El médico dice que, si sigo tomando la medicación con regularidad, estaré recuperada en un par de semanas, en realidad ni siquiera es para tanto, lo que ocurre es que mi piel es muy sensible y enseguida se me nota cualquier golpe.

Sonrío ante mis propias palabras y ella parece relajarse un poco, hace ruiditos de satisfacción al comer y no puedo evitar reírme de nuevo. No quiero echarme flores, pero la verdad es que la sopa ha

salido deliciosa, observé como Annie preparaba unas bandejas con los ingredientes necesarios y después las congelaba, y decidí que a partir de ahora ese iba a ser mi método también, así es mucho más sencillo.

Entre risas contagiosas, acabamos compitiendo por ver quién exagera más los sonidos de placer. Es ridículo y liberador a la vez.

—Estoy orgullosa de ti, Evie, ya no queda ni una pequeña sombra de la chica que llegó hace ya tanto tiempo al hotel, es como si hubieras recuperado tu brillo —me confiesa mientras me acaricia la mano con ternura—. Y desde que llegaste, el señor Christian está cambiando como jamás habría imaginado.

La curiosidad me arde en el pecho. Le devuelvo la caricia y apuro la sopa.

—La verdad es que ya no soy la misma, decirles la verdad a mis padres y liberarme de las ataduras que me impedían avanzar ayudó mucho, y sobre Christian, ¿a qué te refieres?

Annie sonríe y se levanta para retirar los platos. Yo recojo los cubiertos y la sigo hasta la cocina.

—Jamás le habíamos visto tener compasión con nadie —responde, alargando la última palabra como si pesara demasiado—. Es incluso extraño que la señora Lydia siga aquí. En otras circunstancias… Dios sabe qué habría pasado.

Se queda pensativa, como si repasara una larga lista de recuerdos que preferiría enterrar.

—Hubo un tiempo en que el señor Christian era… pura oscuridad —continúa, bajando la voz—. No nos miraba a los ojos, nunca. Para él éramos herramientas, piezas reemplazables. Si alguien fallaba, desaparecía. Así de simple. Yo misma pensé que mi turno llegaría un día cualquiera, y vivía con ese miedo constante.

Sus palabras me golpean con fuerza, porque sé que no exagera ni un poquito mientras me cuenta esto, yo misma he visto esa oscuridad en más de una ocasión, y temo que quizá, algún día, acabe por consumirlo.

—Por eso —añade con un suspiro—, que hoy permita que su madre respire aún bajo este techo… es un milagro, mucho más que haya accedido a hablar con ella.

Asiento despacio, porque sé que es así. He visto a Christian ser despiadado y cruel con personas que merecían cada gota de sangre que se derramó, y durante un tiempo, esa faceta suya me aterraba también. Y, aun así, cuando lo vi sobre el cuerpo de Carlisle, bañado en rojo, tiñéndome a mí con aquel líquido espeso mientras me tocaba, no sentí miedo. Sentí adrenalina, y culpa… por no saber cómo ayudarle.

Y sin embargo aquí está: hablando con su madre, permitiendo que la mujer que más le hirió tenga oportunidad de dar su versión.

No sé al cien por cien como era antes de mi llegada, es cierto que a veces siento que ha pasado una eternidad desde aquel robo en el que nos cruzamos por primera vez. Pero yo también he notado el cambio: ya no es el hombre que me arrebató mi libertad y vivía únicamente para su misión. Ahora habla con el personal como si fueran amigos de toda la vida, y la gente ya no lo mira con miedo, sino con respeto.

Ya no temen su presencia; la reconocen. Los empleados han dejado de ser marionetas para convertirse en parte de su equipo. Y se nota: todo el mundo respira distinto.

—He de admitir que, cuando llegué, jamás habría imaginado nada de esto, Dios es que… Mi vida ha cambiado por completo —reconozco mientras preparo las mantas en el sofá para nuestra serie —. Pero me alegra verla cambiar, y me alegra aún más todavía que Christian esté mejorando, sea por mí o por sí mismo, estoy muy orgullosa.

Annie me aprieta suavemente el hombro antes de sentarse a mi lado. Me alegra comprobar que ya no considera inapropiada la cercanía. Ahora más que nunca siento que no es solo mi compañera, sino también mi amiga.

CAPÍTULO 9
CHRISTIAN



Después de que Evie nos dejara a solas, me sinceré más de lo que jamás hubiese imaginado. Ella me dio la seguridad para hacerlo, como siempre, y me siento agradecido de tener a mi lado a una mujer que me ama y me apoya sin importar lo que ocurra.

Mi madre se derrumbó en varias ocasiones mientras le relataba mi infancia, lo duro que fue perderlos a ambos. Porque, aunque mi padre no era un buen hombre, y su compañía jamás fue grata, él era lo único que me quedaba cuando ella se marchó.

Entiendo, en parte, por qué hizo lo que hizo, no la parte en la que no me llevó con ella, sencillamente comprendo las ansias de escapar, porque yo las tuve desde que empecé a entender el mundo que me rodeaba.

Mi padre fue el ser más despiadado que conoceré en mi vida.

Me lo demostró con castigos que no eran aptos para un niño de esa edad. Cuando me miro los muslos y distingo las cicatrices casi invisibles de los cigarrillos apagados en mi piel, el odio hacia él se hace tangible, arde como una marca que nunca se borrará.

El recuerdo de aquellos castigos nunca llega como una película, llega como un golpe brutal a mi cabeza: *la cocina está en penumbra, el olor a aceite usado y a metal caliente me hace salivar, el silencio solo se interrumpe por mi respiración, aunque intento aguantarla,*

papá dice que yo no debería existir, así que intento dejar de hacerlo, pero no puedo.

Veo la mesa con migas, siento el hambre devorar mi pequeño estómago, porque yo no me merezco cenar, me merezco ver como papá come mientras el dolor de estómago me come a mí.

Las sirvientas ya se han ido, después de que papá se tumbase encima de una de ellas, no sé porque le ha roto la ropa ni porque esa mujer lloraba tanto, normalmente eso solo lo hace con mamá, siempre dice que son cosas de mayores… Mamá se va a poner muy triste, porque papá juega con otras chicas, pero la sirvienta ya se ha ido, y ahora solo estoy llorando yo.

Veo una mano grande y fuerte encendiendo un cigarrillo. Mi padre a la sombra de la puerta, su voz baja que se vuelve cuchillo cuando decide que debo aprender a portarme bien.

El cigarrillo me quema la piel durante casi un minuto, papá dice que no hay otra opción que entender que alguien puede decidir tu dolor como si fuera suyo.

Salgo de mi ensoñación con los ojos llorosos, pero no me permito llorar por ese hijo de puta. Me acuerdo de la sensación exacta del fuego contra la piel: caliente, seco, una quemadura en escalera que se queda como un secreto debajo de la piel. Recuerdo cómo conté las marcas como si fuesen pasos que me llevaban lejos, un trayecto que nunca llegaba a ninguna parte. Aprendí a no gritar. Aprendí a apagar el fuego con la vergüenza, a convertir el miedo en silencio. Aprendí, sobre todo, que mi cuerpo podía ser un mapa de otros, que mi valor tenía interpretación en el daño que podían infligirme.

Cuando cierro los ojos, vuelven los olores de entonces: el alcohol, el jabón de una casa que no olía a hogar. Vuelven las excusas de mi madre, las palabras rotas que intentaban construir un refugio con material prestado. Y entonces entiendo —con una claridad que corta — que su huida no fue del todo un abandono, sino una rendija para poder respirar; a veces la supervivencia toma formas que un corazón joven no entiende, supongo que lo hizo lo mejor que supo, de todas formas, si se hubiese quedado, mi padre la habría destrozado.

No la justifico, no la absuelvo; solo comprendo el tamaño de la tormenta que la empujó.

Sé de primera mano que ese hombre jamás me quiso, y no me sorprende que tampoco quisiera a mi madre. Para él, las personas eran simples marionetas; nada ni nadie importaba más que sus juegos perversos y sus planes codiciosos.

No podré perdonarla, eso lo dejé claro desde el principio. Ella ya lo sabía, no esperaba mi perdón, sino mi comprensión. Y es lo único que he podido darle.

Una parte de mí se alegra de haber conocido toda la verdad. Siempre sentí que me faltaban piezas de mí mismo. A veces, al mirarme en el espejo, me veía como un extraño en mi propia piel, disociado de la realidad, incapaz de entender por qué era como era.

Ahora lo comprendo.

Aunque no la haya perdonado —y aunque jamás lo admitiré en voz alta— me siento más tranquilo. Saber que está viva, que a partir de ahora estará a salvo, me proporciona una calma que llevaba años ansiando. No será un camino fácil, los años de dolor no se borrarán jamás, pero tampoco quiero seguir prolongando su sufrimiento ni el mío. Por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo estar en paz.

Por supuesto, jamás me disculparé por matar a Carlisle delante de ella.

No me siento culpable. No lo haré nunca.

Ya no se trataba solo de una vendetta personal, que también; lo hice por las víctimas que dejó atrás, por traerles un poco de justicia a quienes torturó y utilizó durante años. No era un hombre, era un monstruo.

Igual que su padre.

Igual que el mío.

Y solo espero que se pudran los tres juntos en el infierno.

Contra todo pronóstico, me alegra que mi madre tenga un lugar donde quedarse. Sé que tiene mucho que explicarle a Davina, pero tras tantos años se merecen volver a estar juntas. Los pocos recuerdos que conservo de ambas son felices, y una felicidad así es difícil de encontrar. Me encargaré de que no les falte nada, sobre todo por Davina, que nunca se quejó por mantener a un hijo que en realidad no era suyo. Desde niño supe que algún día la colmaría con lujos dignos de una reina, supe que ella era mi ángel.

Todos los fondos de la mafia de Carlisle se transfirieron automáticamente a mis cuentas gracias a Dominic. Es gracias a eso que podemos seguir haciendo lo que hacemos: cuando eliminamos a hombres como él, usamos su dinero para proteger a sus víctimas. Tenemos hoteles como el mío repartidos por todo el mundo, donde se alojan miles de familias destrozadas por mafiosos desalmados. Me reconforta saber que reciben la mejor atención, que cuentan con especialistas que los ayudan a rehacer sus vidas. Los informes me llegan cada semana, y mi equipo y yo los revisamos con detalle, dedicando el tiempo necesario a cada historia.

Tras dejar a mi madre en casa de Davina, regreso al hotel para contarle a Dominic cómo han ido las cosas. No me despedí de ella con un abrazo, ni respondí cuando me dijo que me quería, aunque sus palabras significaron más de lo que quisiera reconocer.

—Estoy orgulloso de ti, hermano —me asegura Dom mientras me sirve un bourbon doble—. Has hecho lo correcto. Ahora podrás sanar, poco a poco, todas las heridas del pasado. Y, mientras tanto, estarás seguro de que las personas que te importan están a salvo. Ya no tienes de qué preocuparte.

Asiento con una sonrisa porque sé que tiene razón. Mientras brindamos, me doy cuenta de que, aunque mi corazón sigue doliendo con cada latido, una parte de él ha sanado, aunque sea un poco, tras esa conversación. No sé si ha sido por haber compartido ese rato con mi madre o por haber hallado, al fin, las respuestas que llevaba tanto tiempo buscando. Lo único cierto es que he sentido

esa parte de mí sanar. Y eso me ha hecho comprender que ha sido una buena decisión.

Por mucho que me hieran sus decisiones y las consecuencias que trajeron, sigue siendo la mujer que me dio la vida. Aunque ahora mismo ese vínculo no signifique lo que debería para mí, quiero creer que, con los años, podremos reconstruir parte de lo perdido.

—¿Sabes que es lo que más me sorprende? — le pregunto mientras enciendo un cigarrillo y dejo que mis preocupaciones se vayan junto al humo— que en mi cabeza ahora hay silencio. Tú sabes mejor que nadie que mis demonios nunca se callan a menos que los distraiga con estímulos externos, pero ahora no hay nada. El puto silencio es insoportable.

Me resulta extraño admitirlo en voz alta, pero es cierto: quizá no solo necesitaba encontrarla, sino también escuchar todo lo que me ha contado para comprender los desencadenantes que torcieron mi vida de aquella manera.

Tras una larga e intensa charla con Dom, me doy cuenta de lo agotado que estoy. Llevo días sin dormir bien, y mi alimentación se ha reducido prácticamente a varias botellas de bourbon, y eso debe cambiar. Después de despedirme de mi mejor amigo, me dirijo a mi habitación y caigo rendido en la cama. El sueño me atrapa de forma automática, sin preocuparme por la hora.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que un intenso olor a verduras y pollo despierta mis instintos. Abro los ojos como puedo, arrastrado por ese aroma, y descubro a Evie sentada en el borde de la cama, en pijama, con un plato humeante de sopa entre las manos. Miro el reloj de la pared: son las dos de la mañana. Ni siquiera recuerdo a qué hora me dormí, pero por cómo me ruge el estómago sé que han pasado muchas horas.

—Te diría que es hora de cenar —dice entre risas, peinándome el pelo hacia atrás con sus dedos—, pero llevo dos horas esperando a que decidas despertarte y tuve que usar el olor irresistible de la sopa caliente como arma contra ti.

Sonrío, aparto el plato y lo dejo sobre la mesita de noche, solo para atraerla a mis brazos. Me resulta casi irreal tener a una mujer como ella a mi lado.

—Muchas gracias, reina, aunque si quiero comerme algo caliente, tú eres lo más sabroso que he probado en mi vida, quizá te dé un buen bocado —la provoco con voz grave—. Eres la mejor novia del mundo, ¿lo sabías?

Se ruboriza, como cada vez que pronuncio esa palabra. «Novia». La ruboriza y la ilusiona a partes iguales, y su sonrisa dulce se funde con un beso cargado de necesidad. La atraigo con cautela contra mi cuerpo y me pierdo en su aroma, esa mezcla perfecta de fresas y miel que parece hecha para mí. Beso cada rincón de su piel expuesta, disfrutando como un niño con su dulce favorito, aunque lo que siento es infinitamente más oscuro y adictivo.

—Nada de sexo —me advierte con media sonrisa, aunque sus ojos contradicen la firmeza de su voz—. Tienes que comer algo si no quieres perder este cuerpo de dios griego.

Ambos reímos, y yo niego con la cabeza mientras tomo el plato todavía caliente y levanto las cejas en señal de rendición.

—Está muy buena, no tanto como tú, pero… Joder… —confieso tras la primera cucharada, saboreándola despacio— Tus nuevos dotes culinarios te van a robar el protagonismo, reina.

Me da un empujón juguetón en el pecho y se tumba a mi lado, acariciándome el abdomen con la punta de las uñas. El gesto es ligero, pero se siente como una promesa peligrosa bajo mi piel.

—Es broma, reina, si te pones encima de mí, la sopa se puede ir a la mierda—le guiño un ojo, y nuestras risas se funden en la penumbra—. No hay nada mejor que tú. Ni lo habrá nunca.

CAPÍTULO 10
EVELYN



Verlo comer, al fin, me produce un alivio inmenso. Sé que cuando está preocupado olvida incluso sus necesidades más básicas, así que me reconforta poder cuidarle de algún modo.

Tras terminar el plato, poco a poco va quedándose profundamente dormido. Solo entonces me doy cuenta de lo agotado que está. Dejo la vajilla en la cocina y me acurruco junto a él, buscando recuperar juntos algo de energía.

Por la mañana, el insistente zumbido del móvil me arranca de un sueño pesado. Me aseguro de que Christian siga dormido antes de mirar la pantalla. El nombre que aparece me hiela la sangre: Mamá.

Atiendo la llamada saliendo de la habitación, todavía medio dormida y con el corazón acelerado. Son las siete y ya me ha llamado tres veces antes de que despertara. Debe ser importante.

—¿Mamá? —pregunto, frotándome los ojos.

—Cariño… —su voz suena temblorosa, alarmada—. Siento despertarte, pero tenéis que venir ahora mismo, por favor.

Ese tono me eriza la piel. Vuelvo a la habitación y despierto a Christian con más brusquedad de la que me gustaría, zarandeándolo una y otra vez hasta que abre los ojos, aturdido. Activo el altavoz para que ambos podamos escuchar.

—Mamá, intenta mantener la calma —le pido mientras saco del armario unos pantalones y una camisa para lanzárselos a Christian

—. Cuéntame qué ha pasado.

Llora tan desconsolada que apenas logra articular palabra. Tras un sorbo de agua y un respiro entrecortado, por fin lo suelta:

—Es tu padre, cariño… —musita, quebrada—. Se lo han llevado al hospital esta madrugada. Ha vuelto a sufrir un amago de infarto.

El móvil se me resbala de las manos y caigo en un estado de shock. Por suerte, Christian reacciona con más entereza: recoge el teléfono y toma el control.

—Margaret —dice con firmeza, para que sepa que ahora es él quien habla—, no te preocupes. Vamos de inmediato a Willow Creek. ¿Necesitas algo mientras tanto?

Mi madre le agradece entre sollozos, repitiendo una y otra vez que lo único que quiere es vernos allí cuanto antes. Por fortuna, el pueblo tiene un hospital pequeño, pero bien preparado, suficiente para atender a mi padre. Aun así, Christian contacta con sus médicos personales para que viajen con nosotros. Le insisto en que no es necesario, pero él se mantiene firme: *«Es mejor tener una segunda opinión. Son los mejores»*.

Preparamos una maleta pequeña con un par de mudas y subimos al jet privado tan rápido como nos es posible. Avisamos a Dominic y a Annie de lo que ha ocurrido y les dejamos a cargo del hotel, quedándonos así algo más tranquilos.

El vuelo no es largo, aunque los minutos se me hacen eternos. Estoy tan nerviosa que cada segundo parece alargarse. El corazón se me va a salir por la boca y ya me he roto dos uñas de tanto repiquetear en la mesa. Me obligo a beber una copa para no transmitir más ansiedad a mi madre.

Christian se sienta a mi lado, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en la moqueta gris del avión. El murmullo del motor llena el silencio, pero sé que su mente va más rápido que el jet.

—No intentes ocultármelo, mi amor, a mí no tienes que ocultarme nada —susurra de pronto, sin apartar la vista del suelo—. Estás

temblando.

Me obligo a dejar la copa sobre la mesita y entrelazo mis dedos con los suyos. Es verdad que he intentado ocultarlo, joder, he intentado no exponer ninguna emoción mínimamente negativa, he intentado ser su luz en la oscuridad, pero esto me supera. Sus manos están frías, tensas, como si sostuvieran un peso invisible.

—Es mi padre… —la voz se me quiebra—. La última vez que lo vi parecía fuerte, mamá decía que estaba mejorando… No estaba preparada para esto.

Christian gira el rostro hacia mí. Sus ojos oscuros arden con esa mezcla suya de dureza y ternura.

—Nadie está preparado para algo así —responde con voz baja—. Yo… yo tampoco lo estuve, pero tu padre no se va a ir, mi amor, va a mejorar, lo prometo.

Se detiene, como si esas palabras le hubiesen escapado. Por un segundo, parece a punto de confesar algo más, pero se traga el resto.

Aprieto su mano. Quiero responder, pero un silencio denso se instala entre los dos. Él me atrae hacia su pecho y me envuelve con su brazo, sentándome así en su regazo, y en ese gesto entiendo lo que su orgullo no le deja decir: que también le aterra perder a los pocos que ama.

Antes de aterrizar, las montañas de Vermont aparecen frente a nosotros. Un coche nos espera en pista; los médicos parten en otro hacia el hospital, mientras nosotros nos dirigimos primero a casa, donde mamá decidió esperar tras el consejo de Christian de no conducir en su estado.

El corazón me late con violencia cuando bajamos del coche y nos acercamos a la puerta. Mi casa es modesta, nada que ver con el lujo del hotel. Aunque sé que Christian conoce mi situación familiar, me invade el miedo de que se sienta incómodo o, peor aún, avergonzado de lo que va a encontrar.

—Eh, reina —susurra, tocando el timbre conmigo—. Viéndote aquí me doy cuenta de que este es el entorno que quiero para nosotros, una casa así sería ideal para criar a nuestros hijos.

Sé que lo dice para distraerme, pero sus palabras me calan hondo. Nuestros hijos. No hay nada que desee más, ni nada más imposible, pues Christian no está preparado para ser padre.

Me guiña un ojo y siento cómo el corazón se me derrite. Hablar así de mi casa, de nuestro futuro… es un regalo que nunca me atreví a pedir. Sé que el tema le aterra. Nunca lo hemos hablado abiertamente, pero sus pesadillas lo delatan: noches en las que se despierta sudando, susurrando entre sueños que no será como su padre, que jamás nos haría daño. Lo repite una y otra vez, como si quisiera convencerse. Pero al despertar, guarda silencio.

Ese silencio me pesa más que cualquier palabra. Me aterra que crea de verdad estar condenado a repetir la historia. Yo sé que no es así. Lo sé. Pero temo que él aún no pueda creerlo.

Consigue lo que quería y mi cabeza, durante unos minutos, deja de pensar en la tristeza que me provoca saber que mi padre no está en un buen momento.

Estampo sus labios contra los míos solo por eso.

Cuando mi madre abre la puerta, con su pequeño bolso de tela al hombro, me abalanzo a sus brazos con tanta necesidad que estamos a punto de caer al suelo.

—Mamá… —susurro contra su pecho—. Ya estamos aquí. Todo va a salir bien, te lo prometo.

Mis palabras suenan más convincentes en voz alta que dentro de mi cabeza. No me permito titubear: una de las dos tiene que ser fuerte, y esta vez me toca a mí.

—¿Qué te ha pasado en la nariz, cielo? —pregunta mientras cierra la puerta—. Parece como si la hubieras tenido rota, aunque parece como siempre, ¿te has caído?

Su mirada me examina con atención, dejando a la vista la preocupación en sus ojos. Me maquillé con esmero en el avión, pero la pequeña hinchazón en el puente de la nariz es imposible de disimular. Decido ser medio sincera; una mentira completa solo aumentaría sus sospechas.

—Cuando fuimos a rescatar a la madre de Christian, me confundió con Carlisle y me dio un puñetazo —improviso, ocultando la verdadera razón—. Está muy traumatizada por todo lo que vivió allí. No te preocupes, mamá, fue un accidente. Estoy bien.

Veo cómo Christian aparta la mirada, avergonzado, mientras nos abre la puerta del coche. Mi madre también lo nota y, con ternura, le acaricia la mejilla, obligándolo a mirarla a los ojos.

—Querido, no te sientas culpable —le dice con una sonrisa cálida —. Los accidentes ocurren. Lo importante es que ambas están a salvo. Gracias por cuidar de las dos.

Él asiente en silencio y me busca con la mirada, sabiendo la verdad que compartimos y que callamos. Yo le devuelvo una sonrisa tranquila: no importa, jamás le reprocharía lo sucedido. No fue agradable, pero gracias a aquello ahora todo es distinto: hemos acabado definitivamente con el enemigo de Christian y salvado a muchas personas.

Recuerdo cuando Dominic me mostró una foto: una madre abrazando a su hija mientras ambas recibían terapia. Fue en ese instante cuando comprendí que todo había merecido la pena.

Nuestra relación ha mejorado mucho; empezamos a confiar de verdad el uno en el otro. El hecho de que me enseñara esas imágenes —aunque eran confidenciales— me confirmó que me considera digna de su confianza, y cada vez que ha podido me ha recordado lo importante que fui en la misión, no directamente, pero si ha mandado a Annie para decírmelo. Al principio creí que era solo por hacerme sentir mejor, pero después comprendí que Dominic me considera realmente parte del equipo, y eso me hizo muy feliz.

El móvil de Christian interrumpe mis pensamientos. Sus médicos le llaman para informarle de que mi padre está estable. Quedará en observación, aunque su corazón sigue débil. No es solo cuestión de edad: los años de estrés, de ver cómo la falta de recursos estuvo a punto de dejarnos en la calle, dejaron una huella imborrable en su salud.

Han pasado muchos años, pero esas cicatrices nunca desaparecen del todo.

Cuando llegamos al hospital, Christian nos toma de la mano a ambas. Ese gesto, sencillo pero firme, nos reconforta de inmediato. Saber que mi padre está estable nos tranquiliza, aunque la necesidad de verlo con nuestros propios ojos es más fuerte que cualquier palabra.

CAPÍTULO 11
CHRISTIAN



Es bonito ver a la familia de Evie tan unida. Debe de ser un sentimiento reconfortante, me resulta casi envidiable. Me pregunto si algún día yo seré capaz de sentir algo así.

Antes no le mentí: si algún día tenemos hijos, los criaremos rodeados de paz y naturaleza, lejos del ruido de la ciudad y de cualquier acto ilegal.

El problema es que, por más que me aferre a esa fantasía, no sé si seré capaz de darle hijos en el futuro.

Por las noches, cuando me quedo a solas con mis propios pensamientos, vuelvo a vivir aquellos castigos y las palabras de odio que me dedicaba mi padre.

Nunca se disculpó.

Estoy convencido de que, si regresara de entre los muertos, seguiría sin hacerlo.

A veces me descubro imitándolo sin querer. El tono frío con el que doy una orden, la manera en que mi ceño se endurece cuando algo no sale como espero… Son gestos heredados, marcas invisibles que me aterran más que cualquier enemigo.

¿Y si, pese a mis promesas, termino siendo su reflejo?

¿Y si la oscuridad que llevo dentro nunca me deja ser un hombre distinto?

Ese miedo me persigue: convertirme en alguien como él con el paso de los años. Mi padre también tenía a su lado a una mujer que lo amaba. Tenía poder y dinero suficientes para vivir en paz, pero no fue suficiente.

Nunca lo fuimos.

Me aterra que esa misma ambición me arrastre un día al mismo pozo de soledad.

Por eso, mientras veo cómo Evie abraza a su padre, se me encoge el corazón. Y es que, si algún día llego a tener hijos, quiero ser como Richard. Él desprende amor y respeto por cada poro, la mañana que compartimos en mi hotel me reveló algo doloroso: yo jamás he tenido algo así. La forma en que habla de su hija, el modo en que ama a su mujer… eso es ser un hombre de verdad. Un hombre que cuida de los suyos, que da lo poco o lo mucho que tiene sin pedir nada a cambio.

Me acerco y le doy un abrazo breve. Richard me recibe con una de sus sonrisas sinceras y una palmada débil en el hombro. Apenas tiene fuerzas, pero aún conserva el humor, es una persona admirable.

—Gracias por cuidar de mis mujeres favoritas en mi ausencia —dice, con un carraspeo entrecortado—. Seguro que te han dado guerra, pero ya te acostumbrarás.

Le guiña un ojo a Margaret, que responde con un beso rápido en los labios antes de sacar algo de su bolso. Una pequeña cajita que despierta la curiosidad de todos. Cuando la abre y revela una galleta con virutas de chocolate recién horneada, siento cómo se me ablanda el corazón.

—Sé que no es mucho —dice tendiéndosela—, pero son tus favoritas. Aún no puedes comerla, solo cuando el médico te dé permiso.

Lo regaña con dulzura, y todos reímos. En ese instante se me ocurre que hay un regalo que yo podría hacerle. Aunque convencí a Evelyn de ingresarles dinero, he visto cómo siguen viviendo con

modestia. Así que salgo de la habitación y llamo a Dom para que organice la entrega del Chevrolet Camaro que tanto le gustó a Richard en el hotel.

Si no van a usar el dinero, al menos tendrán algo que no puedan rechazar. Perder uno de mis coches no significa nada para mí, pero para él… es un gesto que quizá exprese lo que no sé decir en voz alta: mi gratitud por haber traído al mundo a la mujer de mi vida.

Me dispongo a salir de la habitación para hacer esa llamada, poniendo así el papeleo del cambio de nombre en marcha, Dom me asegura que mañana al amanecer el coche estará aparcado frente a la casa, así que, con este tema resuelto, hablamos durante diez minutos más sobre cómo se encuentran las víctimas de Carlisle. Me alegra saber que poco a poco esas personas están recuperando su dignidad, y quizá algún día, se recuperen a sí mismos.

Al volver a la habitación, me encuentro con Richard dormido, así que opto por contárselo ahora a Margaret y a Evie, tal como es propio de ellas cuando están juntas, me sermonean.

—¡Christian! —exclama Margaret entre susurros, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Cómo se te ocurre? Es demasiado. No podemos aceptar un regalo así.

—Exacto —añade Evie, fulminándome con la mirada—. Es un detalle precioso, mi amor, pero sabes que mi padre no lo aceptará.

Levanto los hombros y les muestro la foto que acabo de recibir: el coche ya ha salido del hotel. Ambas se quedan en silencio, sorprendidas al comprender que es un hecho consumado.

—Supongo que solo os estaba informando —digo, besando la cabeza de Evie—. No se merece menos. Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sean felices las personas que me hacen feliz a mí. No podéis enfadaros por eso.

Acaban rindiéndose. Me abrazan con fuerza, y solo entonces lo comprendo: el dinero no importa. Por muchos lujos que pueda ofrecer, lo que realmente cuenta es esto: pertenecer a una familia.

Nunca lo había visto con tanta claridad porque la mía nunca lo fue. Pero ahora lo entiendo. Me hacen sentir incluido incluso en medio de la urgencia, no juzgan mi estilo de vida ni mis decisiones, y aun así me reciben con los brazos abiertos. Me siento uno de ellos desde el primer día. Y de Richard he aprendido una verdad que me marcará para siempre: un hombre de verdad cuida de los suyos.

Pasamos toda la tarde en el hospital pendientes de cualquier novedad. Pero, como no podemos quedarnos los tres a pasar la noche, Margaret insiste en que vayamos a su casa a descansar. Ambos le proponemos hacer turnos para que también pueda dormir, pero se niega alegando que, si ocurriese algo, nunca se lo perdonaría.

Decidimos no discutir más: ninguno de los dos tiene fuerzas para llevarle la contraria.

—Aseguraos de cerrar bien las puertas —nos recuerda—. Si ocurre algo, llamadme enseguida.

Aunque Richard se encuentra algo mejor y está estable gracias a mis médicos, a Margaret se le nota el miedo en la voz, por lo que no nos vamos del todo tranquilos. Mientras el chófer nos conduce hacia su casa, percibo que Evie también está asustada. Ahora que ya no tiene que fingir serenidad delante de su madre, se derrumba. Llora con todo lo que ha reprimido durante horas, y la abrazo con fuerza. Sin darme cuenta, me encuentro besando su cabecita una y otra vez en un intento de consolarla.

El coche avanza en silencio, iluminado por las farolas que pintan sombras alargadas sobre el rostro de Evelyn. Al principio solo solloza en silencio, pero pronto sus lágrimas empapan mi camisa, y cada espasmo de su cuerpo me atraviesa como un puñal. No sé qué decir; las palabras siempre se me quedan cortas. Así que simplemente la sostengo, acariciando su cabello, sintiendo cómo su fragilidad despierta la mía. Por un instante, temo que verla así me haga estallar a mí también, que descubra lo poco invencible que soy cuando se trata de ella.

Últimamente estoy más sensible de lo que quisiera, y me molesta. Necesito ser fuerte para ella, no quebrarme.

Confío en mi equipo, sé que son los mejores, pero si algo le ocurriese a ese hombre… no sabría cómo reaccionar. Apenas lo conozco, y aun así me sorprende el afecto que siento. Normalmente no confío en nadie, y mucho menos me encariño. Pero con la familia de Evie es distinto: es como si cualquier cosa que tenga relación con ella me resultara imposible de no querer.

—Ya hemos llegado, reina —le susurro, besándole la frente con ternura—. Cuando entremos, sube a tu habitación y date una ducha. El agua caliente te sentará bien. Yo prepararé algo para cenar.

Tras ayudarla a bajar del coche, asiente y se pone de puntillas para besarme. Sujeto su nuca con firmeza, profundizando el contacto. Mi lengua invade su boca con ansia contenida, saboreándola hasta el último segundo antes de separarnos. Entonces ella avanza hacia la puerta, y yo me obligo a soltarla.

Henry, nuestro chófer, nos entrega la maleta. Le doy una propina generosa y me despido, alcanzando a mi reina con pasos largos. Cuando entramos en la casa, la observo subir las escaleras de madera, algo gastadas. Supongo que se dirige a su habitación, como le pedí, y la sigo para dejarle la maleta cerca por si quiere cambiarse.

La casa huele a madera antigua y a flores secas. En las paredes, fotografías enmarcadas cuentan la historia de una familia que ha sabido crecer unida. Me detengo frente a una imagen de Evie con apenas seis años: lleva un vestido blanco y el pelo recogido en coletas, y sonríe con los dientes desparejos de la infancia. Me golpea la certeza de que jamás vi una foto mía así. Ni una sonrisa guardada en un marco, ni una infancia digna de recordarse.

—Gracias por estar aquí —murmura, dándose la vuelta y acariciándome la mejilla con la yema de los dedos—. No sé qué habría hecho sin ti.

Me sorprende que no vea la fuerza que tiene. Dentro del hospital mantuvo la compostura por todos, cuando nadie la habría juzgado si se hubiese derrumbado.

—Mi amor, eres absolutamente increíble —le recuerdo, atrapándole la mano contra mi piel para que pueda sentir como me acelera el corazón cuando la tengo a mi lado—, eres igual de fuerte conmigo o sin mí.

Sonríe en silencio, como si mis palabras fuesen suficientes, pero no lo son, ella se lo merece todo, así que unas palabras no son nada comparado a lo que haría por ella. Después de besarme durante unos escasos segundos que se me antojan insuficientes, se mete en el pequeño baño y, cuando escucho el agua correr, me dirijo a la planta baja para ver qué podría cocinar.

CAPÍTULO 12
EVELYN



La ducha me sienta de maravilla; siento cómo la tensión acumulada en mis músculos se disuelve con cada gota de agua que resbala sobre mi piel. Había olvidado lo que era estar aquí, en mi antigua habitación. Mamá no ha cambiado nada desde la última vez que estuve: las fotos de mis series favoritas siguen colgando de las paredes, mi peluche preferido descansa sobre la cama y mis viejas zapatillas de estar por casa permanecen en la alfombra, como si el tiempo no hubiera pasado.

Me duele pensar que quizá lo dejó así esperando mi regreso, pero al mismo tiempo me reconforta encontrarlo todo intacto. Desde que hemos llegado, he hecho todo lo posible para evitar ver la reacción de Christian, aunque las dos veces que no pude resistirme a observarle, lo descubrí recorriendo cada detalle con ternura, como si quisiera grabar este instante en su memoria.

El vapor de la ducha aún se aferra a mi piel cuando me siento en el borde de la cama. Paso la mano por las sábanas bordadas por mi madre, aquellas que juraba que eran *«demasiado bonitas para usarse a diario»*. Me sorprendo al recordar cuántas noches me refugié aquí, cuántas lágrimas absorbió esta almohada. Ahora, la misma habitación me recibe limpia, intacta, pero yo ya no soy la misma.

La niña que lloraba a escondidas sigue aquí, en cada póster torcido, en cada cicatriz invisible. Y, sin embargo, siento también que

estoy reescribiendo la historia.

Me fui de esta casa para escapar de una vida que ya no me hacía feliz. Por el camino no solo encontré un trabajo que, a pesar de no ser el más ético, fue el que me ayudó a conseguir que mis padres no se arruinaran, también conseguí encontrar el amor verdadero. Y descubrí que las amistades pueden contarse con los dedos de una mano. Ahora Christian camina por este espacio junto a mí y, de pronto, ya no parece un lugar de derrota, sino de renacimiento.

No me avergüenzo de mis raíces. Soy quien soy gracias a mis padres y a cómo me educaron. Sin embargo, igual que cuando era niña y traía a mis amigas a casa, aún siento un leve temor a ser juzgada. Esos pensamientos intrusivos los enterré hace años, pero las burlas del colegio aún me acompañan. Recuerdo perfectamente cuando Samantha me vació un zumo de manzana encima solo para reírse de mí, sabiendo que solo tenía esa chaqueta y que, por lo tanto, debería ir al día siguiente sin ella si quería tenerla limpia. Mamá me dejó una de sus chaquetas, pero me estaba enorme, por lo que Samantha no desaprovechó la oportunidad de reírse de mí delante de todo el colegio. Durante mucho tiempo creí que ese recuerdo me perseguiría para siempre, pero mamá me enseñó una lección que grabé a fuego: *«Las cosas materiales pueden arreglarse o reemplazarse con facilidad, pero si tu alma está podrida, estás perdido».*

Ese ha sido mi lema de vida. Por eso, en realidad me alegra que Christian vea con sus propios ojos de dónde vengo. Aunque debo confesar que me duele pensar que él no tuvo una infancia repleta de amor, tan solo de dinero y de cosas materiales que a un niño no le servían de nada. Y sospecho que eso es lo que observa con tanto cariño en cada rincón de mi casa, lo que él se merecía tener también.

Tras sobrepensar más tiempo del que esperaba, decido ponerme mi pijama favorito, que sigue colgado en la misma percha de siempre. Cuando aparezco con él —un conjunto de unicornio con zapatillas a juego—, Christian casi se atraganta de la risa.

—Pero, pequeña… —se burla entre carcajadas—, dios, estás adorable, pensé que no se podía ser sexy con todo. ¿Estás intentando demostrarme lo contrario?

Su risa se me contagia.

—Deberías comprarte un pijama tan chulo como este, señorito *no me quito el traje ni, aunque que me maten* —replico, intentando mantener la compostura mientras él ríe a carcajadas—. Este pijama es edición limitada. Un clásico de mi infancia.

—Un clásico del crimen contra la moda —me contradice, acercándose hasta rozar la tela con los dedos—. Aunque… reconozco que el contraste entre la inocencia del unicornio y lo poco inocente que me pones con él puesto es… interesante.

El rubor me incendia la cara y me giro hacia la mesa solo para que no vea mi sonrisa estúpida. Entonces un aroma a pasta recién hecha me llega de golpe. Cuando aparta su cuerpo, musculoso y sólido como un muro, descubro sobre la mesa dos platos humeantes, iluminados únicamente por la luz de las velas.

—Christian, tiene tan buena pinta… —musito, sorprendida y hambrienta de repente—. Esto es…

—Perfecto —concluye por mí, rodeándome la cintura desde atrás —. Todo en esta casa es perfecto, tú eres perfecta.

Sonrío con una felicidad que apenas reconozco en mí, y es que siempre encuentra las palabras y las acciones adecuadas para mejorar mis días. Mientras degustamos la cena, no puedo evitar soltar gemidos de satisfacción con cada bocado. No había probado alimento alguno desde anoche y no me había dado cuenta de cuánta hambre tenía. El sabor me reconcilia con la calma, con la ilusión de un instante cotidiano que se siente irreal por lo perfecto que resulta. Y entonces me atrevo a soltar la pregunta que me quema desde que llegamos.

—Oye, mi amor… —le llamo la atención—. Antes, cuando dijiste que si tuviésemos hijos querrías criarlos en un entorno como este… ¿lo decías en serio?

Él asiente mientras mastica despacio, con la mirada fija en mí.

—Es que pensé que jamás querrías cambiar el hotel por algo así —confieso, insegura.

Me dedica una de esas sonrisas ladeadas que me hacen estremecer. Me muevo incómoda en la silla, abrumada por su presencia, incapaz de acostumbrarme al modo en que su mirada me reduce a algo pequeño, vulnerable, frágil.

—Reina… —dice al levantarse para recoger los platos—, ¿de verdad tenías dudas de que lo cambiaría todo… por ti?

El impacto de sus palabras me sacude. Sé que habla en serio, que renunciaría a todo lo que conoce con tal de conservarme. Y, aunque me estremece sentir ese poder sobre él, también me aterra. Tener a un hombre como Christian dispuesto a arder en mis manos es un regalo… y un peligro.

Supongo que algún día dejaré de sorprenderme o de ruborizarme cuando me lanza estas confesiones, como si fueran lo más natural del mundo. Ni siquiera sé si es consciente del efecto devastador que tienen en mí. Lo único que sé es que yo también lo dejaría todo por él.

—Deja que yo recoja eso —le digo, arrebatándole los utensilios—. Sube a mi habitación y date una ducha. Todavía no has tenido oportunidad de descansar.

Me da una palmada en el culo que me hace dar un respingo, y antes de que pueda devolvérsela o protestar, ya ha subido las escaleras de dos en dos y ha desaparecido en mi habitación.

No pasan ni cinco minutos cuando el timbre de casa comienza a sonar insistentemente, con una urgencia que me eriza la piel. Pienso de inmediato en mi madre: tal vez ha olvidado algo, o quizá ha decidido venir a descansar un poco. Me seco las manos con prisa, me arreglo el pelo a toda velocidad y corro hacia la puerta.

Cometo el error de dar por hecho que es ella.

No miro por la mirilla.

Y ese descuido me condena.

El aire se congela en mis pulmones cuando descubro esos ojos marrones mirándome con un brillo enfermizo.

Esa forma de observarme siempre me heló la sangre, como si fuera un león a punto de descuartizar a su presa.

Me tiemblan las rodillas y me quedo en estado de shock automáticamente.

No puede ser.

Luca no debería estar aquí.

Pero lo está.

—¿Qué? —escupe con voz amenazante—. ¿Pensabas que no me iba a enterar de que habías traído a tu nuevo perro faldero al pueblo? Eres una puta descarada, Evelyn. No sé cómo tienes la cara de traerlo aquí… delante de mis narices.

No puedo respirar. Le suplico a mis piernas que corran, a mis brazos que cierren de golpe la puerta, pero mi cuerpo no obedece. Y para cuando logro reaccionar, ya es tarde: Luca ha entrado, empujando a un lado la puerta y avanzando con la furia ciega de un animal. Abre de golpe las puertas del pasillo, buscando a Christian con los ojos inyectados en sangre.

No temo por Christian —sé que Luca no es rival para él, aunque esté más fuerte y musculoso que la última vez que lo vi—. Lo que me aterra es el escándalo, el espectáculo en la casa de mis padres, la posibilidad de tener que llamar a la policía. Y, sobre todo, el daño que le haría a mi madre enterarse de esto. Eso es lo único que no puedo permitir.

El corazón me late tan fuerte que me retumba en los oídos. Por un segundo, creo que vuelvo a tener diecisiete años, encerrada con él en un coche sin salida, rogando en silencio que se cansara de insultarme. La madera del suelo cruje bajo sus botas y siento que cada paso suena como una sentencia.

—¿Sabes qué es lo peor de ti, Evelyn? —su voz se clava en mi piel como un alfiler oxidado—. Que siempre fingiste ser mejor que yo, aparentando ser tan perfecta, tan bonita, pero al final del día, solo eras un puto polvo asegurado para mí, nunca serviste para otra cosa.

Las paredes de mi casa se contraen a mi alrededor, transformándose en la misma prisión invisible de la que escapé.

—Será mejor que te largues —le grito con la voz quebrada por la rabia—. No sé cómo tienes el descaro de presentarte aquí después de todo lo que me hiciste. ¿Quieres que te partan la cara? Perfecto. Con esa actitud seguro que lo consigues rápido. Pero fuera de mi casa. ¡Ahora!

Su risa, esa carcajada maldita que tantas noches me ha perseguido en pesadillas, llena el comedor y el terror me nubla los sentidos. Los recuerdos de su maltrato me atraviesan como cuchillas invisibles: golpes, insultos, promesas convertidas en amenazas. Siento mi cuerpo temblar más a cada minuto que pasa, atrapado de nuevo en aquella jaula invisible de la que tanto me costó salir.

—Hazte un favor y cállate, Evelyn —ordena con desdén—. Nunca me diste miedo, si quisiera, ahora mismo te tiraría sobre ese puto sofá, te rompería ese estúpido pijamita y le demostraría a ese hijo de puta cuál es tu única utilidad. Quizá lo haga, después de todo, siempre has estado tan buena que…

La afirmación no me sorprende; siempre lo supe; solo me utilizaba. Él vive del miedo de los demás, pero yo nunca quise ser como él.

Los pasos firmes y seguros de Christian resonando en la escalera nos obligan a girarnos al mismo tiempo, cortando sus amenazas de golpe. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Solo soy capaz de mirarle y rogarle en silencio que lo saque de aquí.

Sus ojos se tornan tan oscuros como la noche, y entonces lo sé, sus demonios están aquí.

Y esta vez, deseo que les dé vía libre.

—Así que este gilipollas debe de ser Luca… —Christian se ríe, y en su voz hay veneno—. Lo supuse en cuanto te vi: llevas lo de maltratador escrito en la frente. ¿Lo sabías?

No hay vuelta atrás. Conozco esa ese tono de voz. Significa una sola cosa.

Destrucción.

CAPÍTULO 13
CHRISTIAN



Sé que se trata de Luca en cuanto salgo de la ducha y me asomo por la ventana: veo su coche aparcado en la entrada. Por supuesto, aquel día, después de estar con Evie en el restaurante, le pedí a Dom que me consiguiera toda la información posible sobre ese tío.

Sé quiénes son sus amigos, sus enemigos; conozco al detalle su vida, y pienso destrozársela por atreverse a acercarse a ella.

Por atreverse a insinuar que podría abusar de mi mujer sin acabar muerto antes de intentarlo siquiera.

Veo que Evie se queda clavada en el sitio. Sé que es mejor que me lo lleve al exterior; no voy a ser capaz de contenerme viendo en sus ojos el reflejo de todo el dolor que este hijo de puta le ha causado.

En ese instante, recuerdo la primera vez que Evie me habló de él. Sus manos temblaban tanto que tuvo que detenerse varias veces para continuar. Yo apenas podía soportar escuchar cómo aquel cabrón había jugado con su confianza hasta triturarla, cómo la aisló de todos y la convenció de que no valía nada sin él. Desde entonces, cada vez que escucho su nombre, siento el mismo nudo ardiendo en el estómago. Ahora lo tengo frente a mí, en carne y hueso, y es la oportunidad perfecta para que todo ese veneno acumulado encuentre salida.

Intenta defenderse mientras yo lo cojo del cuello y lo lanzo fuera de la casa. No me cuesta demasiado: además del factor sorpresa,

soy mucho más corpulento que él. Se cree muy listo, pero antes de presentarse a montar una escena de celos que carece de todo sentido debería haberse informado de quién soy yo y de lo que soy capaz de hacer.

—¿Quién coño te crees que eres para venir aquí? —escupo, posando mi peso sobre su cuerpo en el suelo para inmovilizarlo—. El mero hecho de que sigas respirando después de lo que le hiciste es pura y llanamente porque yo lo he decidido.

El primer puñetazo le arranca un agudo grito; lo vuelvo a agarrar del cuello para obligarlo a mirarme a los ojos.

—Qué valiente cuando se trata de amenazar a mi mujer, ¿verdad? Pero con un hombre tiemblas como un puto bebé, joder, eres tan ridículo…

No responde, así que otro puñetazo le golpea el rostro. La necesidad de hacerle daño me consume; veo todo rojo al recordar lo que Evie me contó sobre ese capullo. Solo quiero hacerle pagar por todo el dolor que le provocó.

Mi respiración se vuelve animal. Puedo oler su miedo mezclado con el sudor, siento cómo los huesos de su cara crujen bajo mis golpes. Parte de mí disfruta de aquella sensación primitiva, de la superioridad de saber que puedo acabar con él en cualquier momento. Pero hay otra parte, más oscura, que me susurra que nada de lo que haga será suficiente para borrar lo que ya le ha hecho a ella. Que ni rompiéndole cada hueso lograré reparar las cicatrices invisibles que le dejó en el alma.

Por lo que sé, durante años ha vivido con la impunidad del que aparenta ser inocente. Nunca se ha disculpado con los padres de Evie y, mucho menos, con ella; no me sorprende. Conozco a tipos como Luca: van por la vida de buenos, les hacen creer a las mujeres que son príncipes azules y, cuando depositan su confianza, las manipulan y las destruyen hasta dejarlas sin nada.

Por suerte, no pudo hacerlo con ella: fue lo bastante fuerte y decidida para alejarse y expulsarlo de su vida de forma permanente.

Empieza a llorar, los ojos le arden por el impacto de mis golpes. No sé cuánto tiempo estoy así; estoy seguro de que estoy perdiendo la cabeza en este momento.

—Seguro —musita con dificultad—. Seguro que crees que ella vale la pena, que merece todo este acto heroico por tu parte.

Su risa empeora mi humor. Siento la sangre hervir y está completamente equivocado si de verdad piensa que voy a permitir que hable así de ella en mi presencia.

—Yo también lo pensé, ¿sabes? —dice con una risa amarga—. Hubo un tiempo en el que pensé que era más que un cuerpo bonito y unos labios de infarto; pensé que sería la madre de mis hijos. Pero eso es lo que hace esa puta: se lleva todo lo que le ofreces y luego se marcha, sin mirar atrás.

Al provocarle de un solo golpe que escupa dos dientes mientras agoniza, por fin se calla. El glorioso ruido del silencio se apodera del lugar mientras me levanto y me rio en su cara. Apenas puede moverse; esto es solo el primer y último aviso, pateo sus costillas hasta que un crujido me confirma que yacen rotas.

Lo levanto del suelo solo para tumbarlo de un puñetazo de nuevo, sus gritos y sus lágrimas se mezclan con su sangre, creando mi mejor obra hasta le fecha.

Y Dios… La satisfacción me corre por las venas mientras vuelvo a ponerme a horcajadas sobre él y le dejo la cara irreconocible. Entonces, con precisión, le abro la camisa con la navaja que siempre llevo encima durante mis viajes, esa que no suelto ni para dormir si no me encuentro en el hotel. Ha degollado más cuellos de los que este hijo de puta se imagina. Acerco el filo de la hoja a su garganta y presiono hasta que sale una pequeña gota de sangre, y entonces empieza la melodía más satisfactoria de todas, sus gritos.

Pero no lo mato, en su lugar escribo en su pecho una palabra que le define, que lo sentencia:

"Maltratador."

Chilla como un animal mientras el filo traza el contorno de las letras, al mismo tiempo, enciendo un cigarro solo para poder pasarle el fuego del mechero por las heridas, asegurándome así de sellárselas para siempre.

Doy un par de caladas antes de apagar el cigarro en su frente, y solo entonces, consigo respirar de nuevo. Si no lo he matado era porque sé que ahora no es lo que Evie necesita, ni ella ni su familia. Otra vez: si vive es porque yo lo decido, y seguirá siendo así hasta que decida lo contrario.

Vivir con la agonía de que otro controle el flujo del aire que respiras —sin saber si un día, de la nada, te lo privarán— es el peor castigo que le puedes imponer a un ser humano. Lo he visto antes: enloquecen, se vuelven paranoicos, no salen de casa y, en los peores casos, hacen el trabajo sucio por ti y se quitan la vida.

Pero Luca no es de esos; seguro que luchará por seguir vivo solo para seguir tocándome los cojones, puede que le deje envejecer hasta el terror acabe por matarlo de un disgusto.

Lo dejo tirado en el suelo como la basura que es y corro dentro de la casa para abrazar a mi chica. Ella sigue inmóvil en el mismo sitio donde lleva veinte minutos.

—Lo he oído —dice entre sollozos—, he oído lo que te ha dicho, yo…

La acallo con un beso mientras recojo con la yema de los dedos sus lágrimas, empapando su cara de sangre. Ella niega frenéticamente con la cabeza y se aparta un poco para poder terminar la frase, aunque no hace falta: ya sé lo que va a decir.

—Yo… —balbucea con dificultad— te prometo que no soy así, jamás te haría eso. Te quiero de verdad, lo juro, no me voy a ir…

La abrazo más fuerte que nunca. Ni siquiera me preocupo por si la intensidad le duele; ella tampoco parece hacerlo, porque se deja llevar y me aprieta cada vez más contra su cuerpo pequeño y frágil.

Decido que ya ha llorado suficiente por hoy. Ambos llevamos una semana arrastrando el sufrimiento, y merecemos un respiro. La

sujeto de la cintura y me la cargo al hombro, arrancándole una risa sorprendida ante mi movimiento inesperado. Con pasos rápidos la llevo a su habitación, despojándome sin demora de la camisa y los pantalones de traje. Cojo una toalla húmeda y la paso por la sangre seca de mis manos, así como por su rostro. Le quito el pijama también manchado y me deshago de toda la sangre que puedo lo más rápido posible.

La tumbo con agresividad, el encuentro con Luca ha desatado todos mis demonios, y aún que con ella se calman, no llegan a desaparecer del todo.

No pienso salir de aquí en toda la noche.

Sus ojos se vuelven turbios ante la mezcla de agresividad y deseo que represento.

—Creo que jamás habías estado tan guapa, reina —le confieso.

Se pone de rodillas y me atrae hacia ella con necesidad, fundiendo sus labios con los míos en un beso que me arranca el aire de los pulmones. El sabor de su boca es adictivo, es como si llevara días esperando a que me devorase. Aún tengo restos de sangre seca en las manos, pero cuando lo nota no parece incomodarle. Más bien lo contrario: me muerde el labio con fuerza, como si ese rastro de violencia despertara todavía más su deseo. Sé que le gusta. Le atrae mi lado salvaje, ese que solo soy capaz de mostrar por ella. Aunque puede defenderse sola, adora que sea yo quien lo haga, y yo nunca dejaré de hacerlo.

—Creo que jamás te había deseado tanto como esta noche —confiesa, con la respiración entrecortada—. No solo por lo de Luca, aunque ha sido super sexy ver su sangre por todas partes, sino por cómo cuidas de mi familia y de mí. Está claro que eres mi persona favorita, Christian.

Sus palabras me incendian las entrañas. Es como si hubieran vertido gasolina sobre mi piel y ella prendiera la cerilla con solo mirarme. No me da tiempo a contestar porque me besa otra vez, más profunda, más desesperada. Ahora que sus hematomas han

mejorado, me atrevo a agarrarla con fuerza del abdomen y me tumbo en la cama, colocándola encima de mí. Su cuerpo encaja contra el mío con un calor abrasador que me nubla la razón. La tela de su ropa interior me desespera, quiero sentir su piel directamente, quiero perderme en cada curva hasta enloquecer.

Ella sonríe al ver cómo la observo, como si supiera exactamente lo que me provoca. Se balancea despacio sobre mí, con un movimiento que me arranca un gruñido gutural. El roce es apenas un tormento delicioso que me hace levantar las caderas buscando más. Su pelo cae sobre mi rostro, rozándome la piel con suavidad mientras sus ojos arden con esa mezcla de ternura y lujuria que solo ella sabe conjurar.

—¿Estás jugando conmigo, pequeña? —la provoco con la voz ronca.

Asiente, y ese simple gesto me arrastra al borde de la locura. Sus labios se entreabren y dejan escapar un gemido ahogado cuando de un tirón le arranco la ropa interior y la obligo a mover las caderas con más decisión, rozándome de manera que me enciende cada músculo. Se inclina sobre mí para atraparme de nuevo en un beso.

Es urgente, hambriento, como si quisiera beberse mi alma junto a mi aliento.

Yo dejo que me lleve al límite, aunque sé que en cualquier momento perderé el control y me apoderaré de ella por completo.

CAPÍTULO 14
EVELYN



Controlar los movimientos que nos unen no solo me hace sentir poderosa, sino que también me permite adaptar su cuerpo al mío con facilidad. Ahora que ambos estamos desnudos Christian se hunde por fin en mí. Cada embestida es un golpe de placer que se clava en mi vientre y me arranca un gemido que se funde con los suyos, creando una melodía tan obscena como perfecta.

Apoyo las manos en su pecho para mantenerlo bajo mi dominio, disfrutando del contraste entre la firmeza de sus músculos y el temblor que me provoca tenerlo sometido. Su pecho endurecido roza contra mis palmas y no puedo evitar clavar mis uñas en sus músculos, disfrutando de la forma en que su respiración se quiebra. Pero él responde con un golpe seco de cadera que me roba el aliento, recordándome lo evidente: podría aplastarme y devorarme entera en este instante si lo deseara. Esa amenaza velada, en lugar de asustarme, me enciende todavía más.

Me inclino sobre él, mordiéndole el labio inferior con rabia y deseo, y siento cómo sus manos se deslizan por mis muslos, ascendiendo con fuerza hasta aferrarse a mi cadera. Me guía, me marca el ritmo, y aun así me concede el control. Su dureza me llena por completo, estirándome hasta el límite, y esa mezcla de dolor y placer me arranca un gemido gutural que vibra en su boca cuando me besa. Saber que este hombre, que necesita dominarlo todo, se entrega solo a mí de esta manera me convierte en una adicta a su cuerpo.

Es abrumador, excitante, casi prohibido.

Y es mío.

Me aferro a su pecho con desesperación, como si temiera que el mundo se derrumbase en cualquier instante. Su aliento golpea mi garganta, caliente, húmedo, y cada vez que me embiste con más fuerza un gemido se escapa de su pecho, vibrando contra el mío. Asciende por mi cuerpo hasta atrapar mis pechos entre sus manos, y me hace perder el sentido. Juega con mi piel más sensible a su antojo, lamiendo y mordiendo a partes iguales, me vuelvo completamente loca no hay reloj que mida el tiempo cuando estamos así: solo un vértigo infinito, una caída sin freno de la que ninguno quiere salvarse.

El sudor resbala por nuestras pieles, mezclándose en un perfume salvaje que impregna la habitación. Su espalda se arquea, ofreciéndose a mis uñas, y yo no dudo en arañar con fuerza, dejando marcas rojas que reclaman lo que es mío. Él me responde apretándome contra su cuerpo, empujando tan profundo que siento cómo me roza en el punto exacto que me hace perder el control.

—Joder, te amo —confiesa entre jadeos, con la voz rota por el deseo—. Eres absolutamente increíble, Evie, y eres mía, dímelo, mi amor, dime que me perteneces.

Sus palabras incendian mis venas, me obligan a acelerar el ritmo, a buscar con ansia ese punto en el que el placer roza lo insoportable. Lo miro, y con una sola chispa en sus ojos me prende un fuego eterno que podría arrasar el mundo entero.

—Soy tuya, Christian —respondo, inclinándome para besarle mientras mis uñas trazan líneas sobre su pecho—. Siempre vamos a ser tú y yo.

Él me levanta el rostro, me muerde el cuello y me besa con una urgencia salvaje. Su miembro late dentro de mí, hinchado, desbordándome, y yo me aferro a sus hombros con desesperación mientras me dejo llevar. El orgasmo nos atraviesa al mismo tiempo, como una flecha certera, y nos hace vibrar al unísono. Grito su

nombre contra su boca mientras sus brazos, fuertes y posesivos, me envuelven entera. Nos quedamos temblando, atrapados en esa tormenta deliciosa, incapaces de soltarnos.

No sé en qué momento nos rendimos al sueño, pero cuando la luz del amanecer se filtra entre mis cortinas me sorprendo contemplando la belleza del hombre tendido en mi cama. Ni siquiera la colcha de flores logra restarle intensidad: cada músculo de su cuerpo parece definirse junto a sus respiraciones tranquilas y acompasadas.

Me descubro preguntándome qué haría si un día despertara y él no estuviera aquí. Esa idea, absurda e incómoda, se instala en mi pecho como una piedra. Me da miedo necesitar tanto a alguien que, en cualquier momento, podría volver a la oscuridad de la que vino. Tal vez por eso lo miro como si quisiera memorizar cada rasgo, cada respiración tranquila, como si con suficiente empeño pudiera conservar esa paz para él, porque necesito verle feliz.

Me concedo unos minutos más para admirar esta obra de arte antes de buscar el móvil y llamar a mamá para asegurarme de que todo esté bien.

Me doy una ducha rápida asegurándome de que no queda ni una gota de sangre sobre mi piel. Miro por la ventana, asegurándome de que, efectivamente, Luca se ha ido, y cuando eso me tranquiliza me pongo unos vaqueros negros y mi camiseta favorita de lunares verdes y blancos antes de bajar a preparar el desayuno. Mientras marco el número de mamá, pienso que probablemente no habrá pegado ojo en toda la noche. No me sorprende: hacía lo mismo cuando yo enfermaba de niña. Papá tenía que obligarla a descansar porque estaba convencida de que, si se tomaba un respiro, el mundo podía desmoronarse.

—Hola, cielo —me saluda con una voz algo más animada que ayer —. ¿Habéis descansado?

Le cuento lo que pasó anoche, sin omitir siquiera la paliza que Christian le dio a Luca. Eso parece alegrarle el día de inmediato, lo cual no me extraña teniendo en cuenta lo mal que se comportó con

todos nosotros. Aunque en ese momento yo no fui capaz de reaccionar, agradezco que alguien lo hiciera. Mis inseguridades y traumas no van a desaparecer, pero al menos él obtuvo parte de lo que merecía.

—Cada vez me cae mejor tu novio, hija —dice mi padre con un hilo de voz—. Sabía que acabaría trayéndonos buenas noticias.

Escuchar su voz me calma al instante. Sentirlo más animado me devuelve el aire a los pulmones. La primera vez que sufrió un amago de infarto fue cuando pensó que perderíamos la casa por las deudas. Yo tenía nueve años y mamá me dijo entonces que estaba enfermo y que en el hospital lo curarían. Más tarde me lo explicaron de verdad: tenía que aprender que con su salud no se jugaba. Que jamás debía darle sustos ni ponerlo nervioso.

Eso me enseñó a no ser la típica adolescente rebelde. Mis amigas me llamaban aburrida porque siempre obedecía, porque nunca desafiaba a mis padres. Pero era algo que solo mamá y yo entendíamos. También fue la razón por la que pasé tantos años ocultándoles a qué me dedicaba. No solo quería protegerlos: me aterraba que mi padre no lo soportase. Por suerte, ese miedo nunca se cumplió.

Al salir, compruebo de nuevo que Luca se ha ido de verdad, sin poderme creer que por fin haya recibido lo que merece. Respiro aliviada justo cuando, ante mí, se alza imponente un Chevrolet Camaro. Dominic aparece por la puerta del conductor haciendo girar las llaves entre los dedos.

—Siempre pensé que sería yo quien heredaría esta monada —dice fingiendo un par de lágrimas mientras se señala los ojos—. ¿El capullo de mi hermano sigue durmiendo? Llevo una hora intentando que me coja el teléfono.

—A lo mejor, si no te lo cojo, es porque no me apetece hablar contigo, hermano —escupe Christian entre risas, saliendo ya vestido y peinado por la puerta.

Ambos se hacen una peineta al unísono y yo entro en la casa dándolos por perdidos. Me siguen como dos animales hambrientos hasta la cocina, donde saco las tostadas que había preparado antes de salir. Me devoran con la mirada, Christian le da un guantazo a Dominic en la nuca por mirarme, y termino ofreciéndoselas antes de que decidan pegarme un mordisco a mí.

Al coger el teléfono para mirar la hora, me doy cuenta de que no había colgado a mamá. Me lo pongo en la oreja justo a tiempo de escuchar las carcajadas de ambos, y puedo jurar que ese sonido me alegra el día como nada más podría hacerlo.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto mientras preparo más tostadas para mí.

Se callan de golpe, como dos niños a los que sorprenden haciendo travesuras, y eso solo provoca que acabemos riendo los tres, como en los viejos tiempos.

—Mamá —digo intentando que se me oiga entre tanta carcajada —, en cuanto desayunemos iremos a veros para que puedas descansar. ¿Qué le han dicho los médicos a papá?

El silencio que sigue me preocupa, pero no tarda demasiado en romperlo.

—Hoy podrá irse a casa —me confirma con alivio—. Lo único es que tendrá que hacer mucho reposo. ¿Podrías preparar el sofá cama antes de venir, para que no suba escaleras?

Asiento instintivamente, pero me apresuro a tragar el trozo de tostada para responder, recordando que no puede verme.

—Claro, mamá. Os quiero.

Tras insistirme un par de veces en que ellos me quieren más, colgamos. Al darme la vuelta, me encuentro con los ceños fruncidos de Dominic y Christian, ambos concentrados frente al ordenador que trajimos por si teníamos que quedarnos más días de lo previsto en el hotel.

—¿Ocurre algo? —pregunto, notando cómo la curiosidad me punza en el estómago.

Se miran entre ellos con cautela, como dudando si compartirlo conmigo. Pero la expresión de mi cara parece obligarlos a cambiar de opinión. Dominic toma la palabra primero:

—Tenemos que volver al hotel, ya —explica en tono grave—. Hay un nuevo capo en la ciudad… y, por lo visto, está imitando al Carcelero.

En ese instante siento que el alma se me desploma en el pecho.

CAPÍTULO 15
CHRISTIAN



No me sorprende la noticia. Siempre que eliminas a un pez gordo como ese, pasan unas semanas en las que todo parece tranquilo, como si la paz fuese posible.

Pero nunca dura.

En cuanto sus rivales confirman que ha sido eliminado, se lanzan a ocupar su lugar.

Nos ha ocurrido muchas veces; por lo general no tardamos más de una semana en acabar con esos aficionados. El problema es que esta vez no es igual.

Si están imitando a Carlisle significa que nuevas mujeres y niños están siendo secuestrados. Significa que debemos actuar con rapidez para evitar más desastres. No es como cuando trafican con armas o drogas: esos, con suerte, terminan en la cárcel después de una paliza. A los que trafican con seres humanos, en cambio, no se les perdona la vida.

He visto a hombres suplicar de rodillas, jurar que cambiarían, que tenían familia, que nunca volverían a tocar a una mujer ni a un niño. Pero esa clase de hombres no se redime. El veneno que llevan dentro no se cura. Y yo hace años que dejé de sentir remordimientos al quitarles la vida a esos hijos de puta. Ni culpa, ni dudas. Solo frío. Un frío que se convierte en rabia cada vez que recuerdo los gritos apagados de quienes no pudieron ser salvados.

Antes de ir al hospital decidimos que será Dom quien se marche hoy al hotel, para empezar a reunir todos los datos que necesitamos. Nosotros partiremos mañana al amanecer, cuando nos aseguremos de que Richard se encuentra mejor.

Aún que me cueste delegar, mis prioridades han cambiado, y el bienestar de mi reina y de su familia van por encima de cualquier cosa.

Incluido mi imperio, incluido yo mismo.

Al llegar, mientras le abro la puerta a Evie, encontramos a Margaret fumando en el umbral. Es la primera vez que la veo hacerlo, lo que me hace deducir que solo enciende un cigarrillo cuando los nervios le sobrepasan. Intercambiamos un saludo antes de entrar: ambos estamos deseando ver cómo se encuentra su padre y saber si, al fin, podemos llevarlo a casa.

Nos hemos ocupado de que todo esté listo para recibirlo. Evie ha transformado el salón en una habitación para que no tenga que moverse demasiado: todo está al alcance de su mano. Yo, por mi parte, he enviado a mi chófer al supermercado para abastecerlos de lo necesario, de modo que Margaret no tenga que salir ni dejarlo solo.

—¡Qué bien te veo, papá! —exclama Evie con una sonrisa radiante.

Y tiene razón. Gracias al personal del hospital y a mis médicos privados, Richard ha mejorado mucho más rápido de lo previsto. Le han dado la mejor atención posible y, cuando el médico nos confirma que ya podemos llevarlo a casa, la felicidad nos invade a todos.

Sé que este tipo de situaciones despiertan la parte más sensible de las personas. Aunque no comprenda del todo cómo funciona una familia, intuyo que cuando el amor existe, el sufrimiento se comparte hasta que llega la mejora.

A mí nunca me había pasado con nadie que no fuese Evie. Jamás me había preocupado tanto por alguien ni deseado con tanta fuerza

que se recuperase. Cuando Margaret nos llamó, me esforcé en mantener la calma por mi reina, pero cualquiera que me conociera sabría que estaba nervioso. Justo por eso pedí a Dom que condujera el coche hasta aquí; su presencia siempre me aporta serenidad. Tras estar con él, suelo ver las cosas con mayor claridad. Además de Davina, hasta ahora era lo más parecido a familia que tenía.

Un poco antes de llegar a la casa, le pido a Richard que cierre los ojos. Su mujer y su hija ríen por lo bajo, cómplices de la sorpresa que le espera. Aunque duda al principio, termina por obedecer.

Lo ayudo con cuidado a bajar del coche y, cuando abre los ojos, se queda en shock. Sus pupilas se dilatan, la boca entreabierta, y todos sonreímos esperando a que lo asimile.

—Fue la primera vez que hice eso de *«una mañana de chicos»* —recuerdo en voz alta aquel día en el hotel—. Entonces comprendí lo importante que es hacer feliz a quienes nos hacen felices. Así que, en cuanto Evie me dijo lo mucho que habías disfrutado conduciéndolo, supe que este coche llevaba tu nombre.

Las lágrimas que humedecen sus ojos son las más puras que he visto. Contra todo pronóstico, no se enfurece ni lo considera inapropiado. Al principio intenta decirme por activa y por pasiva que no puede aceptar algo así, pero tras ver que no voy a ceder, parece comprender que es un gesto nacido de lo más hondo de mí. Y en lugar de reprochármelo, me abraza con tanta fuerza como su frágil estado le permite.

—Yo… —musita entre mis brazos— no sé qué decir, hijo. Esto es demasiado… ¿cómo podré compensarte?

Hijo.

Me ha llamado hijo.

Sin saberlo, acaba de darme mucho más que cualquier compensación. Hacía tantos años que ningún hombre me llamaba de esa forma que apenas recordaba cómo sonaba. Ha sido como una melodía inesperada, como si su voz hubiese sanado una herida que yo mismo había olvidado que existía.

Me doy cuenta, en ese preciso instante, de que con todo el odio y el rencor que siempre le he profesado a mi padre, jamás me permití admitir en voz alta cuánto anhelaba tener una figura paterna. Alguien de quien aprender día a día. Pasé toda mi adolescencia sin entender ni la mitad de las cosas que me ocurrían; no podía preguntárselas a nadie y nunca fui consciente del daño que eso me causaba.

—Lo que pueda hacer por vosotros —le aseguro mientras le entrego las llaves.

Evie y él se miran de un modo que no alcanzo a comprender, como si hablaran en un idioma secreto, en un código al que yo no tengo acceso. La curiosidad me pica, pero antes de poder preguntar, Margaret —que también los observa con atención— me da un pequeño golpe en el hombro y me señala con disimulo.

—Le está diciendo a Evie que eres un buen partido —me susurra —, y Evie le ha respondido que ya lo sabe.

Ambos descubren que su breve conversación sobre mí ha sido delatada y fingen odiarla con la mirada, mientras Margaret levanta los hombros con fingida inocencia y se escabulle dentro de la casa tan rápido como puede.

Los seguimos. Evie da pequeños saltos de alegría, como una niña que no puede contener la emoción. La felicidad de estar aquí con su familia la desborda, y no puedo evitar maravillarme ante lo hermosa que está cuando nada la preocupa, cuando su mente se serena y se permite disfrutar de pequeños momentos como este. Voy unos pasos detrás de ella y, sin pensarlo demasiado, la tomo del brazo para atraerla hacia atrás, haciendo que choque contra mi pecho.

—¿Te había dicho alguna vez lo preciosa que estás cuando sonríes? —susurro contra su oreja.

Sus mejillas se tiñen de un leve rosado y se humedece los labios antes de girarse y estamparlos contra los míos.

—Puede —finge dudar—, pero no dejes de hacerlo nunca. Me gusta escucharlo.

Asiento, fascinado por la felicidad que irradia, y me recuerdo a mí mismo que debo empezar a buscar un terreno donde construir una casa para nosotros.

Cuando se lo dije iba completamente en serio. No importa si aún no tenemos hijos: quiero vivir con ella en un espacio que sea solo nuestro, compartir mañanas de café, tardes de colada, noches de cocinar juntos, lo que sea que hagan las personas con una vida normal y lejos de toda la mierda que me rodea. Con ella he descubierto que lo que deseo es una vida tranquila, un hogar donde podamos ser nosotros mismos sin máscaras ni guerras.

A veces me sorprendo imaginando cosas absurdas: Evie riéndose porque he quemado las tostadas, o yo cargando con cajas de libros hasta una habitación que ella transformará en biblioteca. La veo regando plantas en un jardín pequeño, mientras yo finjo leer el periódico solo para observarla. Son escenas tan simples que parecen irreales en mi vida, y sin embargo, ahora mismo son lo único que deseo con una urgencia que me consume.

Claro que siempre tendré a Águila Negra.

Ahora mismo la preocupación sobre ese imitador me abruma, pero intento resolver las cosas poco a poco, pues ahora lo más importante es asegurarme de que todo esté bien aquí, y en el hotel tengo a Dominic.

Tras haber estado aquí y haber obtenido un atisbo de lo que podría ser mi vida, he tomado una decisión.

Una que en realidad ya estaba tomada en mi subconsciente desde hacía años, cuando mis demonios empezaron a ganarme el terreno de forma peligrosa, avisándome poco a poco, de que, si no paraba, acabarían tomando el control de mi vida.

Llegado el momento, delegaré mi cargo en mi hermano y pondré a Jack y a Lion como gerentes. No dejaré de moverme en la sombra, pero cuando decida abandonar el puesto sabré quién se ocupará de todo.

Dom, a diferencia de mí, no admite el amor en su vida, lo repudia como si fuera alérgico. Por eso sé que durará más que yo en el cargo. Pero antes de que llegue ese día, aún nos queda librar una última batalla juntos.

CAPÍTULO 16
EVELYN



Pasamos toda la tarde en familia jugando a juegos de mesa, y me considero afortunada por poder vivir este momento con mis personas favoritas, pues el susto que nos hemos llevado ha sido corto pero intenso. Esta experiencia me ha hecho reafirmar que no sabemos cuántos días nos quedan con quienes amamos, así que hay que exprimirlos al máximo.

Descubro que Christian no es precisamente un buen perdedor, aunque no me sorprende lo más mínimo, teniendo en cuenta lo que hizo para conseguir no perderme a mí. Apostamos el cuenco de palomitas en un acalorado duelo de cartas, y mis padres se sienten orgullosos de mí cuando le gano. Algo me dice que me deja vencer solo para darme el gusto, pero no por ello dejo de restregarle mi victoria lanzándole palomitas con menos fuerza de la debida.

Papá se empeña en retarle también.

El duelo entre ambos es digno de ver: mi padre sacando su faceta más calculadora y Christian conteniendo la impaciencia cada vez que pierde una ronda. Terminan acusándose de hacer trampas, aunque todo queda en risas cuando mamá y yo los sorprendemos con comentarios precisos para herir sus egos.

Verlos reír juntos me estremece más de lo que esperaba; nunca imaginé que mi padre, tan celoso de su espacio después de lo de

Luca, dejaría entrar a alguien en su vida así, con tanta naturalidad, en nuestra familia.

Es agradable poder compartir un rato así con ellos. Por fin siento que todos los errores y secretos del pasado se disipan, que empiezo a ver la luz al final del túnel. Cada vez estamos más conectados, y mis padres ya han aceptado a Christian como parte de mí. Apenas lo conocen y, aun así, han depositado en él toda su confianza, algo que solo hacen cuando sienten que la persona lo merece.

Esta vez, ese sentimiento también me pertenece. Siempre me ha costado confiar, pero desde que lo conocí en aquel robo, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados: recuperé a mi familia, encontré amistades sanas y, lo más importante, ya no temo amar ni dejar que me amen.

Formar parte de Águila Negra me ha enseñado a valorar estos pequeños momentos. Me reconforta saber que hemos ayudado a muchas familias a reencontrarse, que sembramos esperanza donde antes solo había dolor. Esa certeza —la de ofrecer algo desinteresado que con el tiempo sanará heridas ajenas— también me sana a mí.

Ayudo a mamá con la cena. Decidimos preparar carne guisada y, de postre, pastel de manzana. La última vez que cocinó este dulce fue el día en que les confesé que me mudaría a Nueva York para empezar de cero. El olor invade la casa igual que entonces, y los recuerdos nos atropellan mientras nos miramos y sonreímos.

Si hubiese sabido adónde me llevaría aquella decisión, la habría tomado mucho antes. Acababa de dejarlo con Luca y necesitaba tiempo para sopesar mis opciones. En Nueva York conocí a la persona que me metería en los robos organizados, la cual terminó por ser una traidora. Pero oye, al menos aquella tarde en la cafetería, cuando me ofreció el primer *"encargo"* me había traído hasta aquí.

Llevaba cuatro meses trabajando en aquel local, ella solía frecuentarlo a menudo y se fijó en mi habilidad para pasar

desapercibida, en como nunca se me rompía ni un vaso, y en cómo me desenvolvía en silencio.

Me vio útil y toda esa vida de adrenalina y caos comenzó esa misma semana, donde no solo dejé ese trabajo y conseguí algo con lo que poder mantener a mis padres dignamente, sino que además descubrí mi verdadero yo.

Alguien fuerte, capaz de salir de situaciones peliagudas, y que no iba a dejarse pisar por nadie, nunca más.

Contra todo pronóstico, me siento orgullosa.

Mis padres también se sienten así, lo veo en sus ojos brillantes, en su sonrisa desbordante. Y eso me hace muy feliz.

—Cariño —dice papá desde el sofá, sorprendido—, hacía mucho que no nos regalabas este olor. ¿Es lo que creo que es?

Mamá asiente, enseñándole un trozo de manzana recién cortado para decorar la tarta. La sonrisa de papá delata que también recuerda aquel día.

—Estaba esperando una ocasión especial —responde antes de besarme la frente.

Sus palabras se me graban en la piel como un tatuaje. Nunca le he contado a Christian los detalles de aquel día, al menos no los pequeños. Pero por cómo me observa, parece intuir lo especial que es para nosotros este momento.

Se levanta, me quita suavemente el cuchillo de la mano y se ofrece a terminar lo que yo estaba haciendo.

—Ve a ver la película con tu padre, mi amor —me pide con una ternura insospechada que me roba el sentido—. Quiero aprender a preparar esta tarta para ti, siempre que necesite arrancarte una sonrisa como la de ahora.

El gesto me desarma, me resulta tan romántico que el escozor de mis ojos me advierte de que, si no me voy ahora mismo a ese sofá, acabaré llorando a moco tendido.

Así que me muevo con rapidez, con las mariposas revoloteando dentro de mí. Su atención y delicadeza me resultan imposibles de ignorar.

Escucho como Christian es regañado de vez en cuando, porque casi se corta, porque pone la temperatura del horno muy alta debido a su impaciencia… Pero al final, mamá le abraza con cariño y me quedo embelesada viéndolos interactuar.

La cena transcurre entre anécdotas de mi infancia y risas. Cuando el cansancio empieza a notarse, subimos a descansar. Ellos se quedan abajo debido al reposo obligatorio de papá, y Christian y yo nos retiramos a mi habitación con la esperanza de dormir por fin más de ocho horas seguidas.

Estos días han sido un torbellino de emociones, una tras otra sin tiempo para procesarlas.

Ya en la cama, con su calor envolviéndome, decido preguntar lo que me lleva rondando la mente desde hace horas.

—¿Crees que tu madre se estará adaptando con Davina? —susurro mientras dibujo círculos con las uñas sobre su torso desnudo—. Quizá sería bueno llamarla un par de veces a la semana, para aseguraros de que está bien… y para que podáis tener más contacto.

Christian me aparta un mechón del rostro, colocándolo tras mi oreja. Por un instante temo haberme entrometido demasiado, pero ese miedo se disipa en cuanto lo veo asentir despacio.

—He estado pensando en ello —admite con cautela—. Quizá podría ir con ella a terapia familiar. Dom me lo dijo hace tiempo: que cuando la encontrase, tendríamos que hacerlo para aprender a entender los sentimientos del otro, y no se… no lo he hecho nunca, quizá no sea buena idea, ¿no?

Sé que se refiere a Annie. Recuerdo perfectamente el día que me confesó que era psicóloga y que su papel en Águila Negra consistía en esperar a Lydia para tratarla. Aunque nunca lo había contemplado en serio, de pronto la idea me parece excelente. Annie sabe

exactamente a qué se dedica Christian, lo que les permitirá ser completamente transparentes con sus historias y emociones, algo imposible con alguien ajeno a la organización.

—Me parece una idea increíble, amor —respondo con sincera ilusión—. No lo había pensado, pero tienes razón: alguien profesional puede ayudaros a reparar esas grietas del pasado, no será inmediato, pero es mejor que nada.

Nos miramos a los ojos. No hacen falta palabras para que sepa lo orgullosa que estoy de él. Sé que perdonar a su madre le costará años, si es que alguna vez lo consigue, pero el simple hecho de estar dispuesto a intentarlo es un inicio valioso. Solo con un punto de vista externo y neutro podrán empezar a reconstruir lo que se rompió.

Nos abrazamos con fuerza, y siento cómo todo empieza a encajar poco a poco. Es como si juntos encontráramos la forma de sanar, paso a paso, sin prisa, pero con firmeza.

Y en ese instante comprendo que Christian me ha convertido en la mejor versión de mí misma, igual que yo estoy haciendo con él.

Le acaricio el pecho sin saber cuánto tiempo pasa, perdida en el ritmo constante de su respiración, hasta que el sueño empieza a arrastrarnos. Sus manos se hunden en mi cabello, acariciando cada mechón con una ternura que me adormece y me ata aún más a él.

CAPÍTULO 17
CHRISTIAN



Al amanecer, despierto a Evelyn con sensuales caricias en la espalda. Se retuerce, negándose a salir de su sueño, por lo que reparto besos por todo su cuerpo. La sorprendo cuando, sin previo aviso, empiezo a devorarla como un animal. Mi lengua traza círculos candentes por su sexo, me deleito con su sabor, y una vez la noto completamente despierta, coloco mi mano sobre su vientre para impedir que se me escape.

Ni puede ni querrá escapar.

De repente, sus pequeños jadeos pasan a ser gemidos, tan deliciosos que mi excitación crece con cada caricia de mi lengua, empapándome de ella. Añado dos de mis dedos para transportarla al éxtasis más delicioso, y no me sorprende encontrarla completamente receptiva a mis movimientos.

Deslizo los dedos con una calma tortuosa, hasta que me complace quejándose y exigiéndome más.

Y se lo doy.

Aumento el ritmo con la lengua y la fuerza con mis dedos, y cuando empieza a temblar, le doy pequeños mordiscos, provocando que, finalmente, empape mi rostro y parte de la cama con un delicioso orgasmo.

—Buenos días, amor, lo has dejado todo perdido—le obligo a mirar lo que hemos provocado juntos, besando su estómago, deseando

tener todo el tiempo del mundo para perderme en la delicia que es su cuerpo— buena chica, joder.

Me besa en respuesta, y la obligo a probar su propio sabor antes de recordarle que debemos irnos al hotel. Aún que lo que más me gustaría sería quedarme dentro de ella durante todo el puto día.

El orgasmo la ha dejado completamente desarmada, se levanta de la cama con movimientos torpes. Tengo que contener la carcajada cuando casi se tropieza con las zapatillas: sé que reírme sería firmar mi sentencia de muerte, así que me abstengo de comentarios mientras se dirige al baño.

Mientras preparo la maleta y coloco nuestras cosas, Evie se da una ducha tan caliente que el vapor empaña los espejos al instante. No tardamos en estar listos; yo ya me había duchado antes de despertarla para que pudiera descansar un poco más, me es imposible despertarla sin sentir remordimientos, aunque no parece quejarse cuando la despierto a base de orgasmos.

Dios, su cuerpo es mi perdición…

Al bajar por las escaleras encontramos dos tostadas y café esperándonos en la mesa y Richard y Margaret ya están vestidos y despiertos, nos sonríen al vernos. Anoche les contamos que hoy volvíamos a Nueva York, y me enternece comprobar que se levantaron antes para prepararnos el desayuno y despedirse.

¿Esto es lo que se siente cuando uno tiene familia?

Jo-der.

No estoy acostumbrado a esos cuidados, mucho menos cuando no hay nada a cambio. La última vez que alguien me cuidó así fue cuando Dom y yo vivíamos en casa de su madre… y de aquello hace tanto que los recuerdos se han ido desgastando con los años.

Mientras desayunamos, decido llamar a mi madre.

Sé que debo hacerlo cuanto antes, y aquí, con ellos cerca, me siento más decidido. Si estuviera solo quizá me arrepentiría o

acabaría desviando la conversación. Pero Evie está de acuerdo en que es lo mejor, y eso me da fuerzas.

—¿Lydia? —digo cuando responde al segundo tono—. Sé que es pronto, pero quería saber si te apetecería venir al hotel pasado mañana. Tengo personal que podría ayudarnos a… bueno, a intentar solucionar algunas cosas.

El silencio que sigue me hace arrepentirme de inmediato, pero entonces Lydia suspira, casi aliviada.

—Pensé que jamás estarías dispuesto a hablar —confiesa, con la voz rota—. Por supuesto que quiero intentarlo, hijo.

Tras despedirme de forma fría y directa, cuelgo. Evie me toma la mano y la besa con suavidad.

—Estoy orgullosa de ti, mi amor —me susurra con cariño.

Margaret me mira como si intentara memorizar hasta el último surco de mi cara. En sus manos tiembla aún la taza de café; Richard tiene la mirada rígida como si sostuviera el peso de una conversación que no sabe cómo empezar.

Evie se lanza hacia ellos con tanto amor que rebosa, y cuando su madre termina de besuquearla con ternura, decido darles un pequeño abrazo yo también.

Lo que ocurre es tan inesperado que no sé cómo reaccionar.

Esos besos maternales también llegan a mi rostro, somo si yo fuera digno de ese amor.

Margaret me roza la mejilla con un cariño que quiere envolver cualquier amenaza que venga con nosotros.

—Cuida de ella, y cuídate mucho corazón —murmura—. Por favor.

Asiento y me prometo a mí mismo una cosa, cuidaré de mí lo mejor que pueda, pero a ella…

A Evelyn la cuidaré para siempre.

Le entrego la maleta al chófer y decido subir al coche para dejarles intimidad. Observo cómo sus padres la estrechan de nuevo

contra ellos, con esa fuerza que solo da el miedo a perder, y nos despiden agitando la mano cuando nos alejamos hacia el terreno donde espera el jet.

En menos tiempo del que esperaba ya estamos en Nueva York. Dom nos recibe en la entrada del hotel, impaciente e irritado.

—No os lo vais a creer, ¡me cago en todo! —nos dice atropellando las palabras, incluso antes de que crucemos la puerta—. Pensábamos que era un simple imitador, pero se trata del propio primo de Carlisle.

Estupendo.

Esa puta familia parece inmortal.

Dom empieza a hablar sin siquiera permitirse una pausa para respirar, nos cuenta los detalles tan cabreado, que por un momento temo que le dé algo. Pongo mi mano sobre su hombro para tranquilizarlo.

Se ve que yo no era el único que guardaba secretos: Carlisle también escondía un as bajo la manga.

Nunca hubo noticias de que su tío tuviera descendencia, pero poco importa. Acabaremos con él igual que con su primo. Esta vez sin calma, sin esperar. Cada minuto cuenta si queremos salvar a quienes tenga retenidos, si es que le ha dado tiempo de hacerlo.

Dom me entrega una carpeta con todo lo que necesito ver y me hace una seña para que lo siga al despacho. Evelyn se queda quieta, parece tan desconcertada como yo: todos creímos que Carlisle estaba solo. Todo lo que descubrimos al acabar con su imperio fueron nombres de socios muertos, sin parentesco alguno.

Esto no encaja.

Algo se me escapa.

Y a mí nunca se me escapa nada.

No solo resulta demasiado conveniente que, tras su muerte, aparezca de repente el candidato perfecto para reemplazarlo, sino que además no me lo creo. Si de verdad fuese su primo, lo

habríamos sabido hace años. Investigamos a todos y cada uno de sus familiares con vida, y ninguno estaba metido en la mafia; únicamente por eso no fuimos a por ellos para vengarnos: eran inocentes.

Algunos eran parientes lejanos, pero según lo que Dom ha dicho, se trata del hijo de su tío, el mismo que se encargó del imperio hasta el día de su muerte, delegando entonces el mando en Carlisle.

Lo que no encaja es: si tenía un hijo, ¿por qué dejar el poder en manos de su sobrino en lugar de su propio heredero?

—Pequeña —la llamo al darme cuenta de que también le está dando vueltas al asunto—, ¿qué te parece si vas con Annie a ver vuestra serie mientras Dom y yo averiguamos qué está pasando? Seguro que te vendrá bien desconectar; han sido días intensos.

Insiste en que su deber es venir a ayudarnos, pero es que ella no tiene ningún deber, solo quiero que esté tranquila y sea feliz. Así que tras asegurarle que nosotros nos ocuparemos de la situación y que todo irá bien, accede y llama a Annie para pasar un rato con ella.

Eso me dará el tiempo que necesito para hablar con Dom.

No sé qué está ocurriendo, pero tengo claro que debemos llegar al fondo del asunto antes de actuar.

La acompaño a la habitación y Annie llega con una bolsa de palomitas y un gesto teatral de salvadora. Evie se deja llevar con esa facilidad que tiene para entregar sus defensas a quien le ofrece comida. En el salón, se lo dejo todo preparado, las luces son bajas; la televisión proyecta la serie con una calidez que contrasta con la frialdad de todo lo que hay fuera.

—Puedo hacer chocolate caliente —ofrece Annie—. Y si eso no sirve, siempre quedan maratones de cotilleos.

Mientras tanto, en la televisión, el tal Klaus le arranca el corazón a un tío, y por alguna retorcida razón, esto provoca una carcajada en las dos. Es un paréntesis efímero pero precioso. Me doy la vuelta y camino hacia el despacho, donde me espera Dom.

El tiempo se nos acaba, cada minuto cuenta si queremos exterminar la puta plaga que representa esa familia.

Cuando me siento enfrente de él, abro el informe que me entregó antes, impaciente por descubrir qué hay en su interior.

—James Corleone —leo en voz alta—. ¿Se llama igual que el padre de Carlisle?

Tiene que ser una jodida broma.

Una de muy mal gusto.

Dom asiente. Comprendo entonces la estrategia: al llevar el mismo nombre, no nos percatamos de su existencia. Sabíamos que el progenitor de Carlisle estaba muerto y no investigamos demasiado esta posibilidad; pero es que en los archivos no constaba nada sobre un segundo James.

He visto esto antes: familias enteras repitiendo nombres. Generalmente lo hacen para tener un as bajo la manga, cuando se trata de la mafia. Y este es exactamente el ejemplo perfecto.

—Chris, ¿qué vamos a hacer con él? —pregunta Dom, encendiendo un cigarrillo y ofreciéndome otro—. No lleva demasiado tiempo ejerciendo de carcelero. El equipo y yo calculamos que debe tener unas diez víctimas según sus últimos movimientos, y no creo que le haya dado tiempo a vender a ninguna… al menos no por ahora.

Asiento, algo aliviado, pero soy consciente de que la situación podría cambiar en cualquier momento. Basta con que aparezca un comprador y todo se complicaría: necesitaríamos mantenerlo con vida hasta descubrir el paradero de sus víctimas. Por ahora juega con desventaja, pero debemos ser rápidos si no queremos que eso cambie.

—Vamos a despellejarlo vivo.

Su sentencia estaba escrita en cuanto se cruzó en mi camino.

Y su próxima reunión familiar será en el infierno.

CAPÍTULO 18
EVELYN



A pesar de mi preocupación por las últimas novedades, disfruto enormemente de estar con Annie. Decido pausar la serie y contarle que Christian está dispuesto a asistir a alguna sesión de terapia para acercarse más a Lydia.

La noticia le provoca una felicidad inesperada, tan genuina que me desarma. Enseguida me apresuro a pedirle que no se lo comente con nadie: sé que no me corresponde hablar de ello, y por eso acordamos mantenerlo en secreto hasta que sea Christian quien decida informarla de que pasado mañana tendrán su primera sesión, pero es que necesito conocer su opinión profesional acerca de todo esto.

Annie me mira con una seriedad que pocas veces le he visto.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? —pregunta—. No solo es un paso hacia Lydia… también es un paso hacia él mismo. A veces pienso que Christian carga tanto con su propia historia que se olvida de respirar.

Su voz se quiebra apenas un instante, como si también a ella le doliera verlo luchar en silencio. La conozco lo suficiente para saber que esa vulnerabilidad es rara; suelo ser yo quien se rompe delante de ella. Esta vez, en cambio, es Annie quien necesita que la abracen. Y lo hago, porque sé que guarda sus miedos en lo más hondo, como si proteger los de los demás significara ocultar los suyos.

—Creo que es lo mejor, y me alegro muchísimo, aunque requerirá esfuerzo por parte de ambos—confiesa—. Siempre supe que, si la encontraban, el camino sería difícil, pero sinceramente jamás imaginé que las cosas se torcerían de este modo.

Le doy la razón. Yo tampoco me esperaba una situación como esta, pero debo admitir que prefiero que la haya encontrado, aunque le duela. No quiero ni pensar en lo que habría sido de él, o de nosotros, si no lo hubiese hecho. Probablemente se habría vuelto paranoico y despiadado hasta el acabar consigo mismo, con tal de dar con ella.

Al menos ahora sabemos que Lydia está viva. Lo único que falta es que ambos logren recuperar, aunque sea un destello, de su vínculo de madre e hijo.

Vuelvo a darle al play, dispuestas a devorar otra temporada de nuestra serie. Cuando nos concentramos en ello nadie consigue despegarnos del sillón: somos capaces de ver un sinfín de capítulos en un solo día. Tras muchas horas, hacemos una única pausa para preparar una ensalada con nueces y enseguida retomamos nuestro ritual.

Me encanta pasar tiempo con ella; siempre encontramos la manera de reírnos y de entendernos a la perfección. Cuando estoy triste, Annie sabe arrancarme una sonrisa, y cuando es ella la que decae, no la dejo en paz hasta que se desahoga conmigo.

Christian tomó una decisión brillante al pedirle que cuidara de mí.

Nos complementamos tan bien que nos hemos convertido en verdaderas amigas, algo que él también nota. No parece sorprenderse cuando entra por la puerta y nos encuentra embobadas frente al televisor.

—Sois conscientes de que son las diez de la noche, ¿verdad? —dice entre risas, señalando el reloj.

Nos miramos y abrimos los ojos como dos niñas pilladas in fraganti. El día se nos ha escapado sin darnos cuenta. Annie se

disculpa antes de marcharse y Christian le agradece haberme acompañado en su ausencia.

No sé al cien por cien cómo era su relación antes de que yo llegara, pero por la sorpresa que aún se refleja en ella cada vez que él es amable, imagino que no tenían demasiado contacto. Recuerdo que me confesó que le imponía miedo, como al resto del personal. Sé, sin embargo, que eso ya pertenece al pasado.

Christian se deja caer en el sofá, agotado, y durante unos minutos solo nos dedicamos a mirarnos sin decir nada. La televisión sigue encendida, pero lo que me atrapa es la manera en que él pasa una mano por su rostro, como si quisiera borrarse el cansancio con un simple gesto. Me acerco y me siento sobre sus rodillas; él apoya la frente en mi clavícula y su respiración cálida me acaricia la piel.

—A veces me pregunto cómo haría todo esto sin ti —murmura contra mi cuello.

Le respondo acariciándole el cabello, sabiendo que lo dice en serio, aunque sé que lo haría genial de todas formas. Por unos segundos, lo que tenemos se siente casi normal. Dos personas que solo quieren vivir sin guerras.

—¿Cómo ha ido la reunión con Dominic? —me intereso mientras me levanto y recojo el desastre del salón—. ¿Ya sabéis qué vais a hacer?

Cabecea de arriba abajo mientras me ayuda. No parece molestarle ni el caos que hemos dejado ni que Annie se sienta tan cómoda conmigo. Ha dejado de tratarla como parte del servicio y ha empezado a verla como lo que es: mi mejor amiga.

Estoy convencida de que pronto descubrirá todo su potencial en las sesiones de terapia; cuando lo haga, sabrá que tiene un don para escuchar y sanar a los demás.

—Ponte aún más guapa de lo que ya estás, reina —me pide, con esa mezcla de autoridad y deseo que siempre me enciende—. Vamos a cenar fuera y te contaré lo que sabemos.

La idea me seduce de inmediato. Dejo que él termine de recoger mientras me doy una ducha rápida y elijo qué ponerme.

Veinte minutos después sonrío frente al espejo, satisfecha con lo que veo. He recogido mi cabello en una coleta pulida que resalta la espalda descubierta del vestido granate que escogí. Las joyas plateadas que adornan mis manos hacen destacar la manicura francesa y aportan un toque sofisticado.

Cuando salgo, el salón parece otro. No queda rastro de lo que hemos comido, las mantas están dobladas y todo luce impecable. Si alguien le hiciera una foto ahora, podría aparecer en cualquier revista de decoración.

No me sorprende ver que, además de haber recogido todo, ha tenido tiempo de subir a su habitación y cambiarse el traje. Ha escogido uno negro y una camisa del mismo tono que mi vestido, así que, sin proponérnoslo, vamos perfectamente combinados.

—¿Me has estado espiando o simplemente te apetecía ponerte ese color? —pregunto, divertida.

Me dedica una sonrisa pícara, me toma la mano y besa el dorso con una delicadeza que me eriza la piel.

—No sé, reina —me provoca—. ¿Has elegido ese color porque sabes que me vuelve loco o porque fue lo primero que viste en el armario?

No le respondo; mi silencio lo interpreta como una victoria mientras nos dirigimos al ascensor. Al cruzar la puerta del restaurante, la vista de la mesa se me pega al pecho. En el centro hay un ramo precioso, pero algo en él me desconcierta: todas las rosas son negras y solo hay una, única, blanca entre ellas. Es un contraste que invierte los colores habituales y me deja una sensación extraña, como si el gesto llevara un mensaje que aún no alcanzo a descifrar.

Me acerco en pasos rápidos para aspirar su aroma; el perfume, intenso y terroso, me envuelve.

—Nunca me cansaré de verte sonreír —dice, apartando la silla para que me siente—. Por ver esa expresión compraría la floristería entera.

Sigo oliendo las flores hasta que el camarero se acerca; obligada, aparto el ramo para saludarle. Sonríe al ver lo feliz que estoy y, mientras me reincorporo, me doy cuenta de que estar con Christian es una mezcla de sorpresa y seguridad: nunca sé con qué me va a sorprender, y eso lo convierte en un peligro exquisito. Pero siempre sé que estoy a salvo.

Lo de las rosas es algo habitual en nuestra relación, a veces lo hace por un motivo señalado; otras, simplemente porque le apetece.

Pide por los dos algo cuyo nombre ni siquiera sé pronunciar y cuando los platos llegan el olor a marisco me invade por completo. El primer bocado es gloria. Por un instante me abandono al placer de la comida, pero enseguida recuerdo por qué estamos aquí y la curiosidad aprieta.

—Cuéntame —le insto—. ¿Qué tenéis pensado?

Se lleva la copa de vino a los labios antes de hablar; se le oscurece la mirada al observarme tragar saliva con dificultad, viéndolo bajo la luz de las velas.

—Dominic y Jack van a secuestrarlo —me informa con decisión—. No saldrá vivo si su plan es traficar con inocentes, si a eso te refieres. Queremos asegurarnos de que no quedan más miembros de la familia que desconocemos; por eso lo interrogaremos hasta que sepamos si es así.

La boca se me queda seca, pero esta vez, es por un motivo completamente distinto. Conozco de sobra la podredumbre que anida en ese tipo de familia: cuando crees que han desaparecido, siempre aparecen nuevas manos sucias.

Me cuesta acostumbrarme a tanta violencia. A veces, cuando Christian vuelve a la cama con las manos cubiertas de sangre, un miedo helado me atraviesa. Suele jugar con ventaja; es frío, eficaz y sabe muy bien lo que hace.

Pero estas guerras tienen precio: pueden costarle la vida.

Aunque no lo diga en voz alta, la preocupación me acompaña cada vez que pienso en lo que podría suceder si las cosas se torcieran.

Me enorgullece aquello por lo que luchamos, sin embargo, el miedo de perderlo crece cada día. Sé que la intensidad sólo aumentará con cada operación, porque esa gente no tiene escrúpulos: no reflexionan sobre el bien o el mal antes de actuar.

Hieren por placer.

Son impredecibles.

CAPÍTULO 19
CHRISTIAN



El motivo por el que he invitado a Evie a cenar no es solo contarle lo que hemos descubierto y nuestros planes; además, quiero consultarle qué le parece la idea de dejar mi puesto en Águila Negra y empezar juntos una vida de verdad. Me encantaría que le hiciera ilusión.

Es una decisión difícil y sé lo que conlleva: mi equipo no se lo espera, pero jamás dejaré de trabajar en la sombra.

Delegaré el puesto en la persona más competente de la organización. Dom y yo llevamos toda la vida juntos; siempre hablamos de que, si algún día me pasaba algo, él sería el encargado. Sin embargo, contra lo que pensábamos, no me ha pasado nada negativo: ha ocurrido justo lo contrario.

Soy plenamente consciente de que nadie esperaba que yo me enamorara; ni siquiera supe gestionar mis sentimientos al principio porque no los reconocía. Pero así ha sido. No se me ocurre mejor decisión que centrarme en el amor de mi vida.

—Cuando los chicos lo traigan al sótano —prosigo, poniéndola al corriente de nuestros planes—, no seré yo quien le haga daño. Aunque eso se me da de maravilla, esta vez será distinto: mientras Jack lo golpea, yo lo manipularé con información para que nos dé lo que queremos.

Asiente; comprende que ahora es diferente. Por suerte, aún no hay víctimas y esta vez Evie no tendrá que verse envuelta en la violencia, aunque está más que preparada, no la expondré a ningún peligro, nunca más.

—¿Cuál es mi papel esta vez? —pregunta con una curiosidad que me enternece.

Veo cómo sus dedos se entrelazan sobre la copa, apretándola con fuerza como si temiera que se le escapara. Es inevitable que regrese a mi memoria la imagen de su rostro aquella noche: la sangre en sus manos, sus ojos abiertos de par en par, la respiración entrecortada por el pánico.

Yo estaba allí, y aun así no pude evitar que el horror la rozara.

Ahora no pienso repetir el error.

Si tiene que formar parte de esto, será desde un lugar seguro, protegido por mí y por todos.

Por supuesto, aunque no la pondremos en peligro, sí necesitamos su colaboración.

Solo ella sería capaz de encontrar algo valioso donde los demás ven lo común. Cuando Dom me propuso la idea, automáticamente dije que sí: es brillante. Admito que no se me había ocurrido algo tan simple y, al mismo tiempo, tan eficaz.

—Como sabes, pequeña, su mera existencia era algo que desconocíamos —le recuerdo—. Dom te dará acceso a sus dispositivos y tendrás que investigarlos a fondo. El objetivo es comprobar si hay más familiares ocultos implicados en el tráfico de personas o con intenciones de hacerlo: contactos, mensajes, correos…

Lo entiende perfectamente y, al percibir que esta vez no estará expuesta a la violencia física, se muestra entusiasmada por participar. Con tiempo y esfuerzo podría hacerlo Dom, pero lo mejor de ser equipo es saber delegar: a cada uno se le da mejor una cosa u otra. A Evie se le da especialmente bien conseguir lo que está

fuera del alcance de la mayoría; si en su teléfono u ordenador hay algo que debamos saber, ella lo encontrará.

He decidido manipularle con palabras y no con golpes por una razón sencilla. Aunque Dom se gana la vida con las manos, no hay nada que le guste más que desahogarse con tipos como ese de vez en cuando. No me lo dice, pero sé que la presión le ahoga; a veces dejo que sea él quien los torture para que suelte su frustración a través de la violencia. Jack y Lion son expertos en secuestrar a quien haga falta, Dom se encargará de machacarlo físicamente y de conseguir todos los dispositivos que Evie revisará.

Y yo lo destruiré mentalmente, hasta que no quede nada de su podrida existencia.

Es un plan perfecto, sobre todo porque actuamos como uno, valorando cada pieza del equipo.

Siento un sudor frío en la nuca; los nervios se me enredan en la garganta. Sé que lo que propongo es un paso enorme: cambiará nuestras vidas para siempre. No más robos, ni misiones, ni peligro. Tengo suficiente capital como para mantenernos durante tres vidas. Soy un hombre de pies en la tierra y siempre he sido conservador con mis fondos; nunca sabes dónde acabas. No me sorprendería que Evie quisiera seguir trabajando —sé que es fuerte y que se esfuerza por sacar sus castañas del fuego—, pero me encantaría poder cuidarla para siempre, si es lo que ella desea.

—Tengo que proponerte algo —digo con una sonrisa nerviosa; noto cómo las palabras me acarician la lengua—. Lo que te dije en casa de tus padres era verdad: me gustaría empezar una vida contigo. Si te parece bien, esta será nuestra última misión.

Le cuesta no escupirme el vino encima del traje cuando se atraganta al oír mis palabras. Sin embargo, una ola de alivio me recorre el cuerpo al verla sonreír de oreja a oreja, como si lo que acabo de decir le iluminara la vida.

—¿Vamos a dejar la organización? —pregunta, con un matiz de pena en la voz—. A ver, no me malinterpretes: claro que me

encantaría, pero no quiero que renuncies a todo lo que has construido por mí. Esa gente inocente sigue necesitando a personas como tú.

Joder, es adorable.

Incluso en un momento como este piensa antes en los demás que en sí misma. Me enternece comprobar hasta qué punto es capaz de empatizar, y por eso lo había pensado todo antes de proponérselo: sabía que no aceptaría sin asegurarse primero de que no dejaríamos de luchar por quienes lo necesitan.

—Empiezo a creer que te conozco más de lo que pensaba, reina —la provoco con una sonrisa—. Ya lo había contemplado: no dejaré de trabajar del todo, simplemente me encargaré de coordinar las misiones y seré consejero de Dom, que ocupará mi puesto cuando me marche. Siempre seremos parte de esto, pero quiero priorizar, por una vez, mi propia felicidad. Y mi felicidad está a tu lado.

Levanta su copa, invitándome a hacer lo mismo. La imito.

—Brindemos entonces —propone—, porque siendo así, mi respuesta es sí. Me encantaría empezar una vida junto a ti, Christian.

Durante un instante me limito a mirarla, grabando en mi memoria cada detalle: el brillo de sus ojos húmedos de emoción, el temblor apenas perceptible en sus labios, la forma en que aprieta mi mano con fuerza, como si temiera que esto fuera un sueño del que podría despertar. No digo nada; no hacen falta palabras. Ella es mi respuesta, mi certeza.

—No tienes idea de cuánto te necesito —susurro, y en su rostro aparece esa mezcla de ternura y deseo que me desarma por completo.

Brindamos con rapidez. No me lo pienso: me levanto de la silla, la tomo en brazos y, como ya hemos terminado de cenar, me la llevo a la habitación. No olvido coger su ramo de rosas antes de irnos. Nuestros labios se buscan con una avidez tan intensa que terminamos con la boca hinchada de tanto besarnos.

—Eres perfecta —murmuro, repartiendo besos ardientes por toda su piel.

Mis manos ascienden lentamente por su espalda; siento el calor vibrante de su piel bajo mis dedos y deseo tocarla en cada rincón. La libero con rapidez del vestido y de la ropa interior. Mi mano recorre su muslo, acariciando la piel erizada bajo mi contacto.

—Absolutamente perfecta, y jodidamente mía.

Mi boca se une a la suya y desciendo en un camino de besos desde el cuello hasta el hombro. Me deleito en cada parte de ella; su gemido me estremece de placer, porque no necesita hacer nada para resultarme fascinante.

Aún vestido, retiro mis manos solo lo justo para deshacerme de la camisa. Mis ojos, encendidos de deseo, se clavan en su rostro. Cuando la alzo y sus piernas me rodean las caderas, camino hasta la cama sin dejar de devorarla con la mirada. La agonía de sentir su cuerpo separarse del mío un instante —para que me quite los pantalones— me hace comprender hasta qué punto la necesito.

Nunca la había deseado tanto como ahora. Saber que quiere compartir su vida conmigo, que tendremos días y noches juntos, me enloquece. No pienso echarme atrás. Esto no es un capricho: es lo que quiero, lo que necesito. Quiero compartir todo lo que soy con ella sin miedo, porque la he estado esperando toda mi vida.

Ella es mi principio y mi final.

—Te crearon para ser mi luz en la oscuridad —sentencio, con voz ronca.

Su corazón late desbocado, su respiración se acelera. De pronto, lo que era caricia lenta se transforma en un deseo salvaje. Rompo la distancia y me hundo en ella con la urgencia de un adicto. Es mi droga, y jamás tengo suficiente.

CAPÍTULO 20
EVELYN



La intensidad de sus movimientos me arrastra al borde de la locura. Me pierdo en una espiral de gemidos y placer que amenaza con consumirme por completo, como si cada embestida arrancase pedazos de cordura y los lanzara al vacío. Mis uñas se clavan en su espalda, incapaz de contenerme, buscando anclarme a él mientras me deshago.

Mudarme con él y dejar atrás la organización es tan precipitado como tentador. Claro que me preocupaba su seguridad, pero jamás le habría pedido que abandonase todo lo que ha construido. Lo que han conseguido aquí es admirable, y yo no podría cargar con la culpa de arrebatarle ese legado. Sin embargo, ahora, en este instante, todo parece perfecto. Todo lo demás se borra. Solo estamos él y yo.

Su boca se desliza hasta mi cuello de nuevo, bajando lentamente, dejando un rastro húmedo y ardiente que me eriza la piel. Cuando atrapa uno de mis pezones entre sus labios y lo succiona con fuerza, un gemido desgarrador me escapa sin control. La lengua lo acaricia en círculos, y la mezcla de dulzura y voracidad me obliga a doblarme hacia atrás, ofreciéndole más. Me muerdo el labio, incapaz de soportar el contraste entre el calor abrasador de su boca y la frialdad del aire que me acaricia la piel humedecida.

—Christian… —jadeo, perdiendo el hilo de cualquier pensamiento.

Él sonríe contra mi pecho, complacido, y muerde con suavidad antes de volver a penetrarme de golpe, haciéndome gritar. La brutalidad de su embestida choca con la ternura de sus caricias, y esa dualidad me enloquece. Cada vez que se mueve dentro de mí, siento cómo enloquezco un poco más, cómo mi cuerpo se rinde sin condiciones.

—Te quiero —confieso entre gemidos ahogados por sus embestidas, con la voz temblorosa.

Mi declaración lo enciende. Sus movimientos se vuelven más urgentes, más profundos, hasta que ninguno de los dos puede resistirlo más. Me aferro a sus hombros mientras me sacude con cada empujón, y nos dejamos llevar, perdiéndonos el uno en el otro, saboreando cada estremecimiento como si fuese el último. El orgasmo me arrastra con una violencia deliciosa, y mis gritos se mezclan con sus gruñidos, creando una sinfonía rota y salvaje.

Se queda dentro de mí unos segundos más, temblando, hasta que con un suspiro entrecortado se aparta con cuidado. Su frente descansa contra la mía, y siento sus labios recorriendo mi pecho como si se negase a soltarme del todo.

—Joder, amor… —murmura al salir de mí con cuidado—. Se supone que debería acostumbrarme con el tiempo a lo increíble que es estar contigo, pero cada vez parece mejor, te quiero tanto…

Sonrío tímida ante sus palabras. Me aferro a la sábana y cubro mi cuerpo, buscando en su calor el consuelo que me arrebata la ausencia del suyo. Entre nosotros todo fluye con una naturalidad inquietante a pesar de cualquier adversidad, como si el destino se empeñase en que lo nuestro debía ser inevitable. A veces me sorprendo repasando mentalmente cada paso que nos ha traído hasta aquí, y me invade la certeza de que no podría concebir un futuro en el que no despierte a su lado cada mañana.

Hemos convivido meses en el hotel, y sé que podremos hacerlo en cualquier parte, pero aun así siento ese nudo nervioso en el estómago.

Sé que se avecinan grandes cambios.

Organizar juntos un hogar será un proyecto precioso: discutir detalles insignificantes como la decoración, decidir dónde colocar cada cosa, y al final, disfrutar del resultado… me hace suspirar.

Me levanto para darme una ducha rápida y me regalo mi pequeño ritual. El agua caliente acaricia mi piel mientras la froto con espuma perfumada a fresas y miel, ese aroma que sé que lo enloquece. Cuando termino, lo encuentro desnudo en mi cama, con el ordenador apoyado sobre las piernas, revisando archivos con un aire de tranquila posesión.

—Podría acostumbrarme a esto —le digo divertida—, a verte trabajar desde la cama mientras me acurruco contigo, y desnudo…

Una risa suave se escapa de sus labios. Golpea el colchón con la mano, invitándome a cumplir lo que acabo de insinuar, y obedezco sin pensarlo.

Pasamos horas hablando de lo que ocurrirá mañana. Los chicos ya están listos para ir a por James. Actuarán de madrugada, aprovechando el factor sorpresa. Sé que, cuando despierte, Christian estará en el sótano preparando todo. Y sé también lo que pasará allí abajo.

El dolor.

La tortura.

Los gritos

La sangre.

Lo merece, cada segundo de violencia que reciba. Aun así, prefiero mantenerme al margen. No es lo mío. Sé defenderme, sí, pero frente a tanta sangre me bloqueo, incapaz de moverme.

Recuerdo la última vez que entré en ese lugar, cuando saqué a Lydia de allí y pedí a Dominic que hiciera lo mismo con Christian, el suelo estaba cubierto por la sangre de Carlisle. Fingí fortaleza, pero por dentro se me revolvía todo. Me afecta más de lo que quiero reconocer, y esa debilidad me enfurece.

Por eso agradezco tener mi propio papel en esta misión: algo rápido, eficaz, limpio. No me llevará más de un par de horas, y con ello sabremos exactamente a qué nos enfrentamos. Una parte de mí está convencida de que James es el único que queda. Si hubiese más, ya habrían movido ficha tras la caída de Carlisle. Nadie lo hizo. Todo apunta a que solo es un acomplejado que no soportó quedarse sin un puesto que cree suyo. Y ahora, tras la muerte de los únicos que podían robarle el puesto, pretende reclamar un trono para el que no está preparado.

Pero se equivoca. No tiene la astucia ni la experiencia. Su propio padre lo sabía, por eso nunca delegó en él. Dominic lo detectó en la ciudad en menos de veinticuatro horas, y hasta ahora no ha conseguido ni un comprador para las víctimas que intenta reclutar.

Errores de principiante.

Torpeza envuelta en crueldad.

Y si logramos acabar con Carlisle, James será pan comido.

Tras programar una alarma para desearles suerte a los chicos, ambos caemos rendidos. Duermo tan profundamente que ni siquiera noto cuando Christian se levanta para bajar al sótano. Sé que probablemente él no ha descansado como yo. Aunque confíe ciegamente en ellos, le cuesta mantenerse al margen. Y si de verdad pretende dejar este mundo, tendrá que aprender a hacerlo: a recibir informes o llamadas en lugar de sumergirse en las misiones.

Solo reparo en su ausencia cuando el despertador me arranca del sueño profundo y me recuerda por qué lo había puesto. Apenas son las cinco de la mañana, pero estoy segura de que todo el hotel está en vilo por la misión de hoy. Lo único que deseo es que sea rápida; mañana llega Lydia a su primera sesión de terapia familiar, y no soportaría que la pospusieran después de lo mucho que le costó a Christian dar ese paso.

—¿Dominic? —murmuro, frotándome los ojos, al escuchar el ruido de su chaqueta cerrándose, señal inequívoca de que ya están a punto de salir—. Solo quería desearos suerte. Todo saldrá bien.

Él ríe por lo bajo y me da las gracias. Nos reímos juntos cuando me pide que, por favor, mantenga a Christian tranquilo. Le prometo que no dejaré que pierda la cabeza con esto. Coincidimos en que, una vez que James esté aquí, eso será mucho más complicado.

Colgamos, pero los nervios no me permiten volver a dormir. Me pongo unas mallas deportivas y un top ajustado antes de refugiarme en el gimnasio de mi habitación. Últimamente lo he usado más que nunca cuando estoy sola; he descubierto que entrenar me ayuda a contener el estrés que me carcome por dentro y, sobre todo, a desconectar de todo lo que ocurre aquí.

Mis entrenamientos privados siguen disponibles, pero no he querido recurrir a ellos. Prefiero la calma de mis propios ritmos, esos ratos en soledad que me devuelven perspectiva. La necesito. Hay demasiadas cosas en mi cabeza, demasiadas decisiones que empiezan a pesarme.

Subo a la cinta de correr y, sin darme cuenta, voy aumentando la velocidad.

Cada gota de sudor que resbala por mi piel arrastra un pensamiento oscuro.

¿Y si falla el plan?

¿Y si James consigue girar la partida a su favor?

¿Y si Christian no logra desprenderse nunca de ese mundo?

Aprieto los puños, sincronizando mi respiración con los pasos, como si pudiera correr más rápido que mis propios miedos.

La adrenalina se apodera de mí, me arde en las venas, y un grito de euforia se escapa de mi garganta antes incluso de que lo piense.

Y entonces, un único pensamiento me golpea con fuerza:

¿Cómo se sentirá Christian ante todos estos cambios que se avecinan?

¿Serán capaces de hacerle feliz?

Joder, son demasiadas preguntas.

CAPÍTULO 21
CHRISTIAN



La adrenalina y la incertidumbre se agolpan en el pecho con cada vez más fuerza. No estoy nada acostumbrado a quedarme al margen de las torturas que se ejecutan aquí dentro; normalmente estoy al pie del cañón.

Hoy, tras horas aquí abajo en completa soledad, descubro que confío mucho más en mis chicos de lo que creía.

No dudo de que las cosas saldrán bien: son capaces de llevar a cabo nuestros planes con eficiencia. Mientras preparo las cadenas con las que ataremos a James, me invade una punzada de nostalgia que no esperaba.

Pensé que mis días acabarían en Águila Negra. Si soy honesto, nunca imaginé que una mujer pudiera hacerme querer renunciar a todo.

Pero es que no creía posible que alguien como Evie existiera en la faz de la tierra.

Me considero afortunado por haberla encontrado.

Llegué a creer que el amor no era para mí y ahora, por primera vez, me planteo la posibilidad de ser padre algún día, pero solo en mi cabeza, ya que no es un tema que trate a menudo; sé que Evie lo intuye, pero no me presiona, y eso lo agradezco.

Contra todo pronóstico, tengo ganas de ver cómo evoluciona la terapia con mi madre. Si consigo sanar parte de mis demonios,

podré deshacerme de algunos traumas: esos que me manipulan y me convencen de que si le diera hijos al amor de mi vida la condenaría a la miseria de la que yo vengo. Algo dentro de mí pelea con uñas y dientes para demostrar que no seré como mi padre, que jamás abandonaré a mis hijos como hizo mi madre. Pero esa lucha no es equitativa: por culpa de quienes más tendrían que haberme cuidado, tengo miedo de no ser capaz de cuidar de nadie.

Y joder, quiero cuidar de ella hasta mi último aliento.

Quiero hacerla feliz.

Darle la familia que se merece.

Dárselo todo.

Me sorprende lo fácil que es arrastrar cadenas invisibles, más pesadas que las de acero que ahora mismo estoy colocando por el sótano. A veces siento que la sangre que corre por mis venas no es mía, sino un veneno heredado que me recuerda a cada segundo que soy hijo de quienes más me fallaron. Y, sin embargo, cuando Evie me sonríe, todo ese veneno se disipa por un instante.

Si ella cree en mí, ¿cómo no voy a intentar creer yo también?

Pienso en todo esto mientras termino de preparar el espacio de tortura. Miro el reloj: llevo ya dos horas aquí. Me dispongo a subir para despertar a Evie. Cuando la dejé en la cama esta madrugada, dormía con la paz de un ángel; tuve ganas de arrancarle las sábanas y convertirla en mi demonio, pero sabía que, si me perdía en ella, no podría parar, y no puedo fallarle a mi equipo.

Subo por las escaleras evitando el ascensor para no cruzarme con el personal —no quiero distracciones— y me pregunto si será buena idea despertarla o si debería dejarla descansar un rato más, ya que últimamente las pesadillas no la atacan con tanto ímpetu. Cuando por fin estoy ante la puerta entro con rapidez y siento el calor reconfortante que me proporciona saber que está aquí. Siempre que tengo un mal día me basta con mirarla a los ojos para creer que todo irá bien. Pero ahora, aún que la siento, no lo veo por aquí.

La preocupación crece: no la encuentro en el baño, ni en la cocina; no hay rastro suyo en el salón. Un sudor frío me recorre la espalda. La idea absurda de que algo pudiera haberle pasado se clava en mi pecho como un cuchillo.

No soporto la incertidumbre; mi mente me traiciona con imágenes fugaces de ella desaparecida, herida, incluso muerta. Me obligo a sacudir la cabeza, a recordar que estoy en nuestra propia casa y que Evie sabe defenderse mejor que nadie. Aun así, la angustia me empuja a buscarla como si cada segundo de demora pudiera costarnos la vida.

Llamo a Annie por si hubieran ido a desayunar juntas, pero ella tampoco sabe dónde está y me aconseja que vaya al gimnasio: últimamente Evie está usando más ese espacio. Abro la puerta con el pulso acelerado y la veo de espaldas, golpeando el saco de boxeo con una rabia y una fuerza que nunca le había visto.

Calmo a Annie con un mensaje rápido para agradecerle la pista y me quedo quieto, embobado, observando a mi chica. Ni siquiera repara en mi presencia, lo que me permite disfrutar de su silueta con toda la atención posible. Con orgullo la veo moverse, disfruto de apreciar como cada musculo se tensa y se suelta con precisión; la respiración le marca el ritmo. Siento el calor de la excitación recorrerme el cuerpo.

El pequeño top deportivo se le pega al cuerpo como una segunda piel, revelando cada línea de su espalda y el contorno de sus músculos. El sudor resbala por su cuello, bajando lento, y tengo que contener el impulso de lamerlo. Esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad me resulta insoportable: verla tan feroz me enciende, pero también me recuerda que nunca dejará de ser mi talón de Aquiles.

A veces me pregunto adónde se va su mente en estos estados: si busca evadirse de la realidad o si usa el entrenamiento como vía de escape. Recuerdo con claridad los golpes que yo he asestado a malnacidos para evadirme de problemas personales, y espero —con

un miedo y una esperanza que se entrelazan— que ella golpee para sentirse fuerte, no para huir de algo.

Me acerco sigiloso a su cuerpo y le acaricio el hombro con la yema de los dedos. Sus movimientos se ralentizan, pero no se detiene; aun sabiendo que estoy aquí, sigue concentrada en el saco, sin apartar la mirada ni un segundo. Solo cuando me planto frente a ella y lo sujeto con una mano, se permite esbozar una sonrisa.

Veo sus mejillas sonrojarse y mi miembro protesta en respuesta, queriendo ser él quien le robe el aliento.

—¿Quieres intercambiarle el sitio o qué? —propone divertida, señalando el saco que sostengo.

La desafío con la mirada antes de cogerla en volandas y llevarla hacia la ducha. Aunque me encantaría enfrentarme a ella, hoy no estoy de humor para derrotas. Y viendo la rabia que ha descargado sobre ese saco, sé que me costaría más de lo que estoy dispuesto a admitir.

A quién quiero engañar… probablemente la dejaría ganar, aunque deteste perder.

Patalea con fuerza mientras su risa resuena en el baño. Abro el grifo y el agua helada nos empapa a ambos. Ella se retuerce al primer impacto, pero pronto el calor se adueña de nosotros. Aprovecho para atrapar sus labios con los míos y demostrarle que, al menos aquí, he ganado yo.

—Eres un capullo —se queja entre risas, mientras me deshago de su diminuto conjunto deportivo—. ¿Quieres que coja una pulmonía o qué?

Reímos los dos. Me deshago de los pantalones —la única prenda que me quedaba además de la ropa interior— y tomo su champú para masajearle el cabello con calma, disfrutando de cada gesto.

—Bueno —susurro en su cuello—, siempre puedo ser yo quien te caliente.

El rubor se extiende de nuevo por sus mejillas. Una sonrisa de suficiencia se dibuja en mi rostro; me encanta verla reaccionar así, me hace sentir poderoso saber que soy el único capaz de provocarle ese efecto.

Mis manos recorren su espalda con lentitud, siguiendo el camino que dibuja cada gota de agua. La pego contra el cristal empañado de la ducha, atrapándola entre mi cuerpo y el vidrio. Su respiración se acelera, sus pezones se endurecen al entrar en contacto con el frío, y enseguida encuentran consuelo cuando los aprieto entre mis manos.

Cuando rozo su cintura con mis dedos, tiembla como si el agua helada todavía nos golpeara.

Joder, esa es mi chica.

Se gira para mirarme, la intensidad de sus ojos recorre mi cuerpo hasta detenerse en mi erección. Sonríe con satisfacción, orgullosa del poder que también ejerce sobre mí.

—No me quejaría de que seas tú el que me caliente, pero quizá yo pueda hacer lo mismo por ti —asegura mientras se arrodilla ante mí.

Sus labios me envuelven sin previo aviso y un gruñido de frustración y placer escapa de mi garganta. Su lengua se desliza con una maestría feroz, lamiendo desde la base hasta la punta, jugando conmigo como si quisiera volverme completamente loco.

Apoyo las manos en la pared de la ducha para no perder el equilibrio, atrapándola entre mi cuerpo y esta.

—Joder, reina… —exhalo, quebrado—. Eres una puta diosa.

Sus mejillas se ahuecan al succionarme, y mis piernas tiemblan. La sujeto del pelo con fuerza, guiando sus movimientos. Me encuentro completamente satisfecho al comprobar cómo se ahoga sin oponer resistencia, recibiendo todo lo que tengo para darle. pero cuando siento que no voy a aguantar mucho más. Sujeto su empapada barbilla para obligarla a mirarme.

Necesito que vea lo que me provoca.

Sus gemidos apagados contra mí elevan la excitación hasta un punto insoportable. Cuando el orgasmo me consume, quedo inmóvil, incapaz de articular palabra.

—Supongo que yo también quería complacerte —murmura con fingida indiferencia, como si lo que acabara de hacer no fuera lo más alucinante que nadie me ha dado jamás—. Es la primera vez que disfruto tanto satisfaciendo los deseos de otra persona.

Sonríe y lame mis restos de sus labios, lo que me obliga a cogerla del cuello con fuerza antes de apretarla contra mí.

Entiendo perfectamente a qué se refiere. A mí me ocurre lo mismo: mi placer siempre queda eclipsado por la necesidad de verla disfrutar. Cuando logro recomponerme, tiro de su pelo hacia arriba y la beso con una urgencia descontrolada.

Me inclino y atrapo uno de sus pezones entre mis labios. Lo succiono despacio al mismo tiempo que lo muerdo con suavidad, y su gemido reverbera contra el azulejo como un eco pecaminoso. Paso la lengua por el otro, saboreando la mezcla de agua y deseo, y ella arquea la espalda, aferrándose a mis hombros como si fuera a desmoronarse.

El tiempo se nos escapa entre vapores y jadeos. Para cuando me doy cuenta, llevo más de una hora devolviéndole cada caricia, cada gemido, cada estremecimiento. El baño entero se ha convertido en un templo de vapor y deseo.

El incesante zumbido de mi móvil rompe el hechizo. Salto de la ducha para atender la llamada de Dom.

—Joder, tío, por fin —resuena su voz aliviada—. Prepárate, ya tenemos a este hijo de puta. Nos vemos en el hotel.

CAPÍTULO 22
EVELYN



Siempre me había avergonzado mostrar mi lado más salvaje con los hombres. Creía que, si era yo quien tomaba la iniciativa, les resultaría menos atractiva.

Una estupidez, ¿verdad?

Pero eso ha cambiado. Ahora siento la confianza plena de hacer lo que quiero, cuando quiero. Y después de nuestro momento en la ducha, me siento más poderosa que nunca.

El aviso de Dominic nos obliga a vestirnos con urgencia. Entre risas nerviosas, caemos en la cuenta de que nos hemos distraído por completo de la misión, y que casi provocamos que Dominic nos mate por ignorarlo.

Ha sido una imprudencia… pero también divertido, como todo lo que hacemos juntos.

No han pasado ni diez minutos cuando los chicos ya están abajo. El corpulento cuerpo de James se alza frente a nosotros. Aunque lo llevan atado y drogado, basta una mirada para saber que, a diferencia de su primo, habría sido un problema si yo hubiera tenido que enfrentarme a él. El cabello rubio, despeinado por el forcejeo inútil contra lo inevitable, le cubre la mitad del rostro. Jack muestra el labio derecho ensangrentado, prueba evidente de que no se ha rendido sin luchar. Hemos hecho bien en acabar con él: quizá no sea

más astuto que Carlisle, pero sin duda es más fuerte, y si hubiera alcanzado el poder, cazarlo habría sido infinitamente más difícil.

De la furgoneta baja Lion, ileso, al igual que Dominic, y me entrega una bolsa que contiene sus dispositivos electrónicos. Todavía tengo el pelo húmedo, igual que Christian, y cuando los tres lo notan, no pueden evitar mirarnos con complicidad antes de estallar en carcajadas.

No necesitan explicaciones: saben exactamente por qué hemos tardado tanto en contestar.

Me muevo con rapidez hacia el despacho de Christian y coloco sobre la mesa los dos ordenadores y el móvil que debo revisar. Por suerte, durante el trayecto al hotel, Dominic logró liberar los tres de sus contraseñas, lo que facilita mi trabajo de manera considerable.

El estómago se me revuelve.

Encuentro las conversaciones de las últimas veinticuatro horas.

Y se me rompe el corazón.

Múltiples fotos de mujeres desnudas aparecen en pantalla, cada una con un cartel metálico colgado del cuello que indica su precio. Todas miran a la cámara con los ojos vacíos, como si hubieran aceptado que su destino ya estaba decidido.

Joder, esto no puede seguir pasando.

Con rapidez, envío mensajes a todos los interesados cancelando la posible venta. Algunos se quejan, otros lo toman con indiferencia.

Solo una imagen de un niño aparece entre esos chats depravados.

Sus ojos se me antojan inocentes, pero a su vez casi parece que supiera lo que le espera. Esto me rompe el corazón todavía más si cabe, es tan injusto, tan depravado… No hay derecho.

Está vestido, sin embargo, el precio cuelga del cuello del peluchito que sostiene. La sangre se me hiela al leer los mensajes:

«¿Está entero?»

La respuesta de James es afirmativa.

Las lágrimas me nublan los ojos. Un nudo de horror y alivio me atraviesa cuando cancelo también esa transacción. El hombre insiste en reclamar, pero bloqueo el contacto y reenvío todas las imágenes a Lion, difuminando las partes íntimas de las mujeres, por supuesto. Necesito asegurarme de que todos ellos han sido rescatados.

Respiro solo cuando Lion confirma que efectivamente estaban en el sótano del que era el imperio de los Corleone. Entonces continúo la búsqueda de información.

Los archivos corruptos se acumulan y me hierven las venas al comprobar la magnitud de la podredumbre. Esas atrocidades que todos saben que existen, pero de las que pocos se atreven a hablar… ahí están, ordenadas en carpetas, una tras otra.

A punto de vomitar en varias ocasiones por la cantidad de vídeos que guardaba ese cabrón —todos protagonizados por él con mujeres inconscientes—, finalmente encuentro lo que estaba buscando.

Escondida, encuentro una carpeta llamada Corleone.

En ella aparecen datos de todos los miembros de la familia. La mayoría son gente corriente, y en todo el documento se especifica que casi ninguno conoce los crímenes que perpetúan sus propios parientes. Eso me tranquiliza: no quiero que paguen justos por pecadores. Además, James ya no tiene familia directa con vida, todos parecen ser lejanos a su persona, y, conociendo el tipo de hombre que es, dudo que alguien llegue a echarle de menos.

Para mi sorpresa, el último mafioso de esa estirpe está en el sótano de este hotel.

Imaginaba que habría más, o que habría obligado a algún familiar a participar en sus atrocidades, pero no le ha dado tiempo. Solo encuentro algunos correos en los que suplica ayuda a sus parientes, alegando que, tras la trágica muerte de su primo, alguien debía ponerse al frente de la *«empresa familiar»*.

Lo que no me sorprende es descubrir que en esos mensajes les ha mentido a todos.

Les pidió apoyo para una supuesta firma de abogados que ni siquiera existía, citándolos en el mismo edificio donde Carlisle llevaba a cabo sus negocios.

Su intención, probablemente, era reclutar a unos cuantos ingenuos.

El cinismo me produce un asco insoportable. Imagino a esos familiares —algunos seguramente con trabajos corrientes, vidas anónimas, hijos pequeños— creyendo que estaban ayudando a un pariente en apuros, sin sospechar que en realidad respaldaban un infierno de sangre y cuerpos rotos. Esa contradicción me golpea fuerte: la línea que separa la inocencia de la complicidad a veces es demasiado fina.

Con rapidez redacto un nuevo correo en nombre de James, en el que anuncio el cierre definitivo de la empresa. Me disculpo por las molestias y añado que se ausentará de la ciudad durante un tiempo para rehacer su vida, lejos del trabajo que le recuerda la ausencia de su padre, su tío y su primo.

Las respuestas llegan enseguida. Su inocencia me enternece cuando, sin sospechar nada, le envían palabras de aliento y promesas de apoyo si algún día decide regresar.

Anoto en un papel los nombres y apellidos de todos los familiares que siguen con vida. Se lo entregaré a los chicos para que los vigilen, por si a alguno se le ocurre continuar con el legado.

Tras horas de trabajo, finalmente me siento satisfecha: al menos por ahora no queda nada de qué preocuparse, y cuando se encarguen de él, podremos estar tranquilos respecto a los Corleone.

Me sirvo una copa del bourbon que Christian guarda sobre la mesa, esperando que terminen lo que han empezado para brindar por las buenas noticias. No pasa mucho tiempo antes de que Dominic aparezca con las manos y la camisa manchadas de sangre, aunque sin heridas visibles.

Esa sangre no es suya.

Y el alivio me atraviesa de inmediato.

—Está hecho —confirma con una sonrisa de suficiencia—. Que sepamos, no queda nadie más de su familia relacionado con la mafia. Y si lo hay, se ha llevado el secreto a la tumba.

Mi entusiasmo es palpable. Saber que ese hombre está muerto, después de las atrocidades que cometió y de las que planeaba cometer, me impide sentir el más mínimo ápice de empatía.

—No queda nadie —digo mientras le paso la lista que he elaborado—. Su familia cree que todo era una empresa de abogados. Ya me he encargado de que no vuelvan a preocuparse por James, y hemos hecho bien en acabar con ese cabrón, incluso antes de todo esto, ya jugaba con vidas humanas a placer.

Chocamos las manos en un gesto triunfal. Le paso un vaso para que se sirva un trago: lo necesita tanto como yo, quizá más. Mientras brindamos, deslizo el ordenador hacia él para que repase los correos enviados.

—Oye, Dominic… si todo ha ido bien —pregunto entonces—, ¿dónde está Christian?

Me observa durante unos segundos que se hacen eternos, antes de dejar el vaso en la mesa y recolocar el portátil sobre sus piernas.

—Es mejor dejarlo solo un rato —me aconseja—. Después de misiones como esta siempre revive toda la violencia que tuvo que soportar de su padre.

Coincido en silencio. Sé bien a lo que se refiere: revivir un trauma nunca es fácil. A mí me ocurrió en casa de mis padres, cuando apareció Luca. Así que me siento junto a Dominic y repasamos de nuevo los archivos, contrastando opiniones, mientras aguardamos a que Christian esté listo para subir.

Porque necesito saber que está bien.

CAPÍTULO 23
CHRISTIAN



El olor a sangre se mete en mis fosas nasales como una lluvia torrencial, invadiendo todos mis sentidos.

No es el hierro, ni la suciedad, ni siquiera el sudor. Es el olor de algo más profundo: de lo que ya no se puede limpiar, de lo que se te queda en la piel, aunque te la arranques a tiras.

James está frente a mí, y lo único que veo en él es la confirmación de que, cuando el miedo es real, los hombres se rompen igual que el cristal. Seguro que pensaba que todo esto era un farol, pero, por la expresión de su rostro, empieza a darse cuenta de que su final es inminente.

Dom es quien actúa primero, le pega tres puñetazos que lo dejan sin aliento, y no puedo más que sonreír satisfecho cuando vemos como su respiración se vuelve más pesada. No necesito intervenir todavía. Observo a mi hermano mutilar falanges como quien prepara la comida un domingo por la mañana, con una calma tortuosa y una destreza que, francamente, me deja sorprendido.

Es fascinante el modo en que el cuerpo de James empieza a rendirse tan pronto, sus lágrimas se mezclan con la sangre que le cae de la ceja, intenta intuir por donde le van a venir los golpes, pero eso es imposible con Dom.

Calculo que pasan unos veinte minutos hasta que James deja de gritar como un desquiciado, ya sin manos, y ahí es cuando entro yo.

No necesito tocarlo, tampoco necesito levantar la voz, solo tengo que mirarlo.

—¿Sabes por qué estás aquí, James? —pregunto despacio, disfrutando de como cada palabra se transforma en un hilo que le envuelve el cuello.

Su mirada tiembla y es tan cobarde que no responde, pero ambos sabemos que no hace falta, pues sus pupilas delatan que lo sabe. Ha entendido que, en Águila Negra, la muerte no es lo peor que puede pasarle. Me acerco un paso más y mi sombra cubre la suya. Me lo como despacio con la mirada mientras le hablo de su familia, de cómo maté a su primo, y de cómo pensamos matarlo a él también. Solo entonces, tras comprender que nada de lo que diga podrá salvarle de nosotros, cierra los ojos con rabia.

—Tu error fue creerte más listo—chasqueo la lengua como quien regaña a un niño— ¿de verdad creías que no te atraparíamos? Oh, vamos… ni siquiera tu puto padre pudo confiar lo suficiente en ti como para dejarte a cargo de su mierda de imperio, hasta las personas que te trajeron al mundo sabían que no vales nada.

No responde, pero no hace falta, pues el miedo tiene un sonido. Es ese pequeño sollozo ahogado cuando alguien entiende que estás rompiendo su mente, llegando a sus puntos débiles para reventarlos.

Lo escucho.

Y lo disfruto.

Dom sigue a mi lado, repleto de sangre. Me observa con diversión mientras vuelve a coger su navaja y empieza a desfigurarle poco a poco la cara mientras yo, rompo su mente. Y en algún momento, me dejo llevar tanto que no sé si quiero parar. Me oigo reír, no sé cuándo ha empezado, pero lo hago. Y cuando James intenta apartar la mirada, agarro con fuerza su puta cara y le obligo a mirarme a los ojos.

—No eres más que basura, un puto estorbo— afirmo mirando a Dom— ¿y qué hacemos nosotros con lo que nos estorba?

—Quitárnoslo de encima— me sigue el rollo satisfecho.

Exacto.

—Podéis hacerme lo que os de la gana— susurra a penas sin voz— pero nada de lo que haya hecho puede deshacerse. Por cierto, Christian, ¿cómo está esa preciosa zorrita tuya? Después de observar las grabaciones del día que os llevasteis a mi primo, no he podido dejar de machacármela pensando en lo mucho que me encantaría follármela hasta matarla.

Y así, sin más, mis demonios toman el control por completo. Y yo lo permito con gusto.

Deja de importarme una mierda quien soy o lo que estamos haciendo aquí, lo agarro del cuello y aprieto tanto que me crujen los nudillos, llenándome de su sangre sin ser capaz de saciarme.

—Ni te atrevas a mencionar el nombre de mi mujer, hijo de puta.

Sigo apretando tanto que Dom interviene y me obliga a parar, lo que provoca que le propine un puñetazo y le parta el labio.

—*"Tu mujer"* —repite con rabia— sería un caramelito para mi imperio, claro que no podría venderla, porque después de tenerla no quedaría ni su sombra.

Cree que va ganando, que conseguirá manipularme para que su muerte sea rápida, pero tras escucharlo mencionándola a *ella*, lo veo todo rojo.

Le arrebato a mi hermano la navaja de las manos y obligo a James a abrir la boca, sacando su lengua despacio y disfrutando de como el miedo vuelve a reflejarse en sus ojos.

—Esto— sentencio haciendo el primer corte— por atreverte a hablar de mi mujer—esto— sigo cortando— por osar pensar en ella siquiera.

Sus gritos vuelven a inundarlo todo, pero no pienso parar.

—Y esto— acabo de cortarle la lengua y se la tiro encima— para que, incluso en el infierno, tengas claro que nadie juega contra Águila Negra y vive para contarlo.

En algún punto, James deja de lloriquear. O tal vez soy yo quien deja de escucharlo.

Siento algo dentro de mí que se expande, como una grieta que se abre y deja pasar el aire frío, es euforia, pero también vértigo.

—Acabemos con el de una puta vez— ordeno de forma letal.

Dom sonríe encantado. Y no sé cuánto tiempo ha pasado pero el sótano ya no parece el mismo; el aire pesa tanto que cuesta respirar. La rabia burbujea dentro de mí mientras James me mira, o lo intenta, con una mezcla de vacío y odio. Siento cómo mi respiración se vuelve irregular, no por cansancio, sino por algo más oscuro. Dom se mueve detrás de mí, sigue pegándole tantos golpes que ya no distingo donde empiezan o terminan, y sigo ahí, quieto, observando.

El poder se desliza por mi piel como una corriente eléctrica, un veneno dulce.

Cada pensamiento que siembro en su mente, cada palabra que lanzo con la intención precisa de romper algo dentro de él, me hace sentir más vivo que nunca.

—¿Te creías intocable, James? —susurro. Mi voz suena como si no fuera mía, es más oscura, más letal—. Dime, ¿quién tiene el poder ahora? Oh, claro, no puedes hablar…

Sus ojos se cierran de nuevo, pero Dom le obliga a abrirlos, necesitamos verlo caer.

Me inclino, apoyo una mano sobre la pared, cerca de él.

El sudor y el miedo tienen un olor que conozco demasiado bien. Es el mismo olor que me ha acompañado desde niño, el que aprendí a reconocer antes que cualquier otro.

Mi casa olía así.

Lo que hago ahora no es justicia, tampoco es venganza, es algo más primitivo. Algo que me ha estado esperando desde hace años.

—Mírame —le ordeno.

Tarda unos segundos en hacerlo, pero cuando alza la vista, ya no hay marcha atrás, el veneno me sale por la boca como si fuera el

flujo de agua más natural y cristalino del universo.

Le obligo a verse a sí mismo como el monstruo que es, le convierto en su propio enemigo, y mientras lo hago, me escucho respirar con calma, casi con placer.

No hay arrepentimiento, ni culpa, ni compasión. Solo esa sensación eufórica de saber que tengo el poder absoluto sobre alguien que se creía intocable, la risa se me escapa sin querer, al principio es baja, casi un suspiro, pero luego crece, y no soy capaz de detenerla. Dom me lanza una mirada fugaz, una que no logro descifrar.

No importa.

No hay nada que pueda sacarme de esto ahora.

El tiempo se disuelve.

De pronto, todo se apaga, James deja de ser un rival, deja de ser un enemigo.

Dom le ha arrancado la cabeza con un golpe tan brutal que solo eso ha podido sacarme del trance, con cautela se aleja del macabro escenario que hemos creado, su sombra se funde con la pared, y yo sigo aquí, inmóvil, mirando el cuerpo sin vida de James.

La euforia empieza a desvanecerse, lenta, cruel, y en su lugar entra algo mucho peor. En realidad, soy el mismo, pero es como si algo dentro de mí hubiera cambiado, cada segundo que pasa me hunde un poco más en una claridad que no quiero tener.

Tras haberme observado durante unos minutos, Dom sale del sótano sin decir nada y me quedo solo.

Pero ya no hay vuelta atrás.

El aire se corta. Me cuesta respirar.

Una arcada me sacude el cuerpo, pero no sale nada.

Solo un ruido hueco, una mezcla de rabia y asco.

Me cubro la cara con las manos.

Siento que no hay piel suficiente para contener lo que llevo dentro.

Pasan exactamente dos horas y diez minutos; el tic-tac del reloj que descansa en mi muñeca me confirma cómo los minutos se convierten en horas, y cuando por fin consigo salir de ese bucle tóxico sé que esto tiene que acabar.

Hoy.

He luchado por esto con uñas y dientes toda mi vida, pero hay que reconocer cuándo se termina el tiempo en el que eres capaz de repetir lo mismo una y otra vez. Sé que si sigo así acabaré perdiendo la cabeza, y Águila Negra dejará de ser lo que es para convertirse en mi zona personal donde convertirme en una réplica de mi padre. Es hora de delegar mi puesto en Dom. Mientras salgo, le echo un último vistazo a este sótano que ha sido testigo de cómo mis demonios me han dominado en múltiples ocasiones.

Subo las escaleras sintiendo el peso de esos demonios soltarse de mis hombros.

«No seré como tú».

«Esto se acaba hoy».

«No has ganado. Púdrete en el infierno, papá».

Esas afirmaciones se repiten una y otra vez en mi mente hasta que llego a mi despacho y, por fin, puedo respirar con normalidad. Evie y Dom están rodeados de papeles sobre la mesa y revisan lo que parecen ser los chats en el ordenador de James; ni siquiera reparo en ellos porque ese tipo ha cubierto el cupo de asco que puede provocarme una persona.

Confieso que me costó mucho más de lo esperado no cortarle el cuello mientras hablaba y no dejar que Dom se tomara su tiempo para acabar con él, pero el orgullo se agolpa en mi pecho al ver que lo tiene bajo control. Tendrá que buscar a alguien con las habilidades de Evie, pero es el mejor en lo suyo; con o sin ayuda, sé que llevará todo por el mejor camino.

Me siento en el gran sofá con una copa de bourbon entre los dedos y observo a mi chica y a mi mejor amigo concentrados en la tarea; no reparan demasiado en mi presencia, me dejan mi espacio y lo agradezco. Aunque disfruto viendo cómo el color de las mejillas de Evie se vuelve de un cálido rojo cuando nota mi mirada fija en su cuerpo.

No pasa demasiado tiempo hasta que, aparentemente, ya lo tienen todo listo y brindan juntos para celebrar el trabajo bien hecho. Una sonrisa se me escapa y no puedo evitar sentir nostalgia al saber que ésta será la última vez.

CAPÍTULO 24
EVELYN



Tras pasar horas revisando uno a uno los mensajes y archivos, asegurándonos de que James era, en efecto, el último de su familia involucrado en esto, siento cómo los párpados me pesan cada vez más.

El cansancio se apodera de mi cuerpo y, justo cuando creo que voy a quedarme dormida en la silla, los fuertes brazos de Christian me envuelven. Me alza en volandas con esa facilidad que tanto me reconforta y me saca del despacho. Apenas consigo prestar atención; un leve *«nos vemos ahora»* escapa de sus labios antes de que crucemos el umbral de la puerta.

En el trayecto hasta mi habitación me cuesta mantener los ojos abiertos. Cuando me deposita con suavidad sobre la cama, el sueño me arrastra de inmediato.

No sé cuántas horas pasan hasta que un delicioso aroma a la sopa de Annie me despierta. Si dependiera de mí, habría dormido hasta el día siguiente, pero el estómago vacío reclama más que mi cansancio.

Frotándome los ojos, arrastro los pies hasta la cocina, guiada por el olor. El rugido de mi hambre solo se calma cuando, al verlas, una sonrisa se me escapa antes de abalanzarme sobre ambas y dejarlas casi sin aire por la fuerza que ejerzo.

—¡Mamá! —exclamo entusiasmada—. ¡Annie! ¿Pero qué hacéis aquí? ¿Cuándo has llegado, mamá?

La alegría me desborda; mi cuerpo aún no termina de entender si estoy despierta o sigo soñando. Me froto otra vez los ojos, incrédula, mientras las emociones me sacuden de golpe.

—Christian nos ha llamado esta mañana —me cuenta mi madre con entusiasmo—. Un hombre muy amable vino a ayudarnos a que papá pudiera subir al avión. Por lo visto, mañana Annie será la encargada de guiar la primera sesión de terapia. No quería que te quedaras sola.

Asiento con una felicidad que me sorprende, mientras acerco la nariz con curiosidad a la gran olla de donde emana ese olor tentador.

—Tu madre es increíble, Evelyn —dice Annie, sirviendo tres platos humeantes—. Ahora entiendo de dónde has heredado ese carácter tan fuerte y noble.

Mamá hace un gesto con el brazo, restando importancia, aunque ambas sabemos que Annie tiene razón. He sacado lo mejor de los dos.

—¿Y papá? —pregunto, notando la ausencia de un cuarto plato—. ¿No cena con nosotras?

Mamá niega con la cabeza y aparta un mechón de mi cabello, colocándolo tras mi oreja, como hacía cuando era niña.

—Está descansando en la habitación que Christian nos dejó la última vez que vinimos —me tranquiliza—. Más tarde me aseguraré de que coma un poco de esta deliciosa sopa.

No me sorprende que hayan congeniado tan rápido. Siempre supe cuál era el motivo de que Annie me recordase tanto a mamá; las dos comparten esa calidez que me sostiene. Y aunque hasta ahora no habían tenido ocasión de conocerse bien, me alivia que las mujeres más importantes de mi vida se lleven tan bien.

—Haré lo mismo con Christian —murmuro, más para mí que para ellas—. Seguramente siga con Dominic.

Annie asiente, y adivino en su gesto que también piensa en los cambios que se avecinan en Águila Negra. Sé que Dominic lo bordará en su nuevo cargo: está preparado, lo irradia a cada paso. Estoy segura de que sabrá hacernos sentir orgullosos. Pero no puedo evitar que la nostalgia me apriete el pecho al pensar que la de hoy ha sido la última misión.

No tanto por mí, que apenas participé en un par de operaciones realmente decisivas, sino por Christian. Solo espero que esta sea de verdad la vida que quiere. Porque si un día descubro que renunció a lo que era por mí… no soportaría verlo infeliz.

Después de nuestra cena, no he dejado de darle vueltas a la idea de compartir por fin nuestros caminos. Me ilusiona pensar en todo lo nuevo que podremos disfrutar juntos, pero una parte de mí no puede evitar entristecerse al recordar todo lo que quedará atrás. Sé que será un cambio positivo: no habría soportado mucho más tiempo la incertidumbre de no saber si Christian volvería herido de una misión, o si algún día llegaría a acostumbrarme a tanta violencia.

Las tres nos sentamos y charlamos de todo y de nada a la vez. Mamá se emociona cuando le cuento que estamos viendo *The Originals*, y nos hace prometer que después de cotillear veremos todas juntas un par de capítulos. Annie y yo aceptamos encantadas, porque suele ser uno de los planes que más disfrutamos.

Recuerdo cuando mamá me dijo, hace años, que aquella serie era una de sus favoritas. Fue en una de esas escasas ocasiones en que la llamaba, y para sentirme más conectada con ella decidí darle una oportunidad, sin imaginar que acabaría siendo también una de mis preferidas.

Entre risas y anécdotas, la conversación se alarga más de lo previsto. Cuando caigo en lo tarde que es, me apresuro a recoger la mesa para poder empezar cuanto antes la maratón de episodios.

—Cariño, ¿desde cuándo las diez de la noche es tarde para ti? —bromea mi madre entre risas—. Recuerdo que cuando eras pequeña a veces te pillaba leyendo hasta las tres de la mañana.

Annie sonríe con disimulo ante la anécdota, y me basta una mirada para saber que se lo van a pasar en grande conmigo.

Mientras ellas preparan el sofá y las mantas, yo cojo dos platos de sopa y los coloco en una bandeja. Me dirijo primero a la habitación de papá; tengo muchas ganas de verlo. Sin embargo, al abrir la puerta con la llave de mamá, me recibe un silencio absoluto. Lo arropo, le doy un beso en la frente y dejo su plato en la mesa con una nota recordándole cuánto le quiero.

Al salir, paso por la habitación de Christian para hacer lo mismo. Como imaginaba, no está dentro. Dejo otra nota avisándole de que estaré hasta tarde con ellas viendo la serie, para que no se preocupe si no me encuentra. De paso le exijo que cene algo y le recuerdo que ese cuerpo de dios griego no se mantiene sin comida. Sonrío sola, imaginando la expresión que pondrá, y salgo de allí con un suspiro de felicidad.

Cada vez con más frecuencia dormimos juntos, en su habitación o en la mía. Sé que espera encontrarme en su cama cuando regrese, y aunque ya sabe que mis padres están aquí, prefiero avisarle.

Cuando vuelvo al salón, ellas ya lo tienen todo preparado.

—¿Lista? —me preguntan al unísono.

—Lista —respondo, dejándome caer de un salto entre las dos.

CAPÍTULO 25
CHRISTIAN



—¿Me estás vacilando? —susurra Dom, estupefacto—. ¿De verdad vas a irte?

Tras dejar a Evelyn en su habitación, Dominic y yo pasamos la tarde entre copas de bourbon y anécdotas de todos estos años en Águila Negra.

Unas nos arrastran a recuerdos divertidos; otras, a tiempos amargos. Lo único que tienen en común todas esas historias es que, en cada una de ellas, estábamos juntos.

Aún puedo vernos, hace diez años, escondidos tras un contenedor oxidado mientras el olor a gasoil y sangre lo impregnaba todo. Era nuestra primera misión sin respaldo y, aunque estábamos muertos de miedo, Dominic me cubrió la espalda con la misma calma con la que ahora sostiene su vaso. Recuerdo cómo, después de todo, nos sentamos sobre el asfalto mojado a reír como dos críos que se habían escapado del colegio. Aquella noche entendí que no era solo mi socio: era mi hermano.

—Creo que los dos sabíamos que este momento llegaría —le aseguro, mirándole a los ojos—. Tú estás más que preparado y yo ya no soy capaz de soportarlo, cada vez me parezco más a mi padre, torturando y disfrutando de ello sin control, y hay que saber parar.

Asiente; sabía tan bien como yo que no tardaría en llegar. Hay cosas que simplemente no podemos sostener más tiempo del

necesario porque corremos el riesgo de convertirnos en nuestra peor versión.

—Hermano —murmura, negando lentamente con un brillo de preocupación en los ojos—. ¿Cómo voy a hacerlo sin ti? Siempre hemos estado unidos; incluso de pequeños, contábamos el uno con el otro.

Entiendo su temor. Si alguien me hubiera dicho hace años que Dom se marcharía, habría entrado en pánico. Aun así, sé que es la decisión correcta: no puedo abandonar todo esto sin estar seguro de dejarlo en buenas manos. Cuando esté lejos podrá llamarme, podrá contar conmigo, pero todo cambiará. Ser el jefe no es lo mismo que ser socio: ahora tendrá nuevas responsabilidades y la gente le obedecerá y respetará sin rechistar.

A primera vista puede parecer increíble no ser cuestionado y que todos crean que tienes la razón, pero eso puede convertirse en un arma de doble filo si tomas decisiones equivocadas.

—Dom —lo tranquilizo—, sabes que no hay nadie en el mundo en quien confíe más que en ti para esto. Eres mi hermano; eres la persona perfecta para ser mi sucesor. Y, de todas formas, yo siempre estaré a tu lado: siempre podrás contar conmigo.

Eso parece calmarle un poco. Aunque sabe que lo digo en serio, le cuesta creer en sí mismo igual que yo creo en él.

—¿Esto significa que la de hoy ha sido nuestra última misión juntos? —pregunta, pensativo.

Una lágrima inesperada rueda por su mejilla cuando confirmo sus pensamientos. Quizá debería habérselo contado antes; en parte siento que actúo bien al haberlo hecho ahora mismo: si lo hubiese sabido, la misión podría haber corrido peligro.

Una de las primeras normas de Águila Negra está grabada a fuego en nuestra mente: jamás mezclar los sentimientos con el trabajo.

Hasta ahora lo hemos mantenido lo mejor que hemos podido, porque cuando trabajas codo con codo con tu otra mitad es muy difícil no mandarlo todo a la mierda si crees que corre peligro. Pero

no somos así: esto es lo más importante que tenemos, algo que construimos con esfuerzo y dedicación desde cero. Cuando nadie más se atrevió a tomar cartas en el asunto, aparecimos nosotros. Desde entonces hemos ejercido nuestro papel con puño de hierro.

—Lo siento mucho, Dom —me disculpo con voz quebrada—. Si sigo aquí acabaré consumido por mis demonios. Con el paso de los años controlo cada vez menos mis impulsos cuando todo se tiñe de rojo; el rencor y la ira no hacen más que crecer dentro de mí, y temo que acaben dominándome y manchándolo todo, no quiero para Evie la misma vida que tuvo mi madre, ni la que tuve yo.

Él sabe que esa realidad se impone con más fuerza cada día. Ha sido testigo de cómo esos demonios han intentado consumirme una y otra vez. Siempre he sido capaz de pararlos, pero sé que llegará un día en que no podré; temo acabar haciendo daño por placer, temo no poder parar.

Alzo el vaso, pero antes de que el cristal choque, Dominic me abraza con una fuerza que no utilizaba desde que éramos niños. Durante un segundo me hundo en ese gesto como si fuera un salvavidas. No hay palabras; solo el silencio pesado de dos hombres que saben que su mundo está a punto de cambiar para siempre.

Brindamos, y así sellamos el destino de esta organización. Pasamos las siguientes horas organizando la fiesta que daremos en su honor y mi despedida como jefe.

El tema será, por supuesto, blanco y negro.

Aunque será algo íntimo, decido que mañana, cuando venga mi madre, la invitaré; igual que a Davina.

La sesión de terapia pendiente me asusta, pero tengo ganas de avanzar y de abandonar por fin la carga del pasado que me consume. Sé que para lograrlo tendremos que hablar de todo lo que nos ha preocupado durante estos años: cada trauma compartido, cada cosa que nos hemos perdido el uno del otro.

Aunque suene macabro, con mi padre muerto ya no tenemos por qué tener miedo. Comprendo el terror que infundía a su alrededor;

tanto, que incluso tras su muerte ha seguido torturándonos.

No me parece justo permitirlo más.

Tenemos que romper el círculo: es la única forma de sanar.

Con el corazón dividido entre la alegría y la nostalgia, me dirijo a mi habitación tras despedirme de Dominic. Sé que no voy a encontrarme con Evie allí: he decidido traer a sus padres para que pueda pasar tiempo con ellos mientras mi madre y yo compartimos un día intenso. Además, así podré invitarles personalmente a la fiesta, en la que, además de anunciar el nuevo puesto de Dom y mi dimisión, me gustaría contar con su presencia para lo que tengo en mente.

Pensar en Evie me devuelve a la luz, pero también me aterra.

¿Y si no soy capaz de darle la paz que merece?

¿Y si mis fantasmas acaban invadiendo su vida?

Aun así, en medio de ese vértigo, la idea de tenerla a mi lado es lo único que me mantiene entero.

Pedirle matrimonio a Evie es una idea que me ronda desde prácticamente el día en que la conocí.

Supe, en cuanto vi sus preciosos ojos verdes, que serían los ojos que querría ver reflejados en los míos hasta el final de mis días.

Y creo que el lugar perfecto para hacerlo es este.

Aquí construí lo que soy, y me parece la mejor forma de marcharme: enseñarle a este lugar quién seré a partir de ahora.

Esa es una de las muchas cosas que he hablado con Dominic esta noche. Por supuesto, me ha ayudado a escoger el anillo más hermoso que jamás haya existido: el Blue Moon Diamond Ring, un anillo digno de una reina, que llegará en unas cuarenta y ocho horas, justo a tiempo para la fiesta, que será dentro de tres días.

Al abrir la puerta de mi habitación, me encuentro con un plato cubierto por un paño de color turquesa. Encima descansa una nota escrita a mano. Cuando la tomo entre mis dedos, reafirmo una vez más que Evelyn Blackwood es la mujer de mi vida.

Hola, cielo.

Te dejo esta sopa que con tanto amor ha preparado Annie porque sé que probablemente no habrás comido nada en todo el día. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti, del hombre que has demostrado ser, y de lo mucho que te esfuerzas por Águila Negra y su gente.

No puedo esperar a compartir cada segundo de mi existencia contigo.

Te quiero.

Posdata: Grave error traer a mamá. Vamos a hacer las tres un maratón de The Originals tan grande que, cuando me veas, no me vas a reconocer. Ah, y cómete toda la sopa: ese cuerpo de dios griego no se mantendrá solo…

¿He dicho ya que te quiero? Bueno, por si no ha quedado claro, te quiero, te quiero y te quiero.

Sonrío mientras caliento el plato en el microondas. No puedo dejar de leer la nota una y otra vez, sin comprender qué habré hecho en esta vida para merecer a una mujer como ella.

Me viene a la cabeza el instante en que la vi por primera vez en aquella mansión. No fue un flechazo, fue un golpe que me invadió el pecho, directamente: la manera en que me sostuvo la mirada, desafiante y rota al mismo tiempo, como si supiera exactamente quién era yo y aun así se negara a temerme.

Desde entonces supe que, de algún modo, me cambiaría.

No tardo en cenar y meterme en la cama. Estoy agotado, física y mentalmente, y antes de cerrar los ojos me aseguro de enviarle un mensaje agradeciéndole lo increíble que es y recordándole que la quiero mucho más.

CAPÍTULO 26
EVELYN



El amanecer se filtra a través de las cortinas, iluminando suavemente la sala. Abro los ojos despacio, sintiendo la caricia de la luz matutina en mi rostro. Parpadeo varias veces hasta acostumbrarme a la claridad y me doy cuenta de que sigo acurrucada en el sofá. Al girar la cabeza, encuentro a mamá y a Annie profundamente dormidas a mi lado, sus cuerpos entrelazados en una especie de abrazo familiar. La escena me arranca una sonrisa.

—Mamá… Annie… —susurro, procurando no despertarlas bruscamente.

Mamá se remueve primero, abre los ojos y parpadea contra la luz, con esa mezcla de confusión y serenidad propia del despertar.

—¿Nos quedamos dormidas aquí anoche? —pregunta con voz ronca, frotándose los párpados.

Annie la sigue unos segundos después, estirándose perezosa mientras suelta un pequeño gemido de satisfacción.

—Buenos días, dormilonas —digo entre risas, alargando también mis brazos en un estiramiento.

—Vaya, creo que sí —responde Annie, mirando a su alrededor—. La maratón de TO nos pasó factura, chicas.

Asiento con una sonrisa, me descubro por fin permitiéndome sacar a flote ese lado mío que tanto había escondido: la niña que solo

quería sentirse feliz y acompañada.

—Esto me recuerda a cuando era pequeña y dormía en casa de mis pocas amigas —comento, evocando con ternura los días de infancia en los que apenas tenía a Lilith y a Eleanor, dos gemelas rubias de corazón generoso que se apiadaron de mí y me abrieron las puertas de su casa, invitándome a sus planes de vez en cuando y permitiéndome tener, aunque fueran dos amigas de verdad—. Hacíamos lo mismo: nos quedábamos hasta tarde viendo películas, hablando de cualquier cosa, y terminábamos dormidas en el sofá una encima de la otra. No he vuelto a hacerlo desde que tuvieron que mudarse a España por el trabajo de sus padres.

—Sí, eran buenos tiempos… —recuerda mamá, con una sonrisa nostálgica—. Siempre me he preguntado qué habrá sido de esas dos monadas, parecían sacadas de un anuncio.

Las tres reímos juntas, disfrutando de la complicidad, y me invade una calidez que hacía años no experimentaba. La luz del sol, las risas sinceras y la presencia de estas dos mujeres crean un refugio íntimo que me llena de paz.

—Bueno, tengo que irme —nos recuerda Annie con un deje de tristeza mientras se incorpora y se estira de nuevo—. He quedado con Christian. Hoy empieza su primera sesión de terapia con Lydia.

—Dale recuerdos de mi parte —responde mamá, con ternura.

—Lo haré —asegura Annie, recogiendo sus cosas—. Nos vemos más tarde. Gracias por hacerme sentir joven de nuevo.

Nos despedimos con un abrazo rápido antes de verla desaparecer por la puerta. Mamá y yo nos quedamos en silencio, saboreando la calma de la mañana. Una idea traviesa me cruza la mente.

—¿Despertamos a papá? —pregunto con una sonrisa maliciosa.

Mamá me observa con sorpresa un instante, hasta que sus ojos se encienden con complicidad.

—¿Como cuando eras pequeña?

—Exactamente igual —confirmo, riendo.

Nos levantamos y caminamos descalzas hasta la habitación de mis padres. El suelo frío nos obliga a dar pequeños saltitos antes de abrir la puerta con cautela. Papá duerme profundamente, respirando con un ritmo sosegado. Nos miramos una vez más antes de lanzarnos a la travesura.

—A la de tres —susurro.

—Una… dos… ¡tres!

Saltamos sobre la cama entre risas y gritos. Papá abre los ojos sobresaltado, pero su gesto de alarma se transforma enseguida en carcajadas al vernos actuar como niñas.

—¡Buenos días, papá! —grito sin dejar de brincar.

—¡Buenos días, mis princesas! —responde él entre risas, intentando cubrirse con la manta para deshacerse de nosotras—. ¿Qué les pasa a mis chicas hoy?

—¡Es hora de levantarse, cariño! —exige mamá, uniéndose a mis saltos—. No podíamos dejarte dormir más, son pocos ratos los que podemos pasar con nuestra bebé.

Que siga refiriéndose a mi como *"su bebé"* me provoca una risa contagiosa, nos dejamos caer rendidas sobre la cama, exhaustas de tanto reír. Papá nos rodea con sus brazos y sus ojos brillan con una alegría que no veía en ellos desde hace años. En ese instante, rodeada de tanto amor, siento que por fin estoy completa.

Me aferro a esa sensación, aunque saber que Christian tiene hoy su primera sesión me tiene algo nerviosa. Solo espero que todo salga bien, porque más que nadie, él merece recuperar la calma que le fue arrebatada de forma tan injusta.

—Disfrutemos entonces, mis chicas —dice papá con voz suave, impregnada de cariño—. Me alegra ver que algunas cosas no cambian, seguís siendo dos brujitas.

—Es cierto —respondo, acurrucándome un poco más entre ellos—. Pero si no te despertásemos así sería imposible que dejases de dormir, y lo sabes.

Confirma mi comentario haciéndose el dormido de nuevo, y nos quedamos allí un rato más, conversando y riendo, disfrutando de la mutua compañía. Finalmente, nos levantamos y vamos a la cocina para preparar el desayuno. Mientras mamá bate los huevos y papá corta el pan, me embarga una profunda gratitud. Durante mucho tiempo creí que nunca recuperaría esta conexión, pero aquí están: mi familia, siempre presentes, sin importar cuántos años pasen.

—Vamos a hacer unas tostadas francesas que te van a encantar, cielo —dice mamá, guiñándome un ojo.

—Estoy deseando probarlas—respondo con entusiasmo.

El sol de la mañana inunda la cocina con su cálida luz. Mientras preparo el café, reviso el móvil y encuentro un mensaje de Christian. Me da las gracias por haberle llevado la cena, pero lo que viene después hace que mis mejillas se tiñan de un rubor suave:

«Cada día te quiero más, mi reina.»

No respondo. Sé que Annie ya está con él y no quiero convertirme en una distracción. Me recuerdo, sin embargo, que, aunque para mí este sea un día luminoso, para él está siendo una prueba difícil. Cuando vuelva, me aseguraré de que sienta todo mi apoyo, porque lo necesita más que nunca.

CAPÍTULO 27
CHRISTIAN



El sol se cuela a raudales por las ventanas de la clínica que construí en la planta más alta del hotel. Las paredes, pintadas de un blanco impoluto, reflejan la luz de la mañana como si intentaran devolverle a mi mundo algo de pureza. En las estanterías, los libros de psicología conviven con pequeñas macetas que Annie ha dispuesto para dar más calidez al ambiente. Todo parece cuidadosamente pensado para transmitir calma, pero yo estoy de los putos nervios, joder.

Me acomodo en una silla, tratando de relajarme, aunque mis manos no dejan de juguetear con los bordes de esta, delatando la inquietud que me roe por dentro. Annie se sienta frente a nosotros, con su expresión serena y profesional. A mi lado, mi madre sostiene un pequeño ramo de flores blancas. Es nuestra primera sesión conjunta. Sigo sin creerme que yo haya accedido a esto, pero la presencia de Evie en mi vida es un ancla constante, el recordatorio de que puedo mejorar.

—Buenos días, señor Christian, señora Lydia —comienza Annie con un tono de lo más profesional—. Hoy trabajaremos en algunos aspectos importantes, tocaremos temas complicados, pero, si no están cómodos, podemos parar en cualquier momento. ¿Les parece bien?

Miro a mi madre, procurando mantener la compostura.

—Supongo que sí —respondo, esforzándome en sonar más seguro de lo que me siento.

Lydia me dedica una sonrisa suave. En sus ojos se adivina una mezcla de esperanza y miedo. A pesar de la tensión inicial, compartir este momento con ella resulta extraño y reconfortante a la vez. Siempre había anhelado poder sentarme a su lado y hablar de lo que me dolía. Davina solía presionarme para que expresara mis emociones, pero yo solo quería confiárselas a la única persona capaz de entender hasta qué punto el desprecio de mi padre me había marcado.

—¿Puedo preguntar por las flores? —digo, señalando el ramo que sostiene.

Ella se revuelve en el asiento, y el rubor que tiñe sus mejillas revela su incomodidad. A mí también me resulta extraño, pero no puedo evitar preguntarme si significan lo que sospecho.

—Claro —responde con ternura, mirando el ramo—. Son para ti, Christian. Fui a ver a Peter, el florista. Charlamos como hacíamos antes y, después de contarle lo que ha pasado, me animé a traerte esto.

El ramo es sencillo: rosas blancas entrelazadas con hojas verdes y tallos envueltos en un lazo de satén. Hay algo en esa pureza que me trae cierta nostalgia. No puedo negar que son hermosas, ni que mi pecho se aprieta con una emoción tan antigua que casi había olvidado la sensación.

Una oleada de emociones me golpea con fuerza. Peter era su florista de confianza cuando yo era niño. Sus flores blancas siempre llenaban nuestra casa de un aroma inconfundible. Debí suponer que se reencontrarían, aunque por su seguridad nunca pensé que mi madre se atrevería a volver allí. Sopeso la idea de fingir sorpresa, como si esas flores no significaran nada.

—¿Fuiste a ver a Peter? —pregunto, fingiendo indiferencia—. No sabía que seguía en el negocio.

Ella me observa como quien ha pillado a un niño en una mentira piadosa, y su sonrisa se ensancha con complicidad.

—Sí, sigue allí. Me reconfortó descubrir que, cuando me fui, tú continuaste comprando mis flores favoritas, eso es un gesto precioso, hijo.

Sus palabras me atraviesan. Durante años mantuve esa tradición como la única forma de no perderla del todo, incluso cuando la vida se volvió insoportable.

—Gracias, mamá… —susurro, tomando el ramo y acercándolo a mi rostro. El aroma me arrastra a tiempos más simples, cuando no había sangre ni cadenas que me recordasen quién era.

Llamarla *«mamá»* se siente extraño, casi indebido, pero la palabra se me escapa antes de poder contenerla.

—De nada —responde, y su voz tiembla levemente—. Pensé que sería un buen comienzo para nuestra primera sesión juntos.

Annie observa la escena con atención, y su mirada se suaviza.

—Es un gesto muy tierno, Lydia. Las flores no solo evocan recuerdos; también pueden convertirse en puentes hacia lo que deseamos reconstruir.

Asiento en silencio, intentando ordenar la tormenta que me sacude por dentro. La terapia es un territorio hostil, lleno de incertidumbres, pero estoy dispuesto a dar este primer paso. Me repito que lo hago por mí, aunque en el fondo sé que también busco otra cosa: la débil, peligrosa esperanza de recuperar lo que alguna vez perdimos.

—Estoy aquí para ti, hijo —susurra, mientras las lágrimas amenazan con deslizarse por su rostro—. Lamento que no haya sido así durante todos estos años, pero me gustaría que eso cambiara a partir de hoy… si tú me lo permites.

Respiro hondo, sintiendo cómo parte de la tensión se disipa.

—Gracias, supongo… Y gracias a ti también, Annie. Estoy listo para intentarlo.

Annie sonríe, y sus ojos reflejan empatía y comprensión.

—Muy bien, señor Christian. Empecemos hablando de lo que significa para usted tener a su madre aquí hoy. ¿Qué recuerdos y emociones surgen al verla con este ramo de flores?

Cierro los ojos por un momento, dejándome arrastrar por los recuerdos.

—Cuando era niño, mamá siempre llenaba la casa de flores. Cada semana íbamos juntos a ver a Peter, y ella elegía sus favoritas: las rosas blancas. Era una especie de ritual, una constante en mi vida. Después, cuando se fue, continuar viendo las flores se convirtió en mi manera de sentirla cerca, como un faro que pudiera traerla de vuelta conmigo.

Lydia aprieta suavemente mi mano, y veo brillar lágrimas en sus ojos.

—No sabía que lo hacías por eso, Christian. Hubiera vuelto a por ti si tan solo hubiese sabido que estas vivo… debí investigarlo más y no perderme en mi dolor, lo lamento. Y significa mucho para mí saber que nunca me olvidaste.

—Nunca podría olvidarte, joder —respondo sin pensarlo, como un acto reflejo. La voz se me quiebra, y esas palabras nos sorprenden a ambos.

Annie nos concede un momento de silencio antes de intervenir.

—Estas pequeñas confesiones son el puente hacia el camino del perdón, mantener viva esa conexión con su madre a través de las flores es un gesto de amor y memoria, así que, si les parece, podríamos seguir explorando cómo han influido en su vida y en sus relaciones.

Ambos confirmamos que estamos de acuerdo, y seguimos hablando del tema hasta que responder las preguntas que se me van presentado no se me antoja tan complicado. Sé que la terapia familiar no será fácil; de hecho, una parte de mí cree que todo esto es una pérdida de tiempo. Pero me debo a mí mismo intentarlo.

A lo largo de la sesión, sin tener ni puta idea del porqué, termino confesando que he estado regalándole a Evie ramos blancos con una sola rosa en el centro. Pero, tras reencontrarme con mi madre en aquel lugar, dejé de hacerlo, invertí los colores. Sentía demasiada oscuridad en mi interior.

La rosa blanca es mi luz en la oscuridad: ahora es Evie, antes lo fue mi madre.

Annie me hace ver que mientras tenga algo de luz a la que aferrarme, no estaré perdido.

Sé que a Evie debió de resultarle extraño. Intentó ocultarlo, pero vi la duda en sus ojos. Aun así, lo aceptó. Incluso sin una explicación, siempre ha abrazado esa oscuridad en mí, encontrando belleza en mis ruinas.

Mientras Annie habla, una parte de mí se cuestiona si realmente quiero sanar o si solo estoy aquí para cumplir con un deber que no entiendo.

Perdonar es un verbo que me cuesta pronunciar; me suena ajeno, como una palabra escrita en otro idioma.

Quizá lo que más me asusta no es enfrentar el pasado, sino admitir que aún deseo una madre. Que todavía hay un niño dentro de mí que la espera en la puerta con un ramo de rosas blancas imaginario en las manos.

Al terminar la sesión me siento jodidamente exhausto.

Demasiadas palabras, demasiados sentimientos encerrados que pugnan por salir. No estoy tan preparado como esperaba, pues, aunque invisibles, mis heridas sangran cada día, aunque nadie pueda verlas.

Pero debemos intentarlo.

Mi madre intenta abrazarme, pero mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza: me aparto instintivamente. Me disculpo y me marcho. Ella no se sorprende. Quizá entiende que el dolor es lo que me ha mantenido con vida todos estos años… y que cambiarlo no será fácil.

Me llevo el ramo de flores, es un gesto sencillo, pero, aunque me cueste admitirlo, significa mucho para mí.

Y se convierte en lo que siempre soñé que fuera: un faro capaz de guiarla de regreso a mí.

CAPÍTULO 28
EVELYN



Abro la puerta de la habitación de Christian con cuidado, consciente de lo intensa que ha debido de ser la sesión de terapia.

Antes de venir he hablado con Annie; no podía contarme nada confidencial, pero dejó entrever que, a pesar de lo duro que había sido, las cosas fueron mejor de lo que ninguna de nosotras esperaba.

Christian está sentado en la cama, con la mirada fija en el suelo. En sus ojos late un cúmulo de emociones difíciles de descifrar.

—¿Mi amor? —susurro mientras entro despacio.

Levanta la vista y me dedica una sonrisa cansada.

—Ey, reina. —Su intento de provocarme una sonrisa se queda a medio camino; su gesto no alcanza a iluminarle los ojos—. ¿Cómo ha ido la mañana con tus padres?

Me siento a su lado y tomo su mano entre las mías.

—Ha ido bien, hemos preparado el desayuno juntos —respondo sin dar demasiados detalles; sé que intenta desviar el tema y no quiero que se encierre en sí mismo—. ¿Cómo te sientes?

Suspira y aprieta ligeramente mis dedos.

—Ha sido duro. Revivirlo todo... hablar sobre lo que pasó... Es agotador, pero creo que será bueno a la larga.

—Lo sé —murmuro, acariciándole la mano—. Es un paso importante. Estoy muy orgullosa de ti.

Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla, y la atrapa con sus dedos antes de besarme.

—No sé cuánto más puedo aguantar aquí, pequeña. Este lugar… necesito un cambio. Y no me malinterpretes, sé que no hemos hablado mucho sobre lo que hice con James, pero no es por eso, simplemente tengo ganas de salir de aquí…contigo.

Lo miro, comprendiendo su necesidad de escapar de ese ambiente que tanto le asfixia.

—¿Y si buscamos un lugar nuevo? —propongo con suavidad—. Algo que sea solo nuestro, lejos de todo lo que sientes aquí. Quizá organizar un poco nuestro futuro te anime.

Sus ojos se encienden con un destello de esperanza.

—¿De verdad? —pregunta, más animado—. No sabes las ganas que tenía de hacerlo por fin.

—¡Sí! Buscaremos terrenos, veremos qué encontramos. Quizá… ¿algo entre Nueva York y Willow Creek? Así estaríamos cerca de Dominic y de Annie, además de mis padres.

Christian me sostiene la mirada, con esa chispa que hacía tiempo no veía.

—Eso suena... perfecto.

Pasamos la tarde juntos, cada uno con su portátil sobre las piernas, explorando opciones. Al final, encontramos un terreno en un pequeño pueblo llamado Silverwood, justo donde queríamos. Es amplio, está rodeado de naturaleza y la casa ya está construida: pertenece a una pareja de arquitectos que se muda a la ciudad. El interior es una mezcla perfecta entre lujo y sencillez.

—Este me encanta —digo, señalando la pantalla—. ¿Qué te parece?

Christian observa las fotos con atención. Una sonrisa sincera, por fin auténtica, se dibuja en su rostro.

—Me encanta. No busques más, pequeña. Vamos a comprarlo.

Con emoción, Christian realiza el pago de la señal en línea. Hace un par de llamadas y, al terminar, nos confirman que mañana a primera hora vendrá Eleanor, la dueña de la casa, para enseñárnosla. Aunque no era necesario —ya la habíamos sentido nuestra al verla en esas fotos.

Cuando cierro el portátil, me invade una sensación de vértigo: esto es real.

—Ya está hecho —susurro sin podérmelo creer—. Tenemos un nuevo hogar.

Christian me mira intensidad, cierra su portátil y se tumba encima de mí con rapidez, atrapándome entre el colchón y su duro cuerpo.

—Gracias, reina. No sé cómo agradecerte todo esto. Antes de ti ni siquiera podía imaginarme queriendo algo diferente, algo mío... sin traumas, sin sombras. Me has cambiado la vida, joder…te amo.

—No tienes que agradecerme nada —respondo, rodeando su cuello con mis brazos—. Estamos juntos en esto. Yo también te amo, cuidaremos el uno del otro, sanarás con el tiempo... te lo prometo.

Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado. La habitación se impregna de una energía densa, casi tangible. Sus manos recorren mi espalda con urgencia, acercándome más a él. La intensidad de sus caricias enciende cada fibra de mi cuerpo, y me abandono al deseo contenido.

—Te necesito, por favor… —susurro contra sus labios, mientras lágrimas de una felicidad desconocida resbalan por mis mejillas.

—Mmmm… estás tan sexy cuando suplicas—vacila con la voz ronca por la emoción

Una sonrisa inevitable me ilumina el rostro y mis mejillas se encienden, mientras sus palabras logran provocar ese efecto devastador en mí.

Presiona más su cuerpo sobre el mío y, pese a la evidente diferencia de tamaño, encajamos a la perfección. Christian desliza

las manos bajo mi blusa, levantándola lentamente mientras sus dedos rozan mi piel, encendiendo cada nervio a su paso. Levanto los brazos para facilitarle el gesto y, en un instante, la prenda desaparece. Su boca se posa en mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes que aceleran mi respiración.

—Joder, nena —murmura, sus labios recorren mi clavícula hasta llegar a mis hombros—. No tienes idea de lo mucho que significas para mí.

Sus palabras se hunden en mi pecho, justo antes de que su boca baje por el escote del sujetador. Sus manos lo desabrochan con destreza, y cuando lo retira, siento el aire frío chocar con el calor de mi piel. No tarda en reemplazarlo con el calor de su lengua. Sus labios se cierran sobre uno de mis pezones, chupándolo con lentitud, mientras su otra mano amasa suavemente el otro pecho. Gimo en voz baja, arqueando la espalda, entregándome por completo a la sensación.

—Christian... —susurro, sin poder contenerme.

Deslizo mis manos bajo su camisa, palpando los músculos tensos de su abdomen. Tiro de la tela hacia arriba, revelando su torso. Lo empujo suavemente hacia atrás para poder admirarlo. Mis dedos trazan líneas invisibles por su piel mientras me deshago, con paciencia cargada de deseo, de los botones que me impiden tenerlo completamente desnudo ante mí. Inclino la cabeza y dejo un beso justo en el centro de su pecho, saboreando el leve temblor que provoca en su cuerpo.

—Te deseo como no he deseado nada en toda mi vida —confieso, mirándolo a los ojos mientras exploro su cuerpo con las manos, descendiendo poco a poco hasta el borde de su pantalón, deshaciéndome por fin de esa molesta prenda.

Christian me atrae de nuevo hacia él y, al levantarme para colocarme encima, nuestras pieles se encuentran y se reconocen de inmediato.

Y es que estamos hechos el uno para el otro.

Sus manos bajan hasta mi pantalón, desabrochándolo antes de deslizarlo por mis piernas. Me incorporo lo justo para ayudarle, despojándome de todo. Vuelve a colocarme encima de él sin apartar los ojos de mí ni un segundo.

Nos quedamos así, desnudos, mirándonos como si el tiempo se hubiese detenido. Su mano se desliza entre mis piernas, encontrándome húmeda, receptiva. Me acaricia con dedos suaves, firmes, atentos. Me explora con calma, separando los pliegues con precisión hasta que su pulgar encuentra mi punto más sensible y empieza a jugar con él en círculos. Jadeo y me agarro a sus hombros, con los músculos tensos y el corazón al galope.

Él retira los dedos con suavidad, llevándoselos a la boca para saborearme con una sonrisa ladina. Ese gesto me enciende aún más. Me tumba bajo su cuerpo, tomando el control de la situación. Nuestras respiraciones se entrelazan en un beso profundo y hambriento. Sus manos se posan en mis caderas, penetrándome lentamente mientras me acostumbro a su tamaño. Nos movemos juntos en un ritmo lento, saboreando cada segundo, cada caricia, cada suspiro.

—Eres mía —jadea contra mi oído—. Supe desde el primer momento que serías mi perdición, reina.

El apodo me eriza la piel y me enciende por completo.

—Siempre seremos nosotros, pase lo que pase —susurro, mientras la fuerza de su amor me envuelve por dentro y por fuera.

La habitación se llena de gemidos y susurros; el mundo exterior se desvanece mientras nos perdemos el uno en el otro. Cada movimiento, cada roce, cada beso nos hace volvernos más salvajes. Nos amamos con una urgencia desesperada y una devoción que trasciende cualquier palabra.

El clímax nos atrapa a la vez, con nuestros cuerpos temblando y nuestras almas enredadas en una danza de deseo y entrega. Permanecemos abrazados, dejando que el calor nos envuelva,

mientras sus dedos siguen dibujando formas suaves en mi piel, como si no quisiera soltarme nunca.

—Vamos a ser felices en nuestro nuevo hogar… Te haré feliz, lo prometo —susurra Christian, besando mi frente.

—Sé que lo seremos —respondo, acurrucándome más cerca—, porque nos tenemos el uno al otro.

CAPÍTULO 29
CHRISTIAN



Me despierto al lado de Evelyn, completamente extasiado y feliz. Acaricio las suaves curvas de su cuerpo y su rostro dormido me hace sentir increíblemente afortunado. Aparto un mechón de su cabello de su rostro y ella se mueve apenas, abriendo los ojos con lentitud.

—Buenos días, reina —susurro antes de besar su frente.

—Buenos días —responde con una sonrisa adormilada—. ¿Qué hora es, amor?

—Es temprano, pero tenemos que prepararnos para ver la casa con Eleanor.

Se despereza y se lanza a mis brazos, como si hubiese temido que todo esto fuera un sueño y acabase de confirmarle nunca nada había sido tan real.

—¡Estoy tan emocionada de verla en persona! —exclama casi a gritos, antes de ponerse a saltar en la cama como una pequeña gatita entusiasmada.

—Sigo sin creerme que vayamos a hacerlo de verdad —confieso mientras la tomo en brazos para sacarla de la cama.

Sonríe y me besa, sin añadir nada más. No lo necesita. Su seguridad es la respuesta que me confirma que seré capaz de hacerlo bien por ella.

Desenrosca sus piernas de mi cintura, dejándome completamente excitado tras tenerla tan cerca de mí. Se va al baño con una inocencia tortuosa, como si no acabase de provocarme una explosión de placer en unos escasos segundos. Escucho el sonido del agua correr y su risa apagada cuando le pido, entre bromas, que no tarde una eternidad.

—No prometo nada —responde juguetona.

Me acerco a la puerta entreabierta y, por un instante, solo la observo. El reflejo empañado del espejo deja entrever su silueta y, por un momento, me descubro pensando en todo lo que hemos pasado hasta llegar aquí. Las mentiras, el peligro, la sangre... y ahora, esta calma casi irreal.

Parece que paso demasiados minutos observándola, porque solo salgo de su encantamiento cuando escucho como el agua deja de caer.

—¿En qué piensas amor? —pregunta, alzando una ceja mientras sale envuelta en una toalla.

—En que no me acostumbro a esto —le digo, y la atraigo hacia mí —. A despertarme sabiendo que mi mundo no es una mierda, a saber, que ya no estoy solo.

—No digas eso —susurra, rozando mi boca con la suya—. No siempre será fácil, pero merecerá la pena.

Y entonces no puedo estar más seguro: no es la casa, ni el futuro, ni siquiera la estabilidad lo que me hace sentir en paz.

Es ella.

Decido darme una ducha rápida y me visto con un traje negro clásico y una camisa color crema. Evelyn, con su elegancia habitual, ha escogido un vestido ajustado del mismo tono que hace imposible que me concentre en otra cosa que no sea su cuerpo. Aun así, me obligo a contenerme y bajamos al vestíbulo del hotel, donde el chófer ya nos espera.

Llegamos a Silverwood y nos dirigimos a nuestra nueva casa: una perfecta fusión entre lo moderno y lo rústico. Las paredes exteriores combinan piedra natural y madera; las grandes ventanas blancas permiten que la luz inunde cada rincón. En el interior, los techos altos y las vigas expuestas se mezclan con una cocina moderna y una sala de estar diáfana que transmite amplitud y calidez a la vez.

—Es perfecta —murmuro, recorriendo cada detalle con la mirada antes de fijarme en mi reina, buscando su reacción.

—Totalmente perfecta —susurra entrelazando sus dedos con los míos—. No puedo esperar para mudarnos, ¡es la casa de mis sueños!

"Tú eres la mujer de los míos."

Eleanor nos guía por cada rincón de la casa: los dormitorios acogedores, el amplio patio trasero con su jardín, la piscina y la terraza luminosa. Nos tomamos nuestro tiempo, imaginando cómo será nuestra vida aquí. Yo no puedo dejar de pensar en cuánto deseo llenar cada espacio con nuestras risas, con nuestros recuerdos… y con nuestras sombras.

Tras un par de horas, hago la transferencia final. La mujer nos entrega las llaves y nos desea suerte mientras sube al coche de su marido.

De vuelta en Nueva York, cenamos con los padres de Evelyn para compartir las buenas noticias. El viaje, aunque corto, nos deja con el tiempo justo para ducharnos y arreglarnos. Sus padres están emocionados, brindamos varias veces y la alegría se respira en cada gesto.

—Me gustaría anunciar algo —digo con cierto nerviosismo—. Como Evie ya sabe, voy a dejar mi puesto en Águila Negra.

Los ojos de Margaret se abren de par en par. Richard, en cambio, me guiña un ojo, recordándome la conversación que tuvimos aquella misma mañana:

«Recuerda, hijo, un hombre de verdad siempre mira primero por su mujer. Si Águila Negra va a acabar convirtiéndote en alguien

incapaz de hacer feliz a mi hija, y de verdad la amas, quizá ha llegado la hora de replantearte tus opciones.»

Aquella fue la primera vez que me sinceré con alguien a quien apenas conocía sobre el miedo a convertirme en alguien que no quería ser. Escuchar en voz alta lo que llevaba tanto tiempo rondándome la cabeza me hizo abrir los ojos de golpe.

Les explico que poco a poco estaba convirtiéndome en alguien que no quiero ser. Me entienden y me apoyan desde el primer momento, y bueno… supongo que es un alivio para ellos que su preciosa hija vaya a tener al fin una vida más normal.

—Mañana será mi fiesta de despedida —añado, todavía con nervios.

Evie sonríe con orgullo, apoyando su mano en la mía mientras trazo pequeños círculos en su pierna.

—Me encantaría contar con vosotros, si quisierais acompañarnos.

Ambos nos confirman que estarán encantados de celebrarlo con nosotros, tal como imaginaba. Beso el dorso de la mano de Evie antes de susurrarle un «te amo» apenas audible, aunque el rubor en sus mejillas me confirma que lo ha escuchado perfectamente.

—Por la familia, por cuidar de quienes nos cuidan y tomar decisiones que nos hagan felices —digo, levantando mi copa.

—Por la familia —repiten todos, chocando las copas con entusiasmo.

Tras la cena, me disculpo con Evelyn y con sus padres antes de retirarme.

—Tengo que irme, no es lo que más me apetece, pero debo ultimar unos detalles con Dominic.

—Claro mi amor, ve tranquilo —susurra Evelyn, sonriendo con esa mezcla de dulzura y apoyo que siempre me desarma.

Salgo del restaurante y me encuentro con Dom en mi despacho. Pasamos un par de horas asegurándonos de que todo está en orden.

Cada adorno encaja con la temática, cada preparación ha sido planificada con precisión.

—Todo está listo —asegura satisfecho—. A mí me parece que será un día inolvidable, pero me estás contagiando esos nervios que tienes a flor de piel.

—Gracias, hermano. No sé qué haría sin ti —confieso entre risas, dándole una palmada en la espalda.

Dominic me mira en silencio mientras revisa los planos del evento.

—Última oportunidad. ¿Estás seguro de todo esto? —pregunta con cautela.

—Sí. Es hora de cerrar un ciclo, la organización irá genial contigo al mando hermano.

—No hablo del trabajo. Hablo de ti, quiero que estés seguro de este tipo de decisiones, Evie es una buena mujer y te quiere, mi deber es preguntártelo, quiero que ambos seáis felices.

—Eres un buen amigo, Dom, lo apreciamos mucho, y respondiendo a tu pregunta… joder, nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida, deseo empezar de cero con ella, pero no me olvidaré de ti, capullo— lo tranquilizo dándole un golpecito en el hombro.

—Prométeme eso último.

Parece más serio que nunca, como si le aterrase la mera idea de perderme, pero nuestro vinculo es una de las cosas más importantes que tengo en mi vida, jamás dejaría que se perdiera.

Así que se lo prometo.

Nos quedamos en silencio, pero el mensaje está claro: nuestra amistad va más allá del negocio. Somos la familia que elegimos.

Antes de despedirnos, nos aseguramos de invitar a Lydia y a Davina. Dom llama a su madre y es él quien se encarga de anunciarle que ambas serán bienvenidas. Igual que con los padres de Evelyn, nos hemos preocupado de que por la mañana tengan la ropa que encargamos para ellas. Si no les gusta, podrán cambiarla,

pero a los dos nos ilusiona cuidar de esos pequeños detalles. Es la última vez que organizaremos algo así juntos, y queremos hacerlo perfecto.

De camino a mi habitación, los nervios regresan con fuerza.

La propuesta que tengo preparada para mañana no deja de martillear en mi cabeza. Me aseguré de que colocaran el anillo en una cajita, justo encima de la única rosa blanca del inmenso ramo que le entregaré: el más grande que haya visto jamás. Solo de imaginarlo sonrío, y así, con esa sonrisa aún en los labios, abro la puerta con cautela.

Me sorprendo al encontrar a Evelyn sentada en la cama, completamente absorta en su libro.

—¿No puedes dormir mi amor? —pregunto, sonriendo mientras me acerco.

—Estoy tan enganchada que ni me he dado cuenta de la hora —responde, alzando la vista con una sonrisa.

Me siento a su lado y le tomo la mano.

—Quería contarte algo. He invitado a mi madre a la fiesta. Parece que poco a poco vamos mejorando… pero no sé si ha sido lo correcto o si es demasiado pronto —confieso, trazando pequeños círculos en la palma de su mano—. No hacerlo habría sido peor, ¿no? pero sigo sin estar seguro.

—¿De verdad? —pregunta, sorprendida—. Eso es increíble, Christian. Estoy tan orgullosa… A mí me parece que hiciste lo correcto: se habría sentido desplazada, y tú tampoco estarías en paz sabiendo que todos están aquí menos ella.

La veo mirar con cierta inquietud hacia el armario. Cuando le sujeto el rostro entre los dedos para obligarla a que me mire, sonríe con timidez.

—No tengo nada que ponerme para una fiesta tan importante…

Que esa sea su preocupación me hace sonreír. Ella nunca parece comprender que, se ponga lo que se ponga, siempre será la mujer

más hermosa de cualquier lugar.

—No te preocupes por eso, reina —le respondo, besando su frente —. Ya me he encargado de todo. Tengo un vestido perfecto para ti.

Sus ojos se iluminan entre el alivio y la emoción.

—Siempre piensas en todo, Christian —susurra entre besos—. No puedo esperar para verlo.

—Te va a encantar —aseguro, besándola con devoción.

Nos acurrucamos juntos en la cama. Mientras se queda dormida en mis brazos, acaricio su pelo y me sorprendo pensando en lo mucho que ha cambiado mi vida… y en lo mucho que está a punto de cambiar.

CAPÍTULO 30
EVELYN



El ambiente del hotel es un torbellino de nervios y preparativos. Todo el mundo está pendiente de la fiesta de esta noche. Los empleados van y vienen con cajas de decoraciones, ultimando los detalles en la gran sala de baile, un lugar que apenas he frecuentado durante mi estancia aquí, ya que no se ha organizado ningún evento.

Desde el momento en que bajo al vestíbulo, siento una energía creciente apoderarse de mi cuerpo. Flores blancas y negras llenan cada rincón, cintas oscuras serpentean alrededor de las columnas y en las mesas redondas lucen manteles de satén blanco. En el centro de estas arden velas altas, rodeadas de pequeñas tarjetas que agradecen a los invitados su asistencia. Los camareros pululan con bandejas en la mano, ajustando la disposición de la comida y las bebidas con precisión casi militar.

—¿Te has fijado en lo impresionante que es esta sala? —le susurro a mi madre mientras observamos cómo los decoradores atan las últimas cintas negras.

—Es espectacular —responde ella, con los ojos fijos en las enormes lámparas que brillan como diamantes—. Esta fiesta va a ser increíble, nunca había visto nada parecido, cariño.

El personal trabaja incansablemente y cada nuevo detalle parece superar al anterior. Puedo imaginar el esfuerzo que todo esto ha

requerido, y me asombra la dedicación puesta en hacer que esta noche sea mágica.

Nos quedamos unos escasos minutos cotilleándolo todo, hasta que nos damos cuenta de que, si no subimos a las habitaciones para prepararnos, llegaremos tarde. Estoy tan emocionada que tengo los nervios y las expectativas latiendo bajo la piel, y es que nunca imaginé que algo así podría pasar, que estaría aquí, después de haberme liberado de los secretos y las mentiras, que encontraría el amor verdadero…

Supongo que estábamos destinados a encontrarnos, a amarnos, pero da vértigo pensar en todo lo que ha ocurrido para llegar hasta aquí.

Despertarme a su lado me hace tan feliz, que esta mañana, al notar su ausencia en la cama, me he despertado con el corazón encogido. Apenas crucé el pasillo descubrí a Christian saliendo de la habitación de mis padres. Sonreía con aire travieso, me besó con pasión y me dio un azote en el culo que todavía me arde— dijo que eso me pasa por estar husmeando—pero no conseguí sonsacarle que tenía entre manos.

Todavía no sé qué estaba tramando, pero la incógnita sigue palpitando en mi mente mientras me pruebo el vestido que él mismo me ha escogido para mí.

—Vamos, Evie, quiero ver cómo te queda —me anima mamá, expectante, mientras lo saco de su funda de seda.

Cuando la suave tela roza mi piel, no puedo evitar maravillarme ante mi propia imagen.

Es un vestido negro largo, con pequeñas rosas bordadas en blanco que destacan como luces en la penumbra. El escote en forma de corazón enmarca mis pechos, y la falda fluye hasta el suelo con elegancia.

Un vestido así no puede más que hacerme sentir la mujer más sexy del mundo.

—Estás preciosa, cariño —me halaga mi madre, con los ojos brillantes de orgullo… y algo más que no llego a descifrar.

Ella también guarda un vestido espectacular en el armario: blanco con bordados negros, sencillo en el corte, pero cargado de sofisticación. Se ciñe a la cintura y cae en pliegues delicados hasta las rodillas.

—Ahora es tu turno, mamá —la animo, sonriendo—. Quiero verte con tu vestido.

Se lo pone y nos contemplamos en el espejo, una junto a la otra. Nos reímos emocionadas: dos princesas atrapadas en un cuento con tintes oscuros.

De repente, la puerta se abre y aparece mi padre, con una sonrisa inusualmente amplia y un traje blanco impecable.

—¡Vaya, mis dos chicas están deslumbrantes! —exclama, abrazándonos.

—Papá, estás extremadamente feliz hoy —comento con cautela, estudiando sus facciones—. ¿Pasa algo que no sepamos?

—Nada en particular —responde, evitando mirarme directamente.

La sonrisa permanece anclada en sus labios, y la sospecha se clava en mí como un alfiler.

Algo ocurre, lo sé. Hay un murmullo secreto en todas partes, como si todo el mundo estuviera esperando a que me fuese para seguir hablando de algo.

¿Quizá ha pasado algo malo y no quieren preocuparme?

Retiro esa sospecha de mi cabeza con rapidez, claro que me lo dirían, y, además, la gente no parecería estar tan contenta.

Tengo que empezar a asumir que mi vida ya no va a seguir siendo una tormenta de la que deba refugiarme a cada instante, aunque me cueste.

Con Christian a mi lado, me siento a salvo. Sé a pies juntillas que él nunca dejaría que algo malo me ocurriese, y esa certeza debe

fijarse en mi mente cuanto antes, para poder dejar de estar en alerta.

Todo va a ir bien.

Respira.

Está haciendo esto porque es lo que él quiere.

Seréis felices, esta nueva vida le hará feliz.

Cuando por fin calmo mis nervios, consigo disfrutar del resto de la tarde.

Annie, mamá y yo nos reunimos en mi habitación para arreglarnos el pelo y el maquillaje. Annie está radiante con un vestido negro corto que acentúa su elegancia natural.

—¡Madre mía, estás increíble! —exclamo, casi ahogando un grito al verla reflejada en el espejo.

—Oh… gracias, querida. Hacía muchos años que no me sentía tan guapa… —admite, sonrojada—. Christian escogió a la perfección nuestros vestidos. Estoy tan emocionada, si hasta parezco joven otra vez…

Nos reímos y charlamos mientras nos arreglamos, disfrutando de estar las tres juntas. Sin embargo, una punzada de nostalgia me atraviesa: sé que estas reuniones dejarán de ser parte de mi día a día cuando nos mudemos.

Pero eso no significa que sea algo negativo, aquí podremos seguir contando los unos con los otros, solo que Christian y yo finalmente empezaremos una vida como una verdadera pareja. Me obligo a contener la emoción antes de que las lágrimas arruinen el maquillaje recién terminado.

Afuera, el cielo empieza a teñirse de tonos malva y dorados, reflejándose en los ventanales del hotel como si el mundo entero estuviera decorándose también para la fiesta.

Las manos de la estilista son expertas. En poco tiempo, mi larga melena cae en suaves ondas sobre la espalda, acentuando el vestido

más si cabe. Retocan mi maquillaje con precisión, realzando mis ojos y mis labios hasta volverlos armas de seducción.

—Estás lista para deslumbrarlos a todos, Evelyn —asegura mamá.

—Te quiero —le respondo, depositando un beso en su mejilla que provoca una sonrisita de lo más adorable.

A Annie también la están dejando preciosa, con un recogido elegante que deja algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Mi madre, en cambio, ha optado por un moño bajo que resalta la firmeza de sus facciones y complementa a la perfección su vestido.

—Eve, ¿puedes ayudarme con este collar? —me pide mamá, tendiéndome una delicada joya de perlas—. No estoy acostumbrada a estos lujos, temo romperlo.

Ambas reímos, y Annie se une enseguida a nuestra carcajada.

—Por supuesto—respondo con un suspiro divertido mientras le cierro el broche con cuidado.

Cuando terminamos, nos sentamos en la sala de estar. Esta vez ya no puedo ocultar los nervios que me recorren las venas.

—¿Creéis que todo saldrá bien? —murmuro, más para mí misma que para ellas.

—Estoy segura de que será una noche perfecta —susurra Annie con voz calmada, dedicándome una mirada tranquilizadora—. Christian y Dominic han planeado cada detalle con mucho cariño.

Relajo los hombros, intentando creer esas palabras lo suficiente para mantener la respiración estable.

La hora llega y descendemos hacia la gran sala de baile. El lugar está irreconocible: luces cálidas y tenues bañan las paredes, las mesas lucen con un exceso de elegancia casi irreal, y una música suave envuelve el ambiente en un aura mágica. Cada rincón grita perfección y no puedo evitar sentir una punzada de admiración… y también de orgullo. Christian y Dom son, sencillamente, el equipo ideal.

—Es simplemente perfecto —suspiro, observando todo con asombro.

—Realmente se han superado —añaden ambas casi al mismo tiempo.

Los invitados comienzan a llegar. El murmullo crece, las risas llenan la sala y se inunda de rostros desconocidos. Entre la multitud distingo a Lydia, del brazo de una mujer con un parecido inquietante a Dominic. La emoción en el aire es casi palpable, pero también me resulta abrumadora: todos han venido por Christian, porque lo respetan… porque le temen tanto como lo valoran.

Mi hombre es increíble.

Y entonces, lo siento.

No necesito verlo, mi piel se estremece, las mejillas se me sonrojan y se me tensa todo el cuerpo.

Está aquí.

Christian tiene ese efecto en mí: su presencia es un imán invisible que dobla mi voluntad.

Aparece enfundado en un traje negro impecable. Su cuerpo se me antoja demasiado grande en la distancia, sus músculos amenazan con deshacer mis buenos modales, y tengo que apretar las piernas para contener un jadeo. El cabello peinado hacia atrás resalta la intensidad de sus ojos grises, tan oscuros que parecen guardar secretos imposibles de descifrar.

Esos ojos, son los que quiero tener ante los míos el resto de mi vida.

A su lado camina Dominic, igualmente elegante y guapísimo. Cuando me descubren entre la multitud, ambos sonríen. Dom empieza a hablar con algunos invitados, pero Christian no puede evitar venir hacia mí como si me necesitase para seguir respirando, y eso me hace amarlo con más intensidad de la que creía posible.

Mientras avanza hacia mí, siento la excitación recorrerme la piel. Cuando se planta frente a mí y toma mi mano, un fuego abrasador

me invade de golpe.

—Perfecta —murmura con una media sonrisa, haciéndome girar como si fuera una princesa—. Como siempre, mi reina.

Nos intercambiamos halagos entre besos y sonrisas. Para cuando llega el momento de sentarnos a cenar, los nervios que me atenazaban horas atrás han desaparecido casi por completo, reemplazados por una expectación peligrosa.

Durante la cena reina la alegría y la tranquilidad. Todos parecen relajados, riendo y compartiendo historias. Mi padre está especialmente animado, lo cual no hace más que aumentar mi sospecha de que algo se esconde bajo la superficie.

De pronto, los focos se encienden, bañando de luz la mesa hacia la que avanzan Christian y Dominic.

El murmullo se apaga poco a poco: ha llegado el momento de dar comienzo al discurso que llevan días preparando.

CAPÍTULO 31
CHRISTIAN



El salón está repleto y la expectación se palpa en el aire.

Dominic y yo permanecemos al frente, intercambiando una mirada cargada de nervios y emoción. Esta noche no es solo una fiesta, es el inicio de algo más grande.

El murmullo del salón es un como un oleaje. Las luces doradas se reflejan en las copas, y el aire está impregnado de perfume, expectación y un leve temblor de nervios que no logro disimular. Veo a los rostros conocidos —leales, curtidos, algunos incluso marcados por las cicatrices de la vida que compartimos— y siento una mezcla extraña de orgullo y melancolía.

Dominic se inclina hacia mí, apenas unos centímetros.

—¿Última oportunidad, estamos seguros de esto? —susurra con una sonrisita de lo más vacilona, pasándoselo en grande mientras observa como los nervios me salen por los poros.

—Más que nunca, hermano —respondo.

Doy un paso al frente, respiro hondo y dejo que el silencio se apodere del lugar antes de comenzar.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche —comienzo, mi voz resuena firme en la sala y todas las miradas se vuelven hacia mí—. Águila Negra siempre ha sido mi hogar. Aquí encontré mi familia, mi apoyo y mis raíces.

Un aplauso recorre la multitud y sonrío, sintiendo en el pecho la calidez de pertenecer a algo que va más allá de la sangre.

—Quiero aprovechar este momento para daros las gracias por haber sido parte de este viaje. —Recorro la sala con la vista, buscándola a ella, fijándome en cada detalle de su figura mientras se me calienta la sangre—. Cada uno de vosotros ha contribuido a que hoy estemos aquí, y por eso os estaré eternamente agradecido, sin embargo…

Hago una pausa. Una gota de sudor frío me resbala por la espalda; Dominic lo nota y aprieta mi hombro, un gesto silencioso de apoyo que me da fuerzas para continuar.

—Esta noche quiero anunciar algo muy importante. —Respiro hondo, sintiendo la carga de cada palabra—. Dominic y yo hemos trabajado juntos durante muchos años como líderes, pero ha llegado la hora de que yo me retire.

El murmullo de asombro es inmediato. Puedo leer la incredulidad en los rostros, la duda en los gestos. No les dejo tiempo a cuestionarse demasiado lo que acabo de decir.

—Aunque esto siempre será parte de mí, no estamos aquí para dar malas noticias, sino todo lo contrario. —Aprieto con firmeza el hombro de Dom—. Este legado lo construimos juntos, y no hay nadie más capacitado para liderar Águila Negra que él. Siempre ha sido mi mano derecha, y a partir de hoy, Dominic estará al mando.

Él da un paso adelante. Hay un atisbo de inseguridad en su mirada, pero la sonrisa orgullosa lo eclipsa.

—Es un honor para mí tomar este cargo —dice con voz clara—. Prometo continuar lo que Christian inició y llevar Águila Negra hacia nuevos horizontes. Siempre voy a necesitar a mi hermano —lanza una mirada cómplice hacia mí—, así que no creáis que se librará tan fácilmente de esto—asegura provocando unas risas que ahuyentan los rostros sorprendidos de nuestros invitados—. Estoy seguro de que esta decisión nos traerá prosperidad, lo que hacemos aquí es

tan increíble como necesario, y puedo asegurar que seguirá siendo de esta forma.

Los aplausos se alzan como un trueno, ensordecedores. El orgullo se refleja en mi rostro al ver a mi hermano recibir el respeto que merece.

—Pero las sorpresas no han terminado. —Levanto la mano, pidiendo silencio. El bullicio se apaga poco a poco—. Quiero robaros un momento más de atención.

Mis ojos buscan a Evelyn entre la multitud y la encuentro. Su rostro muestra entre curiosidad y orgullo, y ese contraste me golpea con fuerza en el pecho.

—Evelyn, mi amor… ¿puedes acercarte, por favor? —mi voz se suaviza, pero deja traslucir que algo estoy tramando.

Un foco cálido se enciende sobre ella. Todo alrededor queda en penumbras, y ese contraste hace que destaque aún más, como si fuera lo único que importase en el mundo.

Porque lo es.

La observo avanzar hacia mí y siento cómo una oleada de amor y determinación me invade.

Jack se encarga de hacerme llegar el ramo de rosas negras con una única rosa blanca en el centro. Una pequeña cajita descansa oculta entre los pétalos. Tomo el ramo con cuidado, mi corazón late con fuerza, y no puedo evitar sonreír al ver cómo sus ojos se fijan en lo que sostengo.

La sorpresa en su mirada me atraviesa, y mi cuerpo entero responde al modo en que me observa. La adrenalina me enciende las venas.

—Evelyn, desde el momento en que te conocí, supe que me cambiarías la vida para siempre.

Por un instante, el tiempo parece detenerse. Evelyn me mira, sin saber aún qué estoy a punto de hacer. El murmullo se desvanece,

como si el mundo se contuviera esperando mi siguiente respiración. Dominic sonríe con una discreción casi fraternal.

Sostengo el ramo con una mano y siento el peso simbólico del momento: la oscuridad y la luz, siendo uno. Agarro su delicada mano mientras la miro a los ojos, sin evitar maravillarme ante su belleza.

Mis rodillas tocan el suelo al postrarme ante ella.

—Has sido mi guía, mi inspiración. Recuerdo cuando me dijiste que eras cautiva de mi oscuridad… Pensé que nunca encontraría a alguien como tú. Pero déjame confesarte algo, reina: *yo soy cautivo de tu luz.*

Un silencio reverente se extiende por la sala. Puedo ver cómo las lágrimas brillan en sus ojos. Abro la cajita, revelando el anillo, y mis palabras fluyen con la fuerza el amor que nos consume.

—Evelyn, eres todo lo que una vez soñé. No concibo un futuro que no sea contigo. El amor que me das cada día es el motor de mi existencia. Ya soy el hombre más afortunado del mundo por haberte conocido, pero quiero más. —Humedezco mis labios, paladeando el vértigo del instante—. Contigo lo quiero todo, mi amor. ¿Me harías el hombre más afortunado del mundo, casándote conmigo?

Extiendo la cajita con el anillo hacia ella para que pueda apreciar los detalles, la fusión de la oscuridad y la pureza que simboliza lo que somos.

Ella me mira con un amor incondicional que me hace dudar de que sea posible amar más a alguien. Sus ojos brillan, cargados de lágrimas de felicidad, antes de posarse en los míos.

—Sí, mi amor. Por supuesto que quiero casarme contigo.

La sala estalla en aplausos y vítores. Me incorporo y deslizo el anillo en su dedo, justo cuando del techo comienzan a caer pétalos de rosas, envolviéndonos en un suave manto de flores. La cojo con un brazo mientras con el otro sostengo el ramo y la hago girar, arrancándole mi sonido favorito: su risa.

Poco a poco el salón vuelve a estar iluminado, Dominic se abre paso entre la multitud, abrazándonos con fuerza, y su voz nos llega emocionada apenas audible entre los vítores.

—Joder, hermano, estoy muy orgulloso de vosotros, vais a ser tan felices… —asegura mientras toma la mano de mi prometida para observar lo bien que le queda el anillo.

Río, con lágrimas contenidas, mientras Evelyn lo abraza también. El público sigue aplaudiendo, algunos se limpian pequeñas lágrimas de emoción, otros se acercan a felicitarnos.

Veo a nuestra familia unida, celebrando nuestro amor, y por primera vez en años, me alegro de tener una.

Los invitados se acercan a felicitarnos y, en medio de aquella euforia, me asalta una certeza. Siempre pensé que tenía todo lo que necesitaba, pero ahora comprendo que la verdadera riqueza de un hombre es el amor de la mujer que ama.

—Eres el amor de mi vida—susurro en su cuello, mientras la sostengo contra mí—. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

—Convertirme en tu mujer es el mejor regalo que podías hacerme, mi amor—responde entre besos y sonrisas—. No me lo esperaba, pero nunca he tenido nada tan claro en mi vida como esto.

Dom se une a nosotros. Le tiende una copa a Evie antes de ofrecerme una a mí, y los tres la alzamos para brindar.

—Por vosotros, por Águila Negra —propone, con voz firme—, y por todo lo bueno que nos ha dado.

Repetimos sus palabras y chocamos las copas. Aunque quizá no todos entiendan lo que significa para nosotros, sé que esta decisión es la mejor que podíamos haber tomado, una vez más, juntos.

—Yo quiero brindar por mi futura esposa —añado divertido, provocando que todos levanten sus copas con rapidez—. Ojalá tengáis la suerte de encontrar a alguien como ella.

El brindis se repite y la música comienza a sonar, tejiendo a nuestro alrededor un círculo de felicidad absoluta.

—Te amo, Christian —susurra Evelyn, con sus labios encontrando los míos.

Miro alrededor y me encuentro rodeado de mis amigos, mi familia y, sobre todo, de Evelyn, la mujer que ha cambiado mi vida para siempre. Me siento completo, pleno y esperanzado.

Entonces veo a mi madre acercarse con timidez. Me sorprendo al descubrir que, por primera vez, bajo la guardia y le permito acercarse.

—Enhorabuena, chicos —nos felicita con una sonrisa sincera—. Estoy segura de que seréis muy felices.

Evelyn, decidida, me entrega el ramo de rosas y abraza a mi madre. El gesto me desconcierta por lo espontáneo, sobre todo después de lo que ocurrió cuando se conocieron, pero al mismo tiempo me conmueve.

—Muchas gracias —le dice en un susurro, apartándose un poco—. Solo espero que, con el tiempo, todos encontremos la manera de ser una familia.

Asiento en silencio y deposito un breve beso en la mejilla de mi madre, más por cortesía que por verdadero deseo. Aun así, me parece un buen inicio, un gesto pequeño pero significativo. Y agradezco a Evelyn que haya sido ella quien diera el primer paso hacia esa reconciliación, que se me antojaba imposible.

Cuando mi madre se aleja unos pasos, Evelyn la sigue con la mirada, aún conmovida.

Me quedo observándolas, sintiendo cómo algo se afloja dentro de mí. Quizá el perdón no llegue de golpe; quizá se construya así, entre silencios y gestos pequeños.

La música baja de intensidad. Los pétalos en el suelo se mezclan con las huellas de nuestros pasos, y las luces del salón tiñen de dorado el anillo que brilla en la mano de Evelyn. Todo parece estar al

fin en su lugar: la mujer que amo, mi hermano riendo con los nuestros, mi familia unida.

Es imposible ser más feliz, y me esforzaré por mantener esta felicidad para siempre.

CAPÍTULO 32
EVELYN



La noche ha sido perfecta, y no puedo dejar de sonreír mientras observo con amor el anillo que me adorna el dedo.

Mis padres se acercan a mi lado, radiantes, con sus rostros iluminados por el orgullo y la felicidad.

—Estamos tan contentos por ti, cariño —dice mamá, abrazándome con fuerza—. Christian es un hombre maravilloso y sé que seréis muy felices juntos.

—Gracias, mamá. Significa mucho para mí que estéis aquí —respondo, sintiendo una oleada de gratitud.

Papá se acerca y nos envuelve a ambas en un abrazo.

—Siempre supe que encontrarías a alguien especial, mi princesa. Christian es afortunado de tenerte.

—Y yo de teneros a vosotros—respondo, con lágrimas de emoción nublando mi visión.

La fiesta continúa sin incidentes. La decoración, la música y la alegría general crean una atmósfera mágica. Los invitados felicitan a Dominic por su nuevo cargo y a nosotros por nuestro compromiso. Aunque algunos se muestran apenados por la marcha de Christian, todos nos ofrecen sus mejores deseos.

Entonces él se acerca. Y su sonrisa, tan segura, me provoca un estremecimiento.

—¿Lista para irnos, reina?

—Lista —respondo, riendo mientras me alza en sus brazos.

Me lleva hasta su habitación. Al abrir la puerta, me quedo sin aliento: la cama está cubierta de pétalos de rosa, componiendo un escenario intensamente romántico.

—¿Cuándo has organizado todo esto? —pregunto, divertida— Menos mal que he dicho que si eh…

—Sabía que me dirías que sí —responde con esa arrogancia que a veces me desespera, pero que esta noche me derrite.

—Eres un creído —le reprocho entre risas, dándole un golpe suave en el pecho.

—No puedes llamarme creído si es la verdad. Sabía que aceptarías porque eres el amor de mi vida —lo dice con tal naturalidad que me desarma.

Me pierdo un instante observando el anillo. Christian toma mi mano y la besa con una devoción que me hace arder por dentro.

—No podía esperar para ponértelo. Me moría de ganas —susurra con una intensidad que me deja sin aire.

—Christian... —balbuceo, con el corazón desbocado.

No me deja terminar. Sus labios capturan los míos con urgencia, y la pasión estalla entre nosotros. Mis manos recorren su espalda, sintiendo la tensión de sus músculos, y me aferro a esa fuerza que siempre me ha atraído tanto como me ha asustado.

La ropa desaparece poco a poco, cada prenda cayendo al suelo como una rendición inevitable. Él desabrocha mi cremallera y tira de mi vestido hacia abajo, despacio, como si deshacerme de él fuera un ritual íntimo. Gimoteo en respuesta, sintiendo el roce de sus dedos en mi espalda, en mis costillas, como brasas encendidas. Cuando su torso se pega al mío, el calor me sube a la cara y me recorre entera.

Noto la humedad acumularse entre mis piernas y su dureza en mi espalda mientras me guía suavemente hasta la cama, retrocediendo conmigo sin soltarme, sin dejar de mirarme. Mis piernas chocan con

el colchón y caemos sobre el lecho cubierto de pétalos. Apenas noto su aroma: estoy demasiado concentrada en él, en cómo se mueve encima de mí, en el peso de su cuerpo, en la tensión deliciosa de sus músculos.

Se detiene un segundo, mirándome con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Joder… me muero por follarme a mi prometida.

Su voz es un latigazo que me atraviesa. Me estremezco. Sus manos, firmes y lentas, exploran cada rincón de mi cuerpo, sin prisa, sin titubeos. Me acaricia como si quisiera memorizarme. Cuando sus dedos se detienen en mis pechos, jadeo al sentirlos trazar círculos suaves sobre mis pezones ya endurecidos. Y entonces, su boca. Sus labios bajan por mi cuello, dejando un rastro ardiente hasta mi pecho.

Cada beso parece una promesa de rendición y dominio a la vez. Sus labios envuelven uno de mis pezones y succiona con fuerza justa, provocándome un gemido ahogado. Alterna con la lengua, acariciando, saboreando, mientras su otra mano juega con el otro pecho, apretando, pellizcando, provocando. Mi cuerpo se arquea involuntariamente, buscándolo.

—Eres mía —gruñe contra mi piel, con la voz ronca, casi quebrada por el deseo.

Su respiración se acelera a la par que la mía. Siento sus labios deslizarse más abajo, dejando un reguero húmedo por mi abdomen. Cada beso es una anticipación que me vuelve loca. Cuando llega a mis muslos, ya estoy temblando. Los separa con decisión y me besa suavemente entre ellos, tan cerca de donde más lo necesito que apenas puedo soportarlo. Luego me mira con esos ojos donde conviven el amor y la lujuria.

—Quiero hacerte sentir todo lo que tú me haces sentir a mí, Evelyn. Quiero que esta noche sea inolvidable para ti —su voz es una súplica cargada de anhelo.

—Ya lo es —respondo con sinceridad, sintiendo como mi corazón golpea con fuerza.

Christian se toma su tiempo, explorando cada rincón de mi cuerpo con labios y manos. Me acaricia los muslos por dentro con los pulgares, arranca de un tirón mi ropa interior y se inclina para lamerme con lentitud. Jadeo con fuerza, aferrándome a las sábanas. Su lengua es experta, precisa, adictiva. Traza círculos, juega con mis límites, me lleva al borde y me retiene ahí. Cuando desliza dos dedos dentro de mí, gimo su nombre, completamente rendida.

—Por favor... —jadeo apenas, la voz rota por la necesidad.

Él sonríe, victorioso, y acelera el ritmo con los dedos mientras su lengua no se detiene. Cada movimiento suyo me arrastra más y más cerca del orgasmo. Me agito bajo su boca, temblando, suplicando sin palabras. Y justo cuando siento que me deshago, se detiene.

Me mira desde abajo, con los labios húmedos, y sube por mi cuerpo. Me besa con urgencia, me traspasa el gemido con la lengua. Su miembro roza mi entrada y mis caderas se mueven instintivamente, buscándolo, deseándolo.

Sus labios reclaman los míos en un beso urgente, desesperado. Nuestros cuerpos se buscan, se reconocen, y todo lo demás desaparece. Solo existimos él y yo.

La intensidad crece con cada embestida, cada roce que nos arrastra más cerca del abismo. Me aferro a sus hombros, le marco la espalda con las uñas, le susurro su nombre una y otra vez. Mi cuerpo se tensa y, con un grito ahogado contra su boca, me dejo caer, desbordada por un torrente de placer y emociones. Christian me sigue poco después, estremeciéndose contra mí, los ojos cerrados como si también estuviera perdido en ese mismo vértigo.

Nos quedamos tumbados entre los pétalos de rosa, respirando al unísono mientras la calma nos envuelve. Me abraza con fuerza y sus labios rozan mi frente.

—Te amo, Evelyn. No puedo esperar para pasar el resto de mi vida contigo —murmura, estrechándome contra su pecho.

Le sonrío, incapaz de articular palabras. Mis dedos se pierden en su cabello, jugando con los mechones que se le pegan a la frente.

—No puedo creer que esto sea real —susurro—. Que todo lo que hemos pasado nos haya traído hasta aquí.

—Lo es —responde, obligándome a levantar la cabeza para mirarle. Sus ojos están tan cerca que me veo reflejada en ellos—. Ya no hay sombras, ni guerras, ni nada que pueda separarnos. Solo tú y yo.

Nos reímos en voz baja, entre besos perezosos, saboreando el silencio después de la tormenta. Sus manos dibujan círculos distraídos en mi espalda, y yo dejo que el sonido de su respiración me arrulle.

Entre susurros, hablamos de nuestro futuro, emocionados por la vida que nos espera en nuestra nueva casa.

—Quiero poner rosas en el jardín —digo medio dormida—. De esas que huelen a amor y a hogar.

—Y una terraza para desayunar al sol —añade él, acariciando mis dedos—. Prometo que no te despertaré antes de las nueve.

—Mientes fatal.

—Tal vez, pero solo un poco —responde con una sonrisa torcida.

Reímos, imaginando muebles, paredes pintadas de blanco y un perro correteando entre nosotros. Es un sueño sencillo, pero más valioso que cualquier misión o victoria.

El cansancio nos vence y acabamos quedándonos dormidos, acurrucados el uno junto al otro.

A la mañana siguiente, el sol entra por la ventana y nos tomamos nuestro tiempo para recoger nuestras cosas. No cuesta demasiado: casi todo está ya en la nueva casa gracias a Christian. Solo guardamos en una pequeña maleta algunas prendas que todavía quedaban aquí.

Dominic y Annie nos abrazan con fuerza, prometiendo que vendrán a visitarnos pronto.

—Voy a echaros de menos —confiesa Annie, con lágrimas en los ojos.

—Yo también os echaré de menos, capullos—se lamenta Dominic —pienso denunciaros por abandono, que lo sepáis.

Todos nos reímos de sus ocurrencias, y es que, aunque todos estemos un poco tristes por esta despedida, en realidad sabemos que será lo mejor, y que seguiremos igualmente unidos.

—Nosotros también os vamos a echar de menos —aseguro, con la emoción atenazándome la garganta.

Mis padres también se preparan para marcharse, pero no sin antes regalarnos una última despedida.

—Estamos muy orgullosos de vosotros —dice mamá, abrazándonos fuerte—. Siempre estaremos aquí para lo que necesitéis.

—Gracias, mamá. Gracias, papá —respondo, apretándolos con todo mi cariño.

Finalmente, Christian y yo subimos al coche, esta vez conduce él y es imposible estar más irresistible al volante.

Estamos listos para dejar atrás el lugar que ha sido nuestro hogar durante este tiempo.

El lugar que nos ha visto enamorarnos.

Mientras nos alejamos, la nostalgia se mezcla con la anticipación. Él calma mis nervios dibujando círculos en mi palma y colmándola de besos.

—¿Preparada para empezar de cero, mi amor? —pregunta sin apartar la vista de la carretera.

—Contigo, siempre —respondo, y sonrío al ver cómo el sol inunda el horizonte.

Las calles conocidas se quedan atrás, empequeñeciendo en el retrovisor. Y aunque aquí comenzó todo, no puedo esperar a descubrir cómo será nuestra vida juntos: sin guerras, sin misiones que amenacen con arrebatárnosla, solo nosotros.

Por y para siempre.

CAPÍTULO 33
CHRISTIAN



Conduzco el único coche que no le he dado a Dom: un Aston Martin DBS Superleggera azul cobalto, por las carreteras que nos llevan a nuestra nueva casa. Evelyn está a mi lado; su mano está entrelazada con la mía y no puedo evitar sentir una nostalgia sorda mientras nos alejamos del lugar que me ha visto crecer y enamorarme.

—¿En qué piensas, cielo? —pregunta Evelyn, rompiendo el silencio.

—En todo lo que hemos vivido en Águila Negra —confieso con una sonrisa sin apartar la vista del camino—. He pasado tanto tiempo allí, controlando cada detalle… Es difícil dejarlo todo en manos de otra persona, aunque ese alguien sea Dom.

Las palabras resuenan con más verdad de la que esperaba. Me doy cuenta de que esta es la primera vez en mi vida que me dejo llevar por un impulso sin calibrar cada consecuencia, sin priorizar la imagen o el deber: nunca me había permitido pensar en mi propia felicidad hasta ahora.

—Es normal —dice ella—. Al fin y al cabo, has pasado prácticamente toda tu vida con Dom. Pero hiciste lo correcto. Él es increíble y cuidará de todo como tú lo harías.

Le doy la razón sin dudar, Dom es el mejor; confío en él. Aun así, una ansiedad fría me acompaña: no estoy acostumbrado a no

controlarlo todo. Sin embargo, mirar a Evelyn me regala una certeza.

Por ella, puedo renunciar a viejas costumbres; por ella, cuestiono lo que creía inamovible.

—Gracias, reina —digo, besando su mano—. Gracias por llegar a mi vida y por hacerme ver las cosas de otra manera.

Bajo la mano y aprieto su muslo con cuidado; el gesto es pequeño pero íntimo, marcándola como mía mientras me pierdo en su aroma embriagador.

El viaje transcurre en un silencio cómodo. El sol se refleja en la carrocería y proyecta destellos sobre su rostro adormilado; la hace todavía más preciosa. El recuerdo de su risa al pasar por un campo de flores y el brillo de sus ojos cuando nos acercábamos a la casa suman una capa de magia al momento.

Al llegar, me invade una sensación inesperada: como si, por fin, hubiese encontrado mi lugar. La casa no necesitaba obras, pero he preparado una sorpresa para Evelyn —un regalo por el compromiso — y no puedo esperar a ver su reacción.

—Bienvenida a nuestro nuevo hogar, futura esposa —digo, abriendo la puerta principal y dejándola pasar primero.

Evelyn entra, con los ojos llenos de curiosidad y emoción. La llevo por la casa con un juego de indicios que hace subir su expectación hasta que llegamos a una habitación que antes fue solo un armario para trastos.

Abro la puerta con una sonrisa: he convertido ese hueco en su rincón de lectura.

—Christian, ¿qué es esto? No, no puede ser, ¡Me encanta! —me abraza como una niña pequeñita, con esa ilusión que me enloquece.

Cuando su rostro se ilumina, todo lo demás desaparece.

—Tu espacio de lectura —respondo—. Sabía que necesitarías un lugar para relajarte y desconectar con esas historias que tanto te gustan.

La habitación está perfectamente pensada: estanterías repletas de libros, una mesa de madera antigua, una butaca cómoda junto a grandes ventanales que dejan entrar luz natural; plantas que cuelgan con descuido artístico, cuadros con rosas y frases literarias y una alfombra suave que amortigua cada paso.

—Dios mío… Christian, esto es demasiado —dice en un susurro y se precipita a mis brazos de nuevo.

—Sabía que te gustaría, y no hay nada que yo no haría por ti, pequeña —le recuerdo mientras la abrazo con fuerza.

Reímos al recorrer las habitaciones, abriendo puertas, comentando cada detalle. Evelyn se detiene frente al ventanal del dormitorio principal; el atardecer tiñe su piel de dorado y, por un instante, me deja sin aliento.

—No puedo creer que esto sea nuestro —dice, girándose hacia mí.

—Es real, reina —respondo acercándome. La rodeo por la cintura y la atraigo contra mí—. Tú y yo, la luz y la oscuridad por fin se han encontrado.

Nos besamos despacio, con esa calma que solo llega cuando ya no hay prisas ni miedos. Sus manos suben por mi cuello, las mías se pierden en su espalda. El mundo queda reducido al sonido de su respiración y al roce de nuestras bocas. Cuando se separa, sus ojos brillan como si el futuro estuviera justo ahí, al alcance de la mano.

Después de colocar nuestras cosas en los armarios, pasamos la tarde cocinando juntos. Preparamos una ensalada fresca y pasta al pesto. Nos reímos, nos rozamos a propósito y disfrutamos de cada instante. La cocina se llena del sonido del cuchillo sobre la tabla, del aroma a albahaca, del calor que desprende el horno y del ritmo silencioso de nuestras miradas cómplices. En algún momento, Evelyn derrama unas gotas de aceite y, al inclinarse para limpiarlas, su cabello roza mi brazo. Ese simple contacto basta para encenderme.

—Eres un desastre adorable —le digo, con una sonrisa que me traiciona.

—Y tú un chef frustrado —responde ella, sin dejar de remover la pasta.

—Tal vez —susurro, rodeándola por detrás y besándole el cuello—, pero cocino mejor cuando tengo esta vista.

Ella ríe, se aparta a medias, aunque no de verdad. Me lanza una mirada por encima del hombro que me desarma, esa que mezcla picardía y ternura en la proporción exacta.

Gracias a que mi personal dejó la casa impecable, lo único de lo que debemos preocuparnos es de estar el uno con el otro.

—No puedo creer lo tranquilo que me siento aquí —confieso mientras nos sentamos en el gran jardín para cenar.

La brisa arrastra el olor de la hierba recién cortada, y el atardecer cae oblicuo sobre la mesa, tiñendo el mantel blanco de reflejos dorados.

—Es un cambio agradable, ¿verdad? —responde Evelyn, sonriendo.

—Sí, y debo admitir que, con ese anillo en tu dedo, me pareces aún más sexy —bromeo, guiñándole un ojo.

—Oh, ¿de verdad? —ríe ella—. Pues me alegra, porque no pienso quitármelo jamás.

Atraigo sus labios a los míos en un beso hambriento y posesivo. El sabor del vino se mezcla con el de su boca, y por un momento olvido que seguimos al aire libre, pues mi cuerpo arde por ella como si estuviéramos en el mismismo infierno. Con las mejillas encendidas por el acto inesperado, Evie se pasa los dedos por los mechones sueltos que enmarcan su rostro antes de volver a centrarse en su ensalada. No puedo resistirme a ella, nunca la tengo lo suficientemente cerca.

Después de cenar, vamos a la gran sala para ver los últimos capítulos de The Originals. Evelyn está ilusionada por terminar la serie, y me encanta observarla cuando disfruta: sus ojos brillan y su sonrisa ilumina la habitación.

Se enrosca a mi lado, con una manta cubriéndole las piernas. Su entusiasmo al hablar de los personajes es contagioso; gesticula, ríe, comenta cada escena. Me quedo mirándola, maravillado por la naturalidad con la que transforma lo cotidiano en algo perfecto.

—Te encanta esta serie, ¿verdad, reina? —le pregunto, pasando un brazo por sus hombros.

—Sí, me fascina. Ojalá Annie la termine de ver pronto para poder comentarla con ella —divaga con cierta nostalgia.

Aunque intente disimular, sé que la echa de menos. Lo sé porque a mí me pasa lo mismo con Dom.

La beso con intensidad, buscando arrancar de su mente esa punzada de melancolía.

—No puedes besarme así… —susurra, completamente alterada.

Observo cómo junta las rodillas y cómo su boca se entreabre.

—¿Por qué? —provoco con una sonrisa torcida—. ¿Te asusta lo mucho que te pone?

Evelyn responde con una risa nerviosa y me da un empujón suave, aunque la forma en que me mira desmiente cualquier intento de resistencia.

Parte de la noche transcurre entre risas, besos y caricias. En un momento, terminamos descalzos, corriendo sobre el césped húmedo, riendo como si fuéramos dos adolescentes que acaban de descubrir lo que es sentirse vivos. Por primera vez en años me siento libre, y esa libertad tiene su nombre grabado en cada latido.

Antes de darnos cuenta, son las dos de la mañana. Pienso en lo agotada que debe de estar por la intensidad de las emociones.

Tiene los pies repletos de pequeños trocitos de hierva y ha acabado con nata en la nariz, lo cual la hace lucir tan adorable que me provoca lamer esa nata y jugar con ella hasta que me suplique que la haga mía.

—¿Por qué no te das un baño relajante mientras yo ordeno nuestro desastre? —le sugiero, controlando las ganas de limpiarla yo

mismo con la lengua, tal como acabo de imaginar.

—Me parece estupendo —responde, dando pequeños saltitos y besándome antes de subir al baño.

Mientras ella se relaja, lo dejo todo impoluto. Me gusta oír el agua correr en el piso de arriba, imaginarla sumergida entre la espuma, los ojos cerrados, la piel brillando bajo la luz cálida.

Cuando Evelyn baja en pijama, su piel está radiante, su cabello húmedo aún gotea en mechones rebeldes, y siento el fuego encenderse en mi interior.

—Mi futura esposa… Cada día me gustas más, ¿lo sabías? —digo, acercándome a ella con voz baja.

—¿Sí? —responde sonriendo tímidamente—. Bueno, mi futuro esposo es el hombre más sexy del mundo, así que supongo que seremos un matrimonio con suerte.

La cojo en brazos y nos dirigimos a nuestro dormitorio, donde el olor de Evie ya se ha instalado en todas partes y me hace mojarme los labios, hambriento de ella e incapaz de saciarme.

—Tengo que confesarte algo —susurro con un nudo en el estómago—. Es la primera vez que siento que tengo un hogar, que las cosas van como deben. Y, créeme, yo no temo a nada… pero esto casi me parece imposible.

—Es real —responde apoyándose en mí—. Es tu hogar, nuestro hogar.

La observo un instante, y algo en mí se rinde.

—Quítate el pijama, reina —le ordeno con la voz ronca—. Es hora de que mi futura mujer y yo estrenemos esta casa como se merece.

CAPÍTULO 34
EVELYN



Tres meses después.

Hace ya unos meses que nos mudamos y todavía me cuesta creer lo increíble que es nuestra vida. A veces, mientras preparo café por las mañanas y oigo el murmullo de los pájaros en el jardín, me parece imposible que todo esto sea real. La calma que reina en esta casa tiene algo casi irónico, sabiendo de dónde venimos. Pero cada rincón —desde el ventanal del salón hasta el sonido de su respiración mientras duerme— me recuerda que merecemos esta vida.

Durante este tiempo he invitado periódicamente a Annie, a Lydia y a mis padres; todos están entusiasmados con la boda que se aproxima. Quería que la madre de Christian también formara parte de esto, porque sé lo importante que es para él, aunque nunca lo diga en voz alta.

Su relación no es idílica: no se abrazan al verse ni se dicen lo mucho que se quieren, pero las sesiones de terapia en nuestro salón, junto a Annie, cada vez avanzan más. A veces los escucho desde la cocina: las pausas, los suspiros, el esfuerzo casi físico que supone cada palabra. Todos sabemos que es un proceso largo, pero ambos se están esforzando al máximo para que funcione, y lo están logrando con valentía.

A pesar de las insistencias de Christian en contratar a una *wedding planner*, terminó cediendo y permitió que la organizáramos nosotras. No somos expertas, y hemos pasado muchas noches en vela preparando cada detalle, pero creo que nos está quedando increíble. Discutimos sobre decoraciones y menús como si el destino del mundo dependiera de ello. Aunque Christian finge hastío con tanta consulta sobre manteles o el tamaño de las sillas, lo conozco demasiado bien: en el fondo, está más ilusionado que nadie con todo esto. Lo delata la forma en que se detiene frente al tablero de muestras, fingiendo que no le interesa, o cómo sonríe de reojo cada vez que menciono la palabra *«boda»*.

Con Dominic las cosas se complicaron el primer mes. Christian tuvo que pasar días conectado al ordenador, ayudándole a organizar misiones, acompañándolo en cada paso para que no se sintiera solo. Por supuesto, no hemos vuelto allí. Son nuestros amigos y familiares quienes vienen a visitarnos porque ambos sabemos que, si regresáramos, correríamos el riesgo de querer volver a esa vida.

Para mí no supondría un problema: claro que me preocuparía por él cada día, pero me encanta sentir la adrenalina corriendo por mis venas, el miedo de no saber qué será lo siguiente, los recuerdos que habitan en las paredes del hotel… Hay algo en ese caos que siempre me resultará adictivo.

Sin embargo, para Christian es distinto.

Sé con absoluta certeza que lo echa de menos, aunque la vida que llevamos ahora le complace. Puedo sentir cómo intenta acostumbrarse a esta nueva realidad, pero el riesgo es evidente: si regresáramos, acabaría sucumbiendo ante sus demonios.

Tomó una decisión y se ha mantenido firme en ella. Incluso se conforma con las videollamadas semanales que hace con Dominic, aunque después de cada una se queda un rato en silencio, observando el jardín a través del ventanal, como si buscara una respuesta que no termina de encontrar. Supongo que una parte de él siempre permanecerá allí, y me alegra.

Porque yo me enamoré de él con todos sus demonios, y no pretendo fingir que han dejado de existir. Solo debemos aprender a mantenerlos a raya.

Por las noches, cuando su cuerpo se relaja y su mente baja la guardia, las pesadillas regresan. Me despiertan sus movimientos, los temblores, los murmullos entre dientes. A veces se sienta en la cama, empapado en sudor, sin recordar exactamente lo que ha visto. No solemos hablar mucho de ello, pero sé lo que teme.

Yo no tengo miedo, confío en su autocontrol y sé que están trabajando esos temas en terapia, pero sí me aterra el daño que pueda infligirse a sí mismo con esos pensamientos. Lo abrazo hasta que vuelve a dormirse, y me prometo, una vez más, no soltarlo nunca.

—Yo creo que apostar por tonos pastel en los códigos de vestimenta sería ideal —propone Lydia mientras tomamos el té juntas en la gran mesa de roble que colocamos en el jardín para días como este—. Como no puede ser de otra forma, Christian irá de negro y tú de blanco; podría ser interesante añadir toques cálidos en las ropas de los invitados.

El sol de las primeras semanas de verano acaricia mi rostro mientras medito su idea. Las copas tintinean, el perfume de las rosas que hemos plantado en el jardín invade el aire, y por un momento todo parece perfecto. A mi lado, mamá asiente lentamente, con esa sonrisa cómplice que delata que también le parece una buena elección. A Annie y a mí nos convence enseguida; ya la imagino diseñando invitaciones con tonos rosados y dorados, emocionada como si fuera su propia boda.

Yo soy cautiva de su oscuridad, y él lo es de mi luz.

Pero cuando estamos juntos, todo cobra color y sentido.

Me parece la metáfora perfecta; no puedo creer que no se me haya ocurrido antes.

Mientras brindo con Lydia, levantando la copa de champán entre mis dedos, me doy cuenta de que se merece esta segunda

oportunidad. Tuvo errores imperdonables en el pasado, eso es innegable. Sin embargo, lo mucho que se está esforzando ahora compensa en parte aquellas sombras. Ha estado ayudándonos desde el primer día y, aunque su contacto con Christian siga siendo escaso, veo en sus ojos la ilusión de formar parte de todo esto. Y, de algún modo, yo también me siento feliz por ello.

Los abdominales bronceados y marcados de Christian irrumpen en mi visión cuando sale de la piscina, como si protagonizara un anuncio de perfume. El sol resbala sobre su piel mojada, y cada gota de agua parece empeñada en recorrer el camino más lento posible por su torso. Ambos hemos estado paseándonos en bikini y bañador para coger algo de color; la boda será en julio y aún nos queda medio mes para broncearnos. Nuestra casa, en ese sentido, es perfecta.

Bueno, en ese sentido y en todos.

—¿Qué estáis tramando? —pregunta acercándose, dejándome sin aliento mientras sus músculos se contraen—. Tenéis cara de haber escondido un cadáver y estar más que orgullosas… ahora mismo dais bastante mal rollo.

Y, como siempre, su sola presencia me arranca una sonrisa.

Le explicamos la idea de Lydia y, aunque duda al principio, acaba aceptando. Su única condición: prohibir cualquier tono cercano al blanco. Todas asentimos, así que lo anotamos en nuestro cuaderno para recordarlo cuando diseñemos las invitaciones.

—Reina… —me interrumpe con un susurro en el cuello, de forma que solo yo puedo oírlo mientras las demás conversan—. Diría que necesitas relajarte un poco… te espero arriba.

Su aliento me roza el cuello y siento el escalofrío antes incluso de procesar sus palabras. Se me tensan los músculos y hago lo posible por disimular el rubor que se instala en mis mejillas. Muerdo el interior de mi labio, intentando parecer concentrada mientras mi cuerpo reacciona de forma traidora.

Pero su insinuación no pasa desapercibida y enseguida siento la excitación creciendo en la parte baja de mi vientre. Annie me lanza una mirada de medio lado y Lydia sonríe sin levantar la vista del cuaderno. No dicen nada, pero lo saben. Lo saben porque es imposible no verlo.

—Perdonad —me excuso, intentando mantener la compostura—, necesito un momento.

Asienten sin más. Veo a mamá meterse en la piscina, y al comprobar que las demás van a seguirla, salgo disparada antes de que pueda notar lo que me ocurre. Mis pies golpean la madera caliente del porche, y el corazón me late con fuerza, como si también hubiera entendido la orden.

Con Christian siempre será así: nos provocaremos hasta que ya no podamos más, y yo siempre, absolutamente siempre, quiero más.

Estar con alguien que te completa, que despierta tu verdadero yo, es una locura.

Nunca temo expresar mis deseos ni me he sentido juzgada a su lado. Simplemente encajamos. Y por eso no me sorprendo a mí misma subiendo las escaleras, con las palpitaciones aceleradas y el cuerpo respondiendo solo ante la idea de tenerlo, una vez más, completamente para mí.

No me preocupa demasiado que nuestras invitadas nos descubran: la casa está aislada y, además, tienen bastante de lo que ocuparse. El mero hecho de saber que me espera arriba me infunde un vértigo que mezcla miedo y excitación a partes iguales.

A Christian le tener el control y, a veces, siento que yo también necesito que lo tenga.

Por eso, cuando subo y encuentro el pasillo a oscuras, las persianas bajadas y solo la débil luz de emergencia iluminando el suelo, sé que esta será una de esas veces.

—¿Christian? —susurro—. ¿Estás ahí?

Una risa cargada de oscuridad resuena al fondo del pasillo. No lo veo, pero lo siento. Siento su mirada clavada en mí, siento cómo mi cuerpo reacciona a su presencia. El silencio se rompe de golpe.

—Corre, reina —me ordena.

No lo pienso. Bajo las escaleras tan rápido como mis pies descalzos me lo permiten. Oigo sus pasos lentos, tortuosos, siguiéndome; siento su mirada fija en mi nuca. Aun así, no me detengo y abro con sigilo la puerta que conduce al garaje.

Ese cuarto apenas guarda coches y algunas armas, un recordatorio de la vida a la que Christian perteneció durante años. Porque, aunque lo intentemos olvidar, seguimos teniendo enemigos.

Sin pensarlo, abro la puerta trasera de un coche y me encojo en el asiento, hecha un ovillo.

Mi corazón late con fuerza mientras deseo, a la vez, que no me encuentre… y que lo haga.

CAPÍTULO 35
CHRISTIAN



Huelo su miedo.

Está en todas partes.

Lo que más me atrae de ella es que no se intimida ante mis deseos más oscuros. Me permite desatar esa parte de mí siempre que lo necesito, y mentiría si dijera que no lo necesito tanto como el aire.

Cada vez controlo mejor mis impulsos; siento cómo la sed de sangre se disipa con mayor rapidez. Pero el deseo de controlarlo todo sigue ahí. Así que, mientras lo mantengo a raya en mi día a día, con Evelyn lo libero.

Y sé que a ella le encanta.

Aunque no lo confiese, disfruta del miedo.

Le gusta esa parte suya que no comprende, pero que reconoce en silencio. Incluso en el hotel buscaba esa adrenalina que alimenta su vida. Y cuando la tuve por primera vez, descubrí que ese mismo miedo también la excita.

Por eso, al abrir las puertas de la planta baja de la casa, siento el deseo más voraz crecer dentro de mí.

Me tomo mi tiempo para dar con ella. Salgo al jardín un instante para asegurarme de que no se haya escapado —y de paso

comprobar que nadie sospeche de nuestra ausencia—, pero no está con ellas.

Eso significa que se ha escondido de verdad, porque quiere que la encuentre.

Tras revisar cada rincón, solo queda un lugar posible: el garaje.

La parte más oscura de la casa.

Desciendo por las escaleras con una lentitud tortuosa incluso para mí, consciente de que, detrás de la puerta, probablemente también me escucha. Sabe que cada paso me acerca a su cuerpo y lo que le haré cuando la encuentre.

La abro sin cuidado, convencido de que ya la he encontrado. No enciendo la luz; lo mejor de este juego es la anticipación compartida. Cierro tras de mí, asegurándome de que nadie pueda entrar ni salir.

Camino con calma por el garaje. Rodeo los coches un par de veces, sabiendo que es su único escondite, aunque la oscuridad me impida verla. Ella, desde dentro, siente mi presencia acercándose.

Abro el maletero de uno de ellos, seguro de que no estaría ahí, solo para anunciarle que la he descubierto. Sonrío con malicia cuando escucho su respiración cortarse de inmediato.

En la penumbra, mis sentidos se agudizan; es lo mío.

Oigo incluso el roce de su mano, la que se lleva a la boca para contener el sonido.

Le doy la falsa esperanza de que va ganando cuando abro y cierro los otros coches, fingiendo que no la he encontrado desde el primer momento, y cuando vuelvo a donde se encuentra, mi excitación ya no conoce límites.

Me paseo por los alrededores y paso al asiento del conductor.

Me siento y miro a mi alrededor, pero tampoco está en la parte delantera. Eso solo puede significar una cosa: está encogida detrás de mí, hecha un ovillo, ocultando sus piernas y su cabeza para que no aparezcan en los espejos.

—Dime, reina… ¿saldrás de ahí o tendré que sacarte yo? —sentencio, dejando que mi voz se tiña de oscuridad.

No responde.

No se mueve.

Para cualquiera, el coche estaría vacío.

Pero yo la sentiría en medio de una multitud.

La reconocería incluso si perdiera la vista.

Por eso este es mi juego favorito: no necesito ver para encontrar a mi luz en la oscuridad.

—Vamos a hacer una cosa —propongo, ajustando el retrovisor—. Si te acercas y admites tu derrota, seré indulgente.

El silencio es absoluto. Y como sé que lo espera, añado la consecuencia.

—Si tengo que abrir la puerta… —le advierto en un susurro— no pararé hasta que tus gritos y tus súplicas sean lo único que te quede.

Su mutismo me da la respuesta que necesitaba.

Es lo que esperaba.

Y me complace comprobar que lo desea tanto como yo.

Bajo del coche de un portazo y abro la puerta tras la que se esconde. Escucho cómo se aferra al asiento para no caerse, aunque jamás la dejaría caer.

—Supongo que te lo advertí, reina —sentencio con firmeza.

La tenue luz del coche, encendida al abrir la puerta, ilumina su cuerpo esbelto mientras huye hacia el asiento contrario. Eso me facilita las cosas, aunque sé que no era su intención. Entro tras ella y cierro la puerta a mi espalda, atrapándole las piernas para arrastrarla debajo de mí.

Cuando su cuerpo se pega al mío, intenta escapar, siento bajo mis dedos la presión con la que forcejea, inútilmente, al intentar separarse. Me excita esa lucha contenida, el deseo disfrazado de

resistencia. Le sujeto las muñecas con una mano, pegándoselas contra el cristal empañado de la ventanilla.

—Siempre seremos así —susurro, pasando la lengua por su cuello antes de morderla, provocando un leve quejido—. No podemos evitarlo.

Nosotros no nacimos para ver la vida pasar en un sofá frente a programas mediocres. Estamos condenados a buscar la pasión, la aventura… incluso el peligro.

—Estás hecha para mí —le aseguro, mientras muerdo su piel con fuerza para después lamerla en un escueto consuelo, provocando que grite cada vez más alto—. Cada parte de mí no es nada sin ti.

Atraigo su boca a la mía con violencia, devorándola. La siento en todas partes. Cuando rozo la piel sensible sobre la tela del bikini, su cuerpo me demuestra cuánto me necesita. Recuerdos del hotel me golpean con fuerza mientras me deshago de la fina tela que nos separa, igual que entonces. Y no puedo evitar preguntarme si es normal que cada día la desee más.

Nunca tengo suficiente.

Bajo la cabeza hasta sus pechos y atrapo uno de ellos con los labios, lamiéndolo, succionándolo con una lentitud calculada. Ella se retuerce debajo de mí, jadeando, buscando más. El espacio del coche apenas nos deja movernos, pero eso solo aumenta mi excitación, obligándola a quedarse justo donde la quiero. Aprieto su pecho entre los dientes hasta gritar mientras las lágrimas de frustración y placer empiezan a empaparle el rostro.

Las lamo todas, jugando con mi lengua con una lentitud tortuosa incluso par mí.

Sus intentan bajan hacia mi bañador, desesperadas, y cuando está a punto de conseguirlo, las atrapo con firmeza y las sujeto sobre su cabeza de nuevo, inmovilizándola. La excita. Lo sé porque gime con fuerza, arqueando la espalda y pegando su cuerpo aún más al mío, exigiéndome que la haga mía de una jodida vez. Con la otra mano, acaricio el interior de sus muslos y deslizo dos dedos disfrutando de

su humedad, entrando en ella lentamente, marcando el ritmo con precisión. Su cadera se mueve sola, buscando más profundidad.

—Así me gusta, joder—murmuro contra su oído—. Tan mojada para mí…

Me deshago con rapidez de mi bañador, la última prenda que nos separa y, tras lanzarlo al asiento delantero, me fundo con ella de una embestida firme, brutal, que nos hace soltar un grito a la vez. Su cuerpo tiembla y se contrae a mi alrededor, y la certeza de que solo yo puedo hacerla perder el control me roba el aliento.

—Joder, Evie… —gruño—. Eres perfecta para mí.

La apoyo contra el asiento y levanto una de sus piernas sobre mi hombro, dándole una nueva posición. Su espalda se curva, ofreciéndose, y yo la sostengo por la cintura para embestirla más profundo. El coche cruje levemente bajo el ritmo frenético de nuestros cuerpos. Sus uñas se clavan en mis pectorales con arañazos voraces que me arden en la piel.

La giro sin esfuerzo, colocándola a horcajadas sobre mí. Su cabello cae sobre mi rostro mientras se acomoda en mis piernas, y comienza a moverse, controlando el ritmo. Mis manos se hunden en su culo, marcando la cadencia, ayudándola a subir y bajar con movimientos cada vez más desesperados. Bajo la cabeza de nuevo y chupo con fuerza el otro pezón, mientras ella se aprieta contra mí, temblando.

—Dime que eres mía —ordeno, ahogado en placer—. Dime que solo yo puedo hacerte sentir así.

Me obedece. Y cuando sus labios hinchados pronuncian esas palabras, el orgasmo nos arrastra a ambos con una fuerza que nos deja sin aire. En medio del vértigo, atrapo su boca en un beso profundo, posesivo, definitivo.

La alzo entre mis brazos y salgo con ella del coche. A través de las cámaras confirmo que nuestras invitadas siguen en la piscina. Aprovecho para llevar a Evie conmigo, directo a nuestra habitación, donde la ducha nos espera antes de salir.

CAPÍTULO 36
EVELYN



Mientras el agua arrastra los restos de nuestra escapada al garaje, me invade una felicidad absoluta al estar rodeada de quienes más quiero.

No falta mucho para la boda, y aunque el tiempo parece acelerar cada día más, no me siento nerviosa, sino emocionada. Convertirme en la mujer de Christian será lo mejor que me ocurra en la vida; jamás había estado tan segura de un *«sí»* como aquel día en el que me pidió matrimonio.

Estos meses han sido una nube de euforia, como si viviéramos una luna de miel eterna incluso antes de casarnos.

—¡Amor, se me había olvidado! Mañana voy con mamá a probarme el vestido —recuerdo de repente. La sorpresa en su rostro me arranca una risa nerviosa; al parecer, sin pretenderlo, me había guardado ese detalle para mí—. Siento no haberte avisado… son tantas cosas.

El rubor en mis mejillas lo impulsa a rozar mi rostro con las yemas de los dedos. El vapor de la ducha nos envuelve, y él niega con suavidad antes de besarme en la frente.

—Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela, reina —me propone con una sonrisa—. Y sé que son muchas cosas, como también sé estarás preciosa.

El agua corre cálida entre nosotros, resbalando por su espalda y por mis hombros. Él me abraza desde atrás, apoya la barbilla en mi hombro y deja que nuestras respiraciones se sincronicen. Hay algo íntimo en ese silencio compartido, una forma de amar que no necesita palabras. Sus manos se deslizan lentamente por mis brazos, enredándose en mis dedos como si temiera soltarme.

—Así es como quiero verte siempre —susurra cerca de mi oído—. En paz.

Sonrío, con los ojos cerrados, y durante un segundo todo el ruido del mundo desaparece.

Aplico champú sobre mi cabello y masajeo lentamente mientras pienso cómo decirle lo que de verdad me ronda la cabeza. No es casualidad que haya recordado ese detalle: hoy Lydia me confesó que le encantaría venir con nosotras a la prueba. Y como le dije que sí sin consultarlo con Christian, prefiero que lo sepa por mí.

Podría no estar de acuerdo, y no quisiera hacer nada que pueda incomodarle.

—Le he dicho a tu madre que nos acompañe —miento con sutileza, fingiendo que la idea fue mía para suavizar la confesión—. Lo siento, quizá debería habértelo consultado. Solo… me ilusiona que nuestras madres estén presentes en un momento así. No quería dejarla fuera.

Él sopesa mis palabras mientras me da la vuelta con calma y comienza a enjabonarme el pelo con una delicadeza que no encaja con la ferocidad que lo caracteriza.

—No pasa nada, pequeña —asegura, ofreciéndome un masaje que me hace suspirar—. En la terapia hemos avanzado. Todavía estamos lejos de lo que queremos, pero ya no estamos donde estábamos. Y si he decidido incluirla en esto, supongo que también significa incluirla en todo.

Cabeceo levemente y me aplico un poco de jabón para limpiar su cuerpo. Sus músculos se tensan bajo mis manos, y mientras él hace lo mismo con el mío, nos miramos a los ojos. El orgullo me arde en

el pecho: el hombre que una vez fue puro caos ahora se esfuerza por sanar.

—Ah —rompe el momento colocándome una burbuja de jabón en la punta de la nariz, lo que me provoca unas pequeñas cosquillas—, y no tienes que pedirme permiso. Vas a ser mi mujer: podrás hacer lo que quieras con todo… sobre todo conmigo.

Sopla la burbuja y esta estalla con en mi piel. Mi carcajada resuena en la ducha, sorprendida por su comentario inesperado.

—Eres increíble —le susurro.

Terminamos de ducharnos y nos ponemos un bikini y un bañador nuevos; los anteriores se han quedado olvidados en el coche. Al recordarlo tengo que apretar las piernas para contender mi excitación, y él gruñe en respuesta, conocedor de la humedad que ha provocado el recuerdo de su tacto en mi piel. Al salir al jardín, vemos a Annie acompañando a nuestras madres, que emergen de la piscina riendo a carcajadas.

—Te has cambiado, y tienes la piel enrojecida —observa mamá—. ¿Va todo bien, mi vida?

Asiento y me llevo una mano a la frente con dramatismo, fingiendo mareo, los ojos abiertos como un cervatillo indefenso.

—Sí, mamá —la tranquilizo—. Solo necesitaba una ducha fría para aliviar el dolor de cabeza, las marcas… es que me he mareado y me he caído, menos mal que estaba Christian para sostenerme. Ya sabes, demasiadas cosas a la vez.

Parece convencida, y mi pelo empapado refuerza la excusa. Annie y Lydia me observan con cierta preocupación, como si temieran que no me encontrase bien.

Christian, por el contrario, parece tan orgulloso de sus marcas en mi piel que cuando se le oscurece la mirada, me provoca un estremecimiento.

—Yo siempre te sostendré cuando *te caigas*, mi amor—susurra marcando con mayor profundidad las últimas palabras.

—Quizá podríamos parar por hoy —propone Lydia—. Mañana es la prueba del vestido. Podríamos cocinaros algo rico mientras aprovecháis las últimas horas de sol.

La idea nos parece estupenda. Para sorpresa de todos, Christian se adelanta, se acerca a ella y deposita un breve beso en su mejilla antes de agradecerle sus esfuerzos por cuidarnos. El silencio que sigue es casi reverente. Annie sonríe, igual que mamá y yo. Es la primera muestra de cariño sincero que Christian se permite tener hacia su madre en todo este tiempo.

No decimos nada. Lydia le coloca una mano en la mejilla antes de regalarle una sonrisa sincera y entrar a preparar algo de comida. Yo tampoco hago comentario alguno, y él parece agradecérmelo; después de todo, hasta hace poco creía que nunca sería capaz ni de mirarla a los ojos. El orgullo me llena, aunque no lo expreso con palabras: el beso breve que deposito en su frente habla por mí. Antes de que pueda apartarme para tumbarme en mi hamaca, me atrae hacia su cuerpo y permanecemos así, respirando al unísono, dejando que las horas se nos escurran entre los dedos.

El cansancio es demasiado, y su cuerpo me proporciona una calidez imposible de ignorar. Dos horas después, mamá nos despierta para avisarnos de que la mesa está lista. El atardecer tiñe el rostro de Christian con una luz tenue que lo hace aún más magnético.

Entonces comprendo que esto es lo que he estado esperando toda la vida.

Mañana vendrá Dominic junto con mi padre; pasarán el día juntos, como solían hacer, mientras yo me voy con las chicas. Ya los hemos avisado esta tarde y han aceptado encantados: Dom también tiene asuntos que comentar con Christian, así que será perfecto para hablar con libertad.

Saboreamos cada bocado del puré de patata y la carne guisada que nos han preparado. Puedo afirmar con total seguridad que es una de las comidas más deliciosas que he probado nunca. Les agradecemos sinceramente haberse encargado de todo; aunque

seguimos exhaustos, esas dos horas de descanso nos han ayudado más de lo que cualquiera imaginaría.

La cena transcurre entre risas y planes para el día siguiente. Finalmente, Christian y yo insistimos hasta que aceptan quedarse a dormir en la casa: hay habitaciones de sobra y sería absurdo que viajasen de noche para regresar temprano por la mañana. Así, podremos salir juntas al amanecer.

Parecen tan entusiasmadas con todo esto que de repente me pregunto si todo lo que hemos pasado ha sido justamente para llegar hasta aquí, justo donde debíamos estar.

Tras recoger el comedor, acompañamos a cada una a su habitación. El cansancio se hace notar en nuestros cuerpos, y en cuanto nos tumbamos en la cama, Christian me envuelve entre sus brazos. El sueño nos atrapa de inmediato, como si incluso Morfeo supiera que necesitamos tregua antes de que el día vuelva a devorarnos.

CAPÍTULO 37
CHRISTIAN



—Cuando dijiste que tenías una casita en medio de un gran bosque, me imaginaba algo estilo *La Bella Durmiente* —observa Dom al bajar del que no hace tanto era mi coche. Sonrío con sinceridad al ver que lo conduce con el mismo orgullo con el que cargamos todo lo que hemos construido juntos—. Pero esto… esto es casi un puto palacete. ¡Tiene hasta piscina!

Richard sonríe observándonos como si fuéramos dos chiquillos que se reencuentran tras unas vacaciones de verano, adentrándose en la casa para ofrecernos algo de intimidad.

Sus ojos recorren el jardín junto con los míos, y le doy una palmada en la espalda, con afecto, justo cuando prácticamente se abalanza sobre mí en un abrazo.

—Para empezar, ¿en qué putísimo momento has visto tú eso de *"La Bella Durmiente"*? —ataco entre risas—Bueno, da igual… el caso es que ella se merece tenerlo todo. Que dijese que quería vivir en un entorno más familiar no significa que no vaya a colmar a mi mujer con todos los lujos que pueda desear.

Debo de sonar más solemne de lo que pretendía, porque Dom se lleva la mano a la frente en un gesto teatral y me saluda antes de gritar:

—¡Sí, señor! Y deberías ver esas películas, a mí me ayudan a dormir.

La carcajada nos sacude a los dos como a críos antes de entrar en la casa. Le muestro cada rincón, los que aún no conoce. En nuestras videollamadas apenas ha visto una parte de mi despacho; aunque a veces le atiendo desde cualquier lugar, la expresión de su rostro ahora me deja claro que no esperaba que nuestro hogar fuese así.

Tal vez tampoco esperaba que yo tuviera la necesidad de formar un hogar de verdad. Una familia.

Dom silba al ver el salón principal.

—Si esto es tu retiro, el mío va a necesitar un campo de golf y un harén para superarlo.

—Lo del golf puedo entenderlo, lo otro ni de broma, serás cerdo… —replico, riendo.

Él se apoya en el marco de la puerta y me observa como si tratara de reconocer al hombre que una vez durmió en moteles de carretera, rodeado de armas y planes imposibles.

Richard observa el entorno con una taza de café humeante entre sus manos.

—Chicos, si no os importa, me gustaría poder descansar un poco— se excusa— ya sabéis... estoy mucho mejor, pero mi cuerpo me pide más descanso que nunca.

No tardo ni dos segundos en guiarlo hasta la habitación donde se quedó su mujer anoche, pues a este hombre, le doy lo que me pida.

Es un ejemplo a seguir para mí, y se ha ganado mi admiración y respeto como nadie lo había hecho antes.

Al regresar, me encuentro a Dom husmeando por todas partes.

—Nunca pensé que te vería viviendo entre cortinas de lino y cojines de terciopelo —dice, tocando uno con los dedos—. Eres un romántico encubierto.

—Bueno, la decoración es cosa de mi futura mujer, pero sí, lo soy desde que ella apareció —respondo sin pensarlo, y noto cómo se me relaja algo dentro del pecho.

Dom asiente, con esa media sonrisa que solo muestra cuando está realmente orgulloso.

—Supongo que todos encontramos nuestro refugio, tarde o temprano, enhorabuena, hermano, estoy muy feliz por vosotros —me felicita, aceptando la copa de bourbon que le ofrezco—. Veo que no pierdes las viejas costumbres. Me alegra saber que, estemos lejos o cerca, este seguirá siendo un símbolo de lo que somos.

Yo también he terminado por verlo así, sin darme cuenta. Cuando echo de menos a Dom o cuando hay algo que celebrar, siempre acabo como ahora: con un vaso frío de nuestro licor favorito. Supongo que siempre habrá pequeñas cosas, detalles que para otros serían insignificantes, pero que solo nosotros entendemos.

Y está bien que sea así.

Siempre ha sido así.

Dominic y Christian: dos contra el mundo.

Nadie más a nuestro alrededor podría comprendernos como lo hacemos el uno con el otro.

—Dijiste que querías comentarme algo sobre Águila Negra —le recuerdo entonces, notando cómo la preocupación me tensa el rostro—. ¿Va todo bien?

Su silencio no me gusta.

De hecho, me atormenta.

Siento el corazón latir con tal fuerza que por un instante temo que vaya a desgarrarme la camisa y saltar fuera, como en esas series que ve mi reina. El simple recuerdo de ella me sacude con una calma breve, pronto deshecha por ese silencio tortuoso que sigue envolviéndonos.

Y lo sé: cuando mi mejor amigo calla tanto rato, solo puede significar dos cosas. O está asustado de verdad… o intenta llevarme al límite.

Y no sé qué es peor.

—Vale, vale —dice por fin—. Pretendía hacerme el dramático, pero parece que vayas a matarme. Y, sinceramente, ahora que incluso he empezado a tener encuentros casuales con mujeres… pues estoy disfrutando. Y soy demasiado joven para morir.

¿Mujeres?

¿Ha estado teniendo citas?

¿Desde cuándo Dom sabe lo que es una cita?

Siempre se lo he implorado. Incluso traté de convencerlo para que dejara la organización una temporada, una especie de vacaciones. Pero nunca hubo forma: para él solo existen dos cosas que importen de verdad, su trabajo y sus amigos.

Y siendo yo el único amigo con el que realmente pasa tiempo… no sé qué pensar de esto.

—Así que mujeres —repito, enfatizando el plural que ha usado—. ¿Qué pasa, que por fin has comprendido que, si te organizas un poco, también puedes respirar?

Se ríe con energía ante mi comentario, pero yo mantengo la seriedad. Aunque pretendía ser una broma, lo cierto es que me alegra ese cambio de actitud. Una vez más, algo que cualquiera vería como normal… pero que nosotros sabemos que significa un giro importante.

—Al menos por ahora —me aclara, hablando despacio, como si le hablara a un niño y quisiera asegurarse de que presto atención—, está todo controlado.

Eso es imposible. Nada está nunca controlado por completo, y menos aún la mafia. No entiendo qué intenta decirme y mi silencio se lo hace notar mientras espero que siga hablando.

—Contraté personal nuevo. No están en nuestro edificio, sino repartidos por todo el mundo —menciona orgulloso—. Algunos se encargan del trabajo sucio; otros buscan información hasta debajo de las piedras. Yo solo tengo que pagarles y darles luz verde para matar a quien lo merezca.

Lo admito: es una jugada maestra, algo que jamás se me habría ocurrido —por eso Annie dice lo de mi *«clara falta de confianza en lo desconocido».*

—Pero podría haber problemas. ¿Qué pasa si alguno se va de la lengua? ¿O si intentan jugárnosla?

—No va a ocurrir nada malo —me asegura, como si ya supiera que iba a salirle con estas—. Tal vez no todos sean de extrema confianza, pero muchos sí lo son. Si alguien se atreve a traicionarnos, serán los suyos quienes los eliminen.

No es un secreto que no somos los únicos preocupados por esto.

La policía no puede con todo; muchas veces quienes parecen más inocentes esconden oscuridades que nadie sospecha.

Águila Negra es más que una organización: es un estilo de vida.

Solo entra quien de verdad quiere pelear por la causa. Cuantos más seamos, y cuanto más dispersos estemos, más temor provocaremos en quienes alimentan la necesidad de hacer daño.

—Es una gran iniciativa. Estoy orgulloso de ti —brindo y lo digo con sinceridad—. Supe que serías el mejor líder porque eres mi otra mitad; lo que es mío también es tuyo. Te apoyaré siempre, como tú siempre me apoyaste a mí.

Nos fundimos en un abrazo, encajando como dos piezas hechas para ajustarse. Para celebrarlo, decidimos bañarnos en la piscina y aprovechar el día como en los viejos tiempos.

Me invade una calma que no había sentido en mucho tiempo. Ahora no solo podremos centrar fuerzas en organizar y proteger a posibles víctimas; también podremos aspirar a una vida más tranquila. Por supuesto, vigilaremos que se cumpla el propósito, pero esta nueva forma de operar me permitirá cambiar hábitos: aunque no esté allí físicamente, una parte de mí no deja de estar en guardia —siempre hay algo que me mantiene alerta—, y a veces está bien no tirar del carro a solas. Esa ayuda nos vendrá de maravilla a nosotros y a los inocentes que sufren manos de monstruos.

Podré volcarme en sanar mis heridas.

Podré dedicar mi vida a hacer feliz a mi mujer.

Quizá, algún día, incluso me permita ser feliz del todo: acariciar la barriga de Evie mientras un pequeño bebé crece dentro.

Nuestro bebé.

Demostrarle que puedo cambiar y romper el patrón que me impusieron.

Sí, eso sería increíble.

CAPÍTULO 38
EVELYN



El día nos regala una energía electrizante cuando llegamos a la tienda de vestidos de novia. Annie, Lydia, mamá y yo caminamos por la calle adoquinada hasta detenernos frente a la elegante fachada. Las campanillas de la puerta tintinean suavemente al entrar, y el aire está impregnado con el delicado aroma de flores frescas y tejidos nuevos.

—Aquí estamos, cariño —susurra mamá, apretándome la mano como cuando no me sentía preparada para entrar al colegio.

—¡Estoy tan emocionada por verte con tu vestido! —exclama Annie.

—Vamos, no hagamos esperar más a la futura novia —bromea Lydia, riendo mientras nos guía hacia el interior.

La dueña, Blair, una mujer de mediana edad con un porte elegante, nos recibe con una cálida sonrisa y nos conduce hasta un vestidor privado. Allí, sobre una percha dorada, reposa mi vestido de novia cubierto por una funda de satén blanco. Mi corazón late con fuerza cuando Blair abre la funda, revelando la prenda que cambiará mi vida.

—Es… es perfecto —susurro, recorriendo con la mirada cada detalle mientras se me saltan las lágrimas.

El vestido es entallado, con una cola larga que fluye como un río de satén y encaje. Los bordados trepan por el corpiño en un patrón

de enredaderas y flores que se extiende hasta la falda. En la espalda, delicadas rosas añaden un toque de romanticismo. Pero lo que más me emociona es la rosa negra bordada en el interior: un secreto compartido solo entre Christian y yo, destinado a nuestra noche de bodas.

—Vamos, pruébatelo cielo —me anima Lydia, empujándome suavemente hacia el vestidor.

Con la ayuda de Blair, me deslizo dentro del vestido. La tela, suave como un susurro, se adapta a mi cuerpo con precisión, y al mirarme en el espejo apenas puedo parar de llorar de la emoción.

Es todo lo que había soñado… y más.

Por un momento, apenas me reconozco en el reflejo.

La mujer que me mira no es la muchacha insegura que huía de todo lo que dolía; es alguien que ha sobrevivido, que ha amado con el alma y que ha aprendido a confiar en la felicidad sin miedo a perderla. Pienso en el camino que me trajo hasta aquí: en las noches en vela, en las dudas, en los planes que Christian y yo trazamos la primera vez que hablamos en serio del futuro.

Siento que este vestido no solo celebra una boda, sino la certeza de que merezco amar sin culpa, sin miedo.

Cada puntada parece sellar una promesa, cada encaje una historia. Y la rosa negra oculta, nuestro secreto, late como un símbolo de todo lo que compartimos en silencio: lo oscuro, lo imperfecto, lo verdadero.

Yo siempre amaré su oscuridad.

Y me aseguraré todos los días de ser su luz.

—¡Evelyn, cariño, estás preciosa! —exclama Annie, llevándose una mano a la boca.

—Realmente lo estás, mi bebé —añade mamá, con los ojos humedecidos.

—No puedo creer lo bien que te queda —dice Lydia, ajustando la cola para que caiga perfecta.

Mamá, incapaz de resistirse, saca su teléfono y abre una videollamada. Al principio no sé con quién, hasta que la pantalla muestra el rostro de papá. Mi corazón se derrite.

—Hola, papá —susurro, luchando contra las lágrimas.

—Evelyn… por dios, mi niña…estás increíble —me halaga, y sus ojos se llenan de lágrimas—. Aparte de tu madre, nunca he visto a una mujer tan hermosa.

Todas reímos ante su comentario cargado de ternura. Mamá le pasa el teléfono a Lydia, que acerca la cámara para mostrar los bordados.

—Mira esos detalles —dice ella.

—Son magníficos —responde papá, claramente conmovido—. No puedo esperar a verte en tu boda, mi pequeña princesa.

Me giro lentamente frente al espejo, absorbiendo cada ángulo, cada centímetro del vestido.

—Me encanta todo de él —digo al fin, mirando a mamá—. Cada detalle es perfecto.

—Y será aún más especial cuando Christian lo vea —asegura, secándose las lágrimas.

Pasamos un buen rato más ajustando lo necesario. Cuando por fin me ayudan a salir del vestido, Blair lo guarda con cuidado en su funda de satén.

Al salir de la tienda, el sol aún brilla con intensidad. Caminamos hasta una pequeña cafetería cercana para celebrarlo. En la terraza, entre cafés y pasteles, las risas se mezclan con los planes para la boda.

—Por tu felicidad, mi niña —dice mamá, levantando su taza.

—Por tu felicidad —repiten todas al unísono.

El resto del día se desliza entre bromas, paseos entre tiendas y cotilleos. Cuando tenemos más bolsas de las que nos caben en las manos y nos hemos probado diez perfumes diferentes hasta dar con uno nuevo cada una, volvemos a casa.

Por fin en nuestro hogar, me acomodo en el sofá con una taza de té entre las manos. Sonrío al recordar la rosa negra escondida en mi vestido, ese secreto íntimo que Christian descubrirá solo cuando nos pertenezcamos por completo.

—¿En qué piensas? —pregunta mamá, sentándose a mi lado.

—En Christian —respondo con una sonrisa—. En lo feliz que me hace.

—Te mereces toda la felicidad del mundo, mi bebé—asegura, tomando mi mano—. Y estoy convencida de que Christian hará todo lo posible por dártela.

—Lo sé, mamá —susurro, sintiendo una oleada de amor por el hombre que pronto será mi marido.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la calma de la tarde. Afuera, el sol empieza a descender, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados: el final perfecto para un día perfecto.

—Vamos a tener una boda maravillosa —digo al fin, mirando a mamá.

—Sí, será perfecta—responde con una sonrisa—. Y será solo el comienzo de vuestra vida juntos.

Esa noche, mientras me preparo para dormir, recibo una llamada de Christian.

—¿Cómo ha ido vuestro día de chicas, reina? —pregunta con esa voz grave que me eriza la piel—. Apuesto a que estabas preciosa. No puedo esperar a verte caminar hacia mí con ese vestido.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me envuelvan como un hechizo. Me cuenta que ha salido a tomar unas copas con Dominic y con papá para celebrar algo que me revelará mañana.

—Ojalá pudiera verte ahora mismo —susurra—. A veces me cuesta creer que esto sea real, que de verdad vayas a convertirte en mi mujer.

—Ya lo soy —respondo con una sonrisa—. Solo falta el papel… y el vestido.

—Y la noche —añade con voz grave.

Su tono me provoca un escalofrío. Cierro los ojos y casi puedo imaginar sus dedos recorriéndome, su respiración en mi cuello.

—¿Sabes qué es lo primero que haré cuando te vea en el altar? —pregunta algo achispado por el alcohol.

—¿Qué, mi amor?

—Pensar que soy el hombre más afortunado del mundo… y luego rezar para poder arrancarte el vestido con los dientes para poder hacer mía a mi mujer.

Su tono oscuro me eriza la piel, se me tensa el estómago y me muerdo el labio imaginándolo.

—Prometo no hacerte esperar mucho.

—No me importa esperar, Evelyn —susurra—. Pero cuando llegues… no pienso soltarte.

Nos quedamos en silencio unos segundos, respirando al mismo ritmo. Escucho el ruido lejano de un vaso al otro lado del teléfono, el murmullo de Dominic bromeando. Él se disculpa entre risas, dice que debe colgar. Antes de hacerlo, me susurra un «te quiero» que me deja sin aliento.

Apago la pantalla y me quedo un rato mirando la oscuridad, sonriendo. Tengo la sensación de que el mundo entero se detiene solo para nosotros.

Me acuesto con el corazón ligero, más feliz que nunca, sin poder creer lo afortunada que soy.

Al día siguiente nos reunimos todas en casa para continuar con los preparativos. Flores de todos los colores llenan el ambiente, listas para transformarse en los arreglos que decorarán la iglesia y el salón de recepción. Mamá y Lydia seleccionan con cuidado las más hermosas, mientras Annie y yo revisamos las invitaciones por última vez.

—Evelyn, ¿ya has pensado en cómo será tu peinado? —pregunta Annie, doblando una invitación con precisión.

—Sí, quiero algo sencillo pero elegante. Quizá un recogido suelto con flores pequeñas —respondo, visualizando la imagen en mi mente.

—Eso suena perfecto —asiente Annie, aprobando con una sonrisa —. Eres tan bonita, Evelyn… no necesitas mucho para destacar.

Agradezco en silencio todo el apoyo que me brindan. El tiempo parece escaparse de entre los dedos; casi parece que fue ayer cuando nos comprometimos.

Nos sentamos luego en la mesa del jardín, disfrutando de una jarra de limonada casera que mamá ha preparado. Lydia saca su cámara y empieza a disparar fotos.

—Necesitamos documentar esto —dice divertida.

Entre risas, posamos juntas, inmortalizando la alegría y la emoción de un momento que, lo sé, será irrepetible.

CAPÍTULO 39
CHRISTIAN



Diecisiete de julio.

El día ha llegado. Estoy de pie frente al espejo, ajustando mi corbata una vez más. Mis manos permanecen sorprendentemente firmes, aunque por dentro siento que me derrito de puro nerviosismo.

Por un instante me quedo observando mi reflejo en el espejo, intentando reconocer al hombre que se encuentra en el otro lado.

No soy el chico impulsivo que solía esconderse tras una sonrisa arrogante. Hoy, frente a mis ojos, solo hay un hombre que ha aprendido lo que significa amar y ser amado.

El nudo de la corbata no es lo único que intento ajustar; también el torbellino de pensamientos que me azota desde el amanecer.

Hoy me caso con el amor de mi vida.

Estos meses han sido un torbellino: todos hemos colaborado para que todo sea perfecto. Aunque, para mí, el simple hecho de convertirme en su marido ya lo convierte en un día perfecto.

—¿Estás listo, hermano? —pregunta Dom al entrar en la habitación, con una sonrisa orgullosa.

—Más que listo, joder… nací listo para ella —respondo, devolviéndole el gesto.

El traje negro me sienta como un guante, y la flor blanca en la solapa añade el toque final. Dominic me da una palmada en la espalda y me guía hacia la puerta. Afuera, el sol brilla con fuerza y el aire está impregnado de la fragancia de las flores.

—Vamos, es la hora —me anima mientras caminamos con decisión.

Nos dirigimos al frente de la iglesia. Me coloco en mi lugar, con la vista fija en la entrada.

El templo está colmado de flores y velas. Dom permanece a mi lado, y mi madre, Annie y Margaret lucen radiantes como damas de honor, con sus vestidos color celeste. La expectación por la llegada de la novia se palpa en cada rincón. Cuando los músicos comienzan a tocar *Turning Page* de *Sleeping At Last*, todas las miradas se dirigen hacia la puerta decorada con un arco floral.

La espera parece eterna.

Finalmente, las puertas de la iglesia se abren.

Evelyn aparece del brazo de su padre y, en ese instante, el tiempo se detiene.

Está deslumbrante. Su rostro brilla con una belleza serena y su figura luce imponente bajo ese vestido.

Es perfecta, más allá de lo imaginable.

Avanza hacia mí con las mejillas sonrosadas y esos ojos verdes clavados en los míos como si no existiera nada más en el mundo.

La luz que entra desde las vidrieras tiñe su vestido de reflejos dorados. El tul se mueve con la misma delicadeza con la que ella respira. Cada paso suyo hace que el mundo contenga el aliento.

Puedo ver cómo Annie se lleva una mano a la boca, emocionada, y cómo mi madre la sigue con los ojos humedecidos. El murmullo de la gente se apaga, como si todos supieran que están presenciando algo sagrado.

Y en medio de todo, *ella*.

La forma en que sostiene el ramo, el temblor imperceptible de sus dedos, la sonrisa que se abre paso entre los nervios… todo en Evelyn parece hecho para quebrarme por dentro.

El sonido de la música se desvanece dentro de mi cabeza. Mientras ella entra de la mano de Richard, solo soy capaz de escuchar el estruendo de mi propio corazón.

—Está preciosa —murmura Dominic a mi lado, y no podría estar más de acuerdo.

Las lágrimas me sorprenden, deslizándose por mis mejillas sin que pueda evitarlo. La felicidad es absoluta. Cada paso de Evelyn por el pasillo me recuerda todo lo que hemos vivido y todo lo que aún nos queda. Cuando por fin llega a mi lado, su padre le da un beso en la mejilla y deposita su mano en la mía.

—Cuida de ella, hijo —me pide con la voz quebrada por la emoción.

—Lo haré —prometo, apretando con suavidad los dedos de Evelyn.

El sacerdote inicia la ceremonia. Sus palabras importan, pero mi atención está únicamente en la mujer que me acompaña. Nos miramos, compartiendo sonrisas, robando un instante que es solo nuestro.

—Christian y Evelyn han decidido escribir sus propios votos, y aunque no es lo común, los aquí presentes sabréis que a este hombre no se le puede decir que no —anuncia el sacerdote provocándoles a nuestros invitados una pequeña risa—. Adelante, Christian.

Inspiro hondo, sintiendo los nervios tensos en mi piel, y comienzo.

—Evelyn, desde el momento en que te conocí supe que eras para mí, que te había estado esperando toda la vida. Me has mostrado lo que significa amar de verdad, y cada día a tu lado ha sido un regalo. Prometo estar a tu lado pase lo que pase, apoyarte, amarte y hacerte feliz. Hoy, te elijo a ti, una y otra vez, para siempre.

Sus ojos se llenan de lágrimas mientras hablo, y me esfuerzo por mantener firme la voz.

—Supongo que nadie entiende lo que es el amor verdadero hasta que conoce a esa persona que llega para cambiarlo todo—prosigo, provocándole una sonrisa—. Pero poder decir que soy *cautivo de tu luz* y de tu amor es un privilegio. Por eso, hoy, te tomo como esposa.

El silencio que sigue a mis palabras parece infinito. Evelyn parpadea, y una lágrima resbala por su mejilla antes de que pueda contenerla.

Instintivamente alzo una mano y la atrapo con el pulgar, sin importarme que todos nos estén mirando. Ella sonríe, nerviosa, y entrelaza sus dedos con los míos.

Durante un segundo, no somos el centro de una ceremonia ni el foco de un fotógrafo; solo dos personas que se prometen amarse con el alma.

La escucho inspirar hondo, como si también buscara la calma que yo acabo de encontrar.

Aprieto sus manos entre las mías, mirándola a los ojos para que sepa que cada palabra es real.

—Christian —responde ella con voz temblorosa pero firme—, eres mi compañero, mi amor, mi mejor amigo. Me has mostrado lo que significa ser verdaderamente amada y aceptada. Prometo estar a tu lado en lo bueno y en lo malo, reír contigo y apoyarte en los malos momentos. Prometo ser siempre *cautiva de tu oscuridad*, y ser esa luz que te guíe y te acompañe. Por eso, hoy, te tomo como esposo.

El sacerdote nos guía en el intercambio de anillos. Y cuando finalmente pronuncia las palabras mágicas —*«Los declaro marido y mujer»*—, siento que mi pecho va a estallar de la felicidad.

—Puedes besar a la novia —sentencia con una sonrisa.

Inclino la cabeza y nuestros labios se encuentran al fin.

Mi lengua busca la suya con desesperación, y puedo jurar que, en ese instante, mi alma se une a la suya para siempre.

Los aplausos y vítores de nuestros invitados llenan la iglesia, pero en ese momento solo existimos Evelyn y yo.

Salimos bajo una lluvia de pétalos de rosas, y me detengo un instante para admirar la escena: su rostro repleto de la felicidad más pura que jamás haya conocido, nuestros dedos adornados por esa joya que nos mantendrá unidos para siempre.

—Soy un hombre muy afortunado, mi reina —susurro, tomando su mano.

—Ambos lo somos, amor —responde, apretándola con fuerza.

Nos dirigimos al coche decorado con flores y cintas. Mientras nos alejamos hacia la fiesta de compromiso, un único pensamiento se clava en mí: lo voy a hacer bien, ahora y siempre, por ella.

Y cumpliré ese juramento cada día de mi vida.

Evie parece percibir que mis pensamientos han derivado hacia lo más profundo. Como siempre, se encarga de sacarme a flote con un beso que me hace amarla todavía más, si es que eso es posible.

La fiesta se celebra en el jardín de nuestra casa, aprovechando el esplendor del día. Las mesas están elegantemente dispuestas con centros florales y velas que envuelven el ambiente en un halo romántico. Los invitados charlan y se mezclan mientras la música suave llena el aire.

—Es perfecto —dice Evelyn, contemplando todo con una sonrisa radiante.

—Como tú —respondo, besando su mejilla.

La cena resulta exquisita, y los discursos posteriores desbordan amor y buenos deseos. Dominic comparte anécdotas embarazosas pero entrañables, y mamá logra arrancar lágrimas a todos con sus palabras conmovedoras. Los padres de Evie también toman la palabra: Margaret le pasa el micrófono a su marido, y apenas abre la boca siento que la emoción amenaza con desbordarme.

—Ahora ya no solo tengo una hija —asegura con orgullo—. Ahora su marido será como un hijo para mí. Todos somos muy afortunados de habernos encontrado entre tantas personas. Les deseo toda la felicidad posible, aunque estoy seguro de que dos personas que se aman así solo sabrán velar el uno por la felicidad del otro.

Escucharle decir que soy como un hijo para él es más de lo que jamás habría esperado. Pero tengo algo claro: cuidaré de nuestra familia hasta mi último aliento. Estar hoy aquí, rodeado de quienes nos quieren, es lo mejor que podría haberme sucedido.

Tras la cena llega el momento del primer baile. Tomo la mano de Evelyn y la guío al centro de la pista. *Ordinary* de *Alex Warren*, comienza a sonar y el mundo entero desaparece.

El baile que tanto hemos practicado durante noches enteras fluye con naturalidad. Evie gira entre mis brazos como un ángel, y al atraerla hacia mí, sello la danza con un beso cargado de dulzura y determinación.

—Te amo, mi reina, mi mujer… eres el amor de mi vida —le susurro al oído.

Ella responde con un beso profundo antes de entrelazar nuestras manos para seguir bailando, rodeados por las miradas de los invitados.

—Eres el amor de mi vida —repite, con una sonrisa que ilumina todo mi mundo.

Levanto a Evelyn en el aire y la hago girar con elegancia, pequeños destellos de humo negro y blanco envuelven el suelo. Estos parecen abrirle paso a mi mujer cuando, aún cargándola entre mis brazos, finalizamos el baile con un beso en el que la inclino hacia atrás, ganándonos así los aplausos y las lágrimas de quienes nos acompañan.

El resto de la noche transcurre en un torbellino de risas, música y alegría. Todo el mundo nos felicita y disfrutan de la pista de baile hasta bien entrada la madrugada.

Cuando llega el momento de despedirnos, me invade la felicidad más grande que haya experimentado jamás un ser humano. Agradecemos uno por uno a quienes nos han acompañado en este día irrepetible.

Hasta que me harto de compartir a mi mujer con toda esta gente y la cojo en volandas para llevármela de aquí.

—Ha sido la boda de mis sueños —confiesa Evelyn, sin hacer el menos esfuerzo por soltarse de mi agarre mientras nos guio hacia el coche que nos llevará al jet privado. Nuestra luna de miel será en Bora Bora, un destino paradisíaco en la Polinesia Francesa. Es el único secreto que me he guardado durante estos meses: el lugar al que la llevaré.

—Qué menos para la mujer de mis sueños —respondo, entrelazando mis dedos con los suyos antes de colocarla en el asiento como la reina que es.

Mientras nos alejamos bajo la luna llena y un cielo tachonado de estrellas, el chófer conduce con tranquilidad y siento cómo su respiración se va relajando. Acuno su rostro entre mis manos justo antes de que caiga rendida en mis brazos. Y sé, con absoluta certeza, que nada en el mundo podría ser mejor que esto.

La subo en brazos al jet, colocándola encima de mí para que pueda descansar mejor.

Porque cuando lleguemos, nada podrá impedir que sus gritos de placer inunden la villa.

CAPÍTULO 40
EVELYN



Al llegar a nuestro destino, todo el cansancio acumulado se esfuma de golpe. Christian está a mi lado, sosteniendo mi mano con firmeza. Sus ojos brillan con la promesa de una sorpresa. Justo cuando creo que podremos ver nuestro destino, saca una venda de su bolsillo.

—¿Qué haces? —pregunto, sintiendo como mis mejillas arden.

—Es una sorpresa, pequeña —responde mientras me coloca la venda sobre los ojos.

—¿En serio? ¿Ahora que estamos llegando? —protesto juguetonamente.

—Sí, ahora. Confía en mí.

Al bajar, y tras lo que me parece una eternidad en el coche, por fin toco tierra firme, aunque él no me permite ver dónde estamos. Siento cómo me coge en brazos, y el ligero olor a mar se mezcla con el de su perfume. El aire es cálido y húmedo, y el murmullo de las olas resuena cerca. Intento levantar un poco la venda, pero no consigo ver nada, solo me gano un azote en el culo que me hace gimotear.

—Si vuelves a intentarlo te castigaré —me advierte en un susurro, su aliento rozando mi oído.

Finalmente, me baja con cuidado y me besa el cuello. Sus manos se deslizan hasta la venda y la retiran.

—Bienvenida a Bora Bora, reina —dice con voz grave mientras observa mi reacción.

Mis ojos tardan un momento en adaptarse, pero cuando lo hacen, me quedo sin aliento. La villa es inmensa, con paredes de cristal que se abren a una playa paradisíaca. El suelo está cubierto de pétalos de rosa, y decenas de velas aromáticas desprenden una fragancia de fresas y miel que embriaga los sentidos. La decoración mezcla el lujo moderno con la esencia rústica de la isla.

Mi marido me lleva en brazos hasta nuestra habitación, consiguiendo que me derrita al tener este lado suyo solo para mí.

—Christian, es… es increíble, es demasiado —susurro, girándome hacia él antes de rozar sus labios con un beso breve.

—Nada es demasiado para mi mujer —responde, acariciando mi mejilla.

Nos dirigimos hacia una mesa preparada con una botella de bourbon y dos copas. Christian abre la botella y me pasa una.

—Por nosotros —dice, alzando la suya.

—Por nosotros —repito, sellando con ese brindis nuestro primer instante íntimo como marido y mujer.

Reímos, evocando recuerdos del día de nuestra boda.

—Dominic realmente se lució con su discurso —comento—. Aunque, conociéndolo, seguro que ya está buscando otra botella de bourbon, parecía contento.

Christian ríe al recordarlo, la chispa de sus ojos delata la complicidad entre ambos.

—Sí, donde haya bourbon, allí estará Dominic, y sé que se alegra por nosotros.

Después de terminarnos la copa, me toma la mano y besa el dorso, haciéndome sentir mariposas en el estómago.

—Tengo una sorpresa para ti —confieso, mordiéndome el labio, nerviosa.

—¿Ah sí? —pregunta, arqueando una ceja con una mirada que se oscurece de deseo.

Empiezo a desabotonar su camisa lentamente, mientras él desata la lazada de mi vestido. Arrastra sus manos sensualmente por mis muslos, haciéndome estremecer, hasta que se para en seco y sé que lo ha visto. Se queda inmóvil cuando descubre el detalle que había guardado para este momento: la rosa negra bordada en la parte interior de mi vestido.

—Evie… joder… —murmura con voz ronca, cargada de deseo.

Nuestros ojos se encuentran y terminamos de desvestirnos sin prisa, disfrutando de cada segundo. Su piel ardiente contra la mía me enciende por completo. Cada caricia, cada beso, intensifica un deseo imposible de contener.

—Eres impresionante, mi querida esposa —susurra mientras sus manos recorren mi cuerpo con una urgencia feroz que me estremece.

—Y tú eres todo lo que siempre he deseado, mi querido esposo —respondo, sintiendo cómo la excitación se acumula hasta volverse insoportable.

Me tumba en la cama cubierta de pétalos de rosa, y el mundo exterior desaparece. Sus labios exploran cada rincón de mi piel, y yo me pierdo en la suya.

Christian me mira con una mezcla abrasadora de amor y lujuria. Sus manos, insaciables, recorren mi cuerpo con una intensidad renovada.

—No puedo creer que finalmente seas mía —murmura contra mi cuello, dejando un rastro de fuego con cada beso.

—Siempre he sido tuya, Christian —respondo, arqueando la espalda, ofreciéndome a él por completo.

Baja por mi abdomen dejando un rastro candente, hasta llegar al centro de mi cuerpo, donde me devora sin compasión alguna y se deleita con mis gritos.

No tardo demasiado en explotar en su boca, lo cual parece avivar más su fuego, porque de forma bruta y animal, nuestros cuerpos se entrelazan. Un jadeo grave escapa de su pecho al unirse al mío. La conexión es tan profunda que casi puedo sentir sus pensamientos, su deseo. Afuera, las olas parecen intentar seguir nuestro ritmo, y el sonido de nuestra respiración se confunde con ellas, rompiendo una y otra vez.

Christian desciende con la lengua lentamente por mi cuerpo mientras me penetra sin miramientos; sus labios dejan un rastro de besos ardientes en mi cuello, mis hombros, hasta llegar a mis pechos. Sus manos me sostienen con firmeza mientras su boca se apodera de la piel más sensible, arrancándome un grito ahogado.

—Eres perfecta, Evie… —murmura entre besos—. Perfecta y mía.

Sus palabras me hacen temblar, y arqueo la espalda, ofreciéndole aún más de mí. Él continúa con una calma tortuosa, besando cada centímetro de mí que encuentra.

—Christian… —jadeo entre sonrisas, incapaz de contener la mezcla de placer y felicidad.

Él sonríe contra mi piel, disfrutando de mi impaciencia, y se toma su tiempo, explorándome con crueldad que me enloquece. Mis dedos se enredan en su pelo, empujándolo más cerca, mientras mi cuerpo responde con gemidos que llenan la habitación.

Cuando alza la mirada, sus ojos me devoran con una intensidad que me corta el aliento.

—Por favor… prométeme que seremos para siempre —susurro, mirándolo fijamente.

Me observa en silencio, como si quisiera grabar en su memoria cada detalle de esta noche. Su cuerpo se funde con más rapidez y fuerza en el mío, y la sensación es tan arrebatadora que las palabras se quedan cortas.

—Te prometo que siempre seremos nosotros, reina —jadea en mi boca.

Nuestras respiraciones se sincronizan, y el vértigo nos consume hasta que alcanzamos el éxtasis al mismo tiempo. Nuestros cuerpos tiemblan, aferrados con desesperación, mientras la intensidad del deseo se mezcla con un amor abrasador. Caemos exhaustos en la cama, envueltos en el perfume de los pétalos y el calor de la noche.

Christian me toma en sus brazos, besa mi frente y desliza los dedos por mi cabello, apartando con cuidado las pequeñas flores que lo adornan.

—Siempre seremos cautivos de este amor —susurra, más para sí mismo que para mí.

—Siempre lo seremos —respondo, sintiéndome más ligada a él que nunca.

Nos quedamos así, abrazados, en un silencio que lo dice todo. La luna se filtra por las paredes de cristal, bañando nuestro pequeño paraíso con su luz plateada.

Y entonces, lo sé.

Todo lo que fuimos, todo lo que somos, era necesario para llegar hasta aquí.

Hemos llegado al final del abismo, al lugar donde incluso la oscuridad se rinde ante lo que somos.

EPÍLOGO
CHRISTIAN



5 años después.

—No me lo puedo creer —susurro para no despertarla.

Evelyn me mira con una admiración que nunca antes le había visto. Reconozco que llevo cinco años intentando asimilar cómo ha cambiado todo; aún no me acostumbro a que esta sea nuestra vida.

A veces siento que no la merezco, pero ella siempre es absolutamente perfecta a la hora de eliminar esos pensamientos que me invaden.

La habitación está bañada por una luz tenue que entra a través de las cortinas. El proyector de estrellas tiñe el techo con un cielo morado salpicado de destellos azules. Su osito favorito descansa junto a ella, y un hilo de su pelo se mueve al compás de su respiración tranquila.

Me inclino para besarle la frente, con miedo a romperla, como siempre.

—Es increíble, ¿verdad? —susurra Evelyn.

Asiento sin apartar la mirada de nuestra hija.

Cada noche, verla dormir me recuerda lo mucho que hemos cambiado. No somos los mismos que éramos hace tantos años: la

pasión, el peligro, las heridas... todo eso sigue ahí, pero ahora convive con algo más poderoso.

No hay rastro de la violencia ni del miedo que una vez marcaron mi vida.

Solo está la calma, esta paz que ella trajo consigo.

Es lo más parecido a un milagro que jamás he tenido entre las manos.

—Mañana cumplirá tres añitos —dice, apartándole el pelo de la cara a nuestra pequeña—. Siento que fue ayer cuando la tuvimos en brazos por primera vez.

Le seco con delicadeza las lágrimas de alegría.

Desde que nació Bella, mi vida dejó de ser la misma; me prometí que no sería como mi padre, tampoco como mi madre.

Supe desde el primer instante que sería su protector y que ella sería el amor de nuestras vidas.

Es una niña muy inteligente: aprendió a hablar antes de lo que esperaba y su primera palabra fue *«papá»*.

Os podéis imaginar el orgullo que sentí al escuchar eso salir de una princesa como ella.

Y la rabia que eso le dio a su madre, a día de hoy todavía me lo reprocha entre risas.

Gracias a Dios, se parece mucho más a su madre que a mí —no tanto en lo físico (todos dicen que tiene mis ojos), sino en la personalidad—; Evelyn se ha llevado todo el mérito, aunque la oscuridad de su mirada es mía.

Mañana será su tercer cumpleaños: tres años repletos de amor y de enseñanzas mutuas. Al principio me costó; no tenía modelo, no sabía cómo debía ser un padre ni qué se esperaba de mí.

No tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo ni de cuál era el camino.

Pero aprender fue más fácil de lo que imaginé porque lo hicimos juntos. Evelyn y yo nos apoyamos cada vez que alguno de los dos sintió que estaba fallando —aunque yo he sido el que más a menudo experimentó esos temores—. La primera vez que la tomé en brazos, un miedo irracional a que le pasara algo me sacudió el cuerpo; no dudé en devolvérsela a mi preciosa esposa, sabiendo que el lugar más seguro del mundo es entre sus brazos.

Lo descubrí cuando me enamoré de ella. Para Bella, ambos somos su refugio; para mí no existe nadie que me haga sentir la calma y la protección que me transmite su madre con una sola mirada.

Las primeras noches fueron un caos delicioso. Ella lloraba sin parar, mi mujer intentaba calmarla como fuera y yo no tenía idea de qué hacer. Me sentía torpe, inútil, como si mis manos fueran demasiado grandes para algo tan frágil.

Evelyn, sin embargo, parecía haber nacido para esto. La forma en que la sostenía, el modo en que le hablaba con voz suave hasta que se calmaba… era magia pura.

Recuerdo una madrugada en que me hizo el mejor regalo, su risa: la primera carcajada de Bella. Era diminuta, pero sonó como una campanita. Lloré sin entender por qué, y Evelyn solo me abrazó.

Aquella noche supe que no era necesario hacerlo perfecto.

Bastaba con estar.

Bastaba con amarla.

Me enorgullezco de esto con toda mi alma: a diferencia de lo que pensé en su momento, lo más valioso que tengo no es material.

Es esto: mi familia.

A diferencia de lo que viví de niño, Bella tiene unos padres que se aman profundamente y que la protegen por encima de todo.

—Tranquila, reina —la consuelo con una sonrisa pícara—. Saldrá todo genial, ya verás.

Mañana llegarán todos los invitados por la mañana.

Sorprendentemente, Dom vendrá con una chica, Ellie; dice que llevan un par de meses saliendo.

Teniendo en cuenta que hablamos de mi mejor amigo, eso ya me parece serio: sus relaciones solían durar apenas un par de noches. No me lo ha dicho con palabras, pero creo que está enamorado; sus ojos se iluminan cuando pronuncia su nombre.

El salón está cubierto de serpentinas, globos y cajas de colores que Evelyn ha intentado esconder en vano.

Bella tiene el radar de los regalos y ya ha intentado abrir dos.

—Si sigue así, mañana no nos queda ni una sorpresa —me quejaba yo esta mañana mientras envolvía el último paquete.

Evelyn rio desde la cocina, donde preparaba una tarta de tres pisos con forma de castillo. La harina le manchaba la mejilla y el cabello se le escapaba en mechones rebeldes, pero nunca había estado más hermosa.

—Prométeme que esta vez no te pasarás con los fuegos artificiales —dijo, señalándome con la espátula.

—Prometido. Bueno… casi prometido, a nuestra bebé le encantan.

Ella alzó una ceja.

—Christian…

—Vale, vale —me rendí, acercándome a besarla—. Solo unos pocos.

La risa de nuestra hija resonaba desde el sofá, donde hablaba con sus muñecos. Ese sonido es el hilo invisible que une todo lo que alguna vez soñé y todo lo que nunca creí tener.

Con mi madre las cosas están prácticamente arregladas.

Cuando vino a casa por primera vez desde que nació Bella, me temblaban las manos cuando abrí la puerta, pero ella se arrodilló de inmediato para abrazar a su nieta.

Desde entonces, mamá viene a menudo. Cocina con Evelyn, le enseña a Bella canciones antiguas y, a veces, me mira con un brillo

en los ojos que no veía desde que era niño.

No hemos olvidado el pasado, pero ya no duele. Ahora forma parte de una historia que dejamos atrás.

Todo aquello siempre nos acechará en una esquina de la memoria, pero con ayuda de la terapia fui capaz de entender que no fui el único que sufrió: ella también fue víctima del mundo de mi padre. Sus decisiones no fueron buenas para mí, pero tampoco lo fueron para ella, y perdonarla no fue fácil.

A veces el pasado tiene que quedarse donde estuvo; si no lo soltamos será una soga que nos atenazará cada vez que intentemos avanzar.

Y yo no quería eso para mi familia.

Ahora Bella disfruta de sus dos abuelas y de su increíble abuelo. Los padres de Evelyn también estarán a veces por aquí, sobre todo en sus cumpleaños: no se lo perderían por nada. Afortunadamente, hay cosas que nunca cambian, y el amor que se profesan el uno al otro sigue intacto.

—¿Crees que Dominic volverá a comprarle una de esas monstruosidades? —pregunta, señalando los peluches de animales que ha ido regalándole todos estos años—. No es que no me disgusten los lobos, lo de la cebra puedo dejarlo pasar, pero es que todos parecen sacados de una película de terror.

Vale, lo admito: los ojos saltones de esos peluches hacen menos gracia por la noche. Pero es Dom; seguro que compra los más raros que encuentra porque, como todo lo que hace, quiere que sean especiales y diferentes.

Y por alguna razón, a nuestra hija le encantan esos pequeños demonios.

La vez que la *señora cebra* perdió un ojo tuve que aprender a coser a regañadientes mientras me ponía al día con Dom sobre Águila Negra, algo que, por supuesto, no dudó en reprocharme entre risas.

«El gran Christian Stone cosiéndole un peluche a una bebé… quién te ha visto y quién te ve, hermano.»

Siempre recordaré con cariño la primera vez que Dom la vio, la acunó entre sus brazos mientras unas lágrimas traicioneras invadían su rostro, le repitió a Evelyn lo bien que lo había hecho, mientras me aseguraba a mí que estaba muy orgulloso.

Le llevó a la *señora cebra* al hospital, y desde entonces Bella no la suelta por nada del mundo.

Con Águila Negra las cosas van cada año mejor. Ahora somos una organización menos discreta, pero mucho más efectiva. Cada vez tenemos que acabar con menos capullos, lo que significa que lo estamos haciendo bien. Por desgracia para algunos —y por suerte para muchos— casi nadie se atreve ya a desafiarnos. Nadie sabe quiénes trabajamos dentro, pero nos hemos convertido en una sombra que acecha a cada miembro de esas bandas.

Y todos saben que, si cruzan la línea, se arrepentirán.

—No son tan horribles —aseguro mientras salimos de la habitación de Bella para dejarla descansar—. Ella los adora. Supongo que vosotras dos tenéis una debilidad por las cosas oscuras.

Me da un empujón en el hombro y entramos en nuestra habitación entre risas.

—Eso no es verdad, a mí no me atraen las cosas oscuras —protesta convencida.

La atraigo con brusquedad y atrapo sus labios en un beso posesivo, casi animal, recordándole lo que de verdad le gusta, haciéndola gemir. Nuestra vida sexual no tiene nada de puro: es una mezcla exquisita de dolor y placer. Su pequeño jadeo me da la razón.

—Te enamoraste de mí —le recuerdo con una sonrisa torcida—. ¿Qué dice eso acerca de tus debilidades por la oscuridad, mmm?

Me besa con pasión. Y, como siempre que va a rebatirme, sus ojos brillan con esa luz especial antes de clavarse en los míos con

firmeza.

—Tal vez a Bella y a mí nos gusten esas cosas porque ambas sabemos ver la belleza donde otros solo ven oscuridad —responde con orgullo—. Pero tendré que hablar con Dominic. Juro que, como mi princesa tenga pesadillas con esos bichos, le hago comérselos uno a uno.

Hago todo lo posible por no reír, pues si lo hago, corro el riesgo de que una de esas amenazas sea para mí.

La tumbo sobre la cama y reparto besos por todo su rostro, apreciando que viera belleza en mí, donde yo mismo nunca pude verla.

Nuestra hija también es así de increíble, sabe apreciar todos esos pequeños detalles que para el resto de las personas parecerían insignificantes.

Su compasión y su ternura me han enseñado mucho, una vez rompió a llorar porque maté a una avispa que casi la picaba.

Jamás había llorado con tanto ímpetu.

Y me sentí extrañamente mal.

Aunque ese insecto iba a hacerle daño, ella solo fue capaz de ver su sufrimiento, pero yo mataría a todo aquel que tuviera intenciones de herirla, y eso me aseguré de que lo comprendiera.

Aun así, nuestra bebé es de armas tomar, así que tuve que prometerle que no lo volvería a hacer, y aun así me retiró la palabra durante treinta minutos.

Solo conseguí su perdón con un trozo de fresa, su fruta favorita desde que Evelyn no dejaba de comerlas en el embarazo.

Igualita que su madre: dos corazones llenos de amor y de luz, que, por alguna razón, aman la oscuridad del mío.

No podía ser de otra forma.

Fin.

Gracias por ser cautivos/as de esta historia, por dejar que la oscuridad os atrape y que la luz os guíe.

AGRADECIMIENTOS

Todavía me cuesta creer que esta historia haya llegado a su fin.

Han sido años de trabajo, de desvelos, de inseguridades y de momentos en los que dudé de todo, incluso de mí. Pero también ha habido luz, ilusión y una sensación tan pura de pertenecer a algo que no sé si volveré a sentirla igual.

He reído, he llorado y me he perdido entre las páginas que yo misma creaba, hasta convertirme, sin querer, en una cautiva más de esta historia.

Y ahora que la cierro, solo puedo pensar que ha valido la pena.

Cada palabra, cada caída, cada pequeña chispa que me empujó a seguir escribiendo.

A mis padres, por ser mi raíz y mi refugio.

Por creer en mí incluso cuando yo no lo hacía, por acompañarme en silencio y sostenerme cuando el miedo pesaba más que la ilusión.

Gracias por enseñarme a no rendirme, por darme alas sin cortarme los sueños y por recordarme siempre quién soy cuando me pierdo entre tanto ruido.

A mis abuelos, por alegrarse de cada paso, por escucharme hablar de esta historia como si fuera lo más importante del mundo, y por enseñarme que el amor y la paciencia también son formas de arte.

A Chispa, mi compañera fiel, que ha estado a mi lado en cada madrugada, en cada pausa, en cada momento de bloqueo y de inspiración.

Gracias por acompañarme sin pedir nada, por tu presencia silenciosa que siempre me da calma.

A Alba, por ser mi lectora cero y mi consejera, pero, sobre todo, por ser mi amiga.

Por cada vez que leíste mis capítulos con la misma emoción que yo los escribía, por ayudarme a ver lo que no veía, por estar ahí en cada duda, cada corrección y cada miedo.

Esta historia también te pertenece.

A Ainhoa, por ser la ilustradora y maquetadora de esta bilogía y por tener siempre tanta paciencia y tanto cariño hacia mis libros. Además de tener muchísimo talento, eres una persona maravillosa. Compartir contigo mis proyectos es un placer, espero que sigamos formando siempre este equipo tan increíble.

A mis amigas, por aguantar mis desvaríos creativos, por escucharme hablar de personajes como si fueran reales y por ayudarme a encontrar siempre el equilibrio entre lo que escribo y lo que siento.

Gracias por hacerme reír cuando todo se me hacía demasiado grande, y por recordarme que los sueños se disfrutan más cuando se comparten.

A todas las personas que han creído en mí desde el principio, incluso cuando solo tenía un puñado de ideas y una ilusión enorme.

Gracias por estar, por leerme, por animarme a no rendirme y por darme motivos para seguir.

Y, por último, pero lo más importante a vosotros, mis lectores.

Gracias por llegar hasta aquí, por dejarme entrar en vuestras estanterías y en vuestras vidas, por leerme con tanto amor.

Me habéis hecho la persona más feliz del mundo con cada mensaje, con todas vuestras teorías para esta segunda entrega y con vuestro cariño. Gracias por sentir conmigo, por llorar, por suspirar, por vivir dentro de estas páginas.

Sin vosotros, las historias no tendrían sentido.

Espero que *Cautivo de tu luz* os haya tocado el corazón de alguna forma, que algo de ella se quede con vosotros cuando la cerréis.

Porque al final, escribir es eso: dejar un pedazo del alma en manos de quien se atreve a mirar más allá de las palabras.

Gracias por sostener la mía.

Y gracias por ser parte de esta historia.
